



**EL ÚLTIMO
PUEBLO
MALDITO**

J.R. FRAU CASTRO

El último pueblo maldito
J.R Frau Castro

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Nota del Autor.](#)

Capítulo 1

Viernes, 21 de junio de 1.996

Alba despertó sobre el suelo húmedo y mugriento de una habitación que no había visto en su vida. Con gran esfuerzo se incorporó, sentándose de lado, y echó un vistazo a su alrededor. Aunque la cabeza le dolía bastante y tenía la vista borrosa, pudo observar que se encontraba en lo que parecía ser el interior de una casa rural. Las paredes de la vivienda, construidas con piedra y barro, daban forma a una sala rectangular, en la que solamente una mesa y cuatro sillas de madera vieja ocupaban el centro. Al fondo, la puerta principal y una ventana, que estaba situada a dos metros a su derecha, permanecían cerradas. Solamente un ligero haz de luz, que se colaba entre las rendijas de la entrada, iluminaba tenuemente la lúgubre estancia.

El aire enrarecido que se respiraba en la habitación provocó una sensación de náusea en Alba, que se tapó la boca con la mano, tratando de evitar el vómito con escaso éxito. El miedo se apoderó de ella cuando observó los restos de comida y bilis, mezclados con sangre, que se habían acumulado en su regazo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba su ropa. Una especie de túnica vieja de tela marrón, adornada con varios dibujos que parecían dragones, y que estaba sujeta a su cintura por una desgastada cuerda de esparto, cubría su cuerpo. Intentó levantarse, pero le fue imposible. Algo le agarraba del pie. Una argolla, que estaba unida a una cadena clavada a la pared, rodeaba su tobillo izquierdo.

Alguien la mantenía retenida en aquel lugar contra su voluntad. ¿Pero dónde se encontraba? Y ¿Cómo había llegado hasta allí? Intentó hacer memoria de lo que había sucedido antes de perder la consciencia. Imágenes confusas se agolpaban en su mente y el dolor de cabeza no ayudaba en absoluto a aclararlas. Recordaba haber salido con los compañeros de clase para celebrar el último día de curso. Cenaron en el restaurante “*Es molí de Llevant*” y después decidieron reunirse en la discoteca “Taurus”, en el puerto de Pollensa. A partir de ese momento, una extensa y opaca sombra parecía ocultar lo sucedido.

— ¡Socorro! — gritó, con la esperanza de que alguien la oyera.

El silencio fue la única respuesta que obtuvo. Desesperada, tiró de la

cadena que la mantenía prisionera, intentando liberarse, pero todo esfuerzo fue inútil. Impotente ante tal situación comenzó a llorar. No podía hacer nada más que esperar. Seguro que sus padres empezarían a buscarla de inmediato. Pero, ¿cómo la iban a localizar? Ni ella misma sabía dónde se encontraba.

De repente, la habitación comenzó a iluminarse con intensidad. Un creciente resplandor, que provenía del exterior, se filtró a través de los deformes tablones de madera que formaban la puerta de entrada, dividiéndose en múltiples agujas de luz verde que recorrieron toda la estancia. Cuando los rayos alcanzaron a Alba, un pinchazo agudo y espasmódico en el vientre hizo que se retorciese de dolor, cruzando los brazos sobre su estómago y encogiéndose en el suelo como si fuera un ovillo. Mientras tanto, la fuente de aquella luz cegadora, se acercaba con paso firme hacia la casa, cobrando cada vez más fuerza. La puerta comenzó a vibrar con ímpetu y Alba alzó la vista. A duras penas, pudo distinguir una silueta deforme a través de las alargadas hendiduras de la madera. Sus ojos se tornaron totalmente oscuros, como si sus pupilas se hubieran dilatado por completo ocupando toda la superficie del globo ocular.

Capítulo 2

El teniente Alex bajó de su habitación y se dirigió al salón comedor. Al llegar a la planta baja, notó un agradable aroma a café recién hecho que inundaba toda la casa. Ana, su hija, estaba en pijama, sentada frente a la mesa. Tenía el pelo alborotado y los ojos medio cerrados. Se notaba que no había dormido lo suficiente. Alex se sentó junto a ella, sin dejar de mirarla. María, su mujer, salió de la cocina con una humeante cafetera italiana que dejó sobre la mesa.

— ¡Vaya cara, hija! —exclamó Alex, dejando el cinturón con su arma reglamentaria sobre el respaldo de la silla. — ¿Dónde fuisteis anoche? — Ahora es cuando la guardia Civil te interroga, Ana —dijo María riendo.

— ¿Qué pasa? Soy su padre. Tendré que saber lo que hace, dónde va, con quién se junta —acentuó Alex.

María vertió café sobre el tazón con leche de Ana, que alzando la vista miró a su padre.

—Buenos días, Papá. Yo también te quiero.

— ¿A qué hora llegaste a casa? —preguntó Alex, mientras María vertía café sobre su taza.

— ¡Anda!, desayuna y no hagas tantas preguntas, “Teniente” — le recriminó su mujer.

— ¡Papá!, Ya tengo dieciocho años. Sé cuidarme solita.

—Ana. Ya se que eres bastante responsable, pero...

— ¡Aaaalex! — le interrumpió su mujer —No seas pesadito. Volvió a las tres de la mañana y Pedro la acompañó hasta casa.

— ¿Pedro? —dijo Alex, atragantándose con un sorbo de café— ¿Quién es ese Pedro?

—Ahora si que la has hecho buena, mamá.

—Déjala y no la entretengas, que en una hora tenemos que estar en la librería —le recriminó María, que volvió a entrar en la cocina.

— ¿Le vas a hacer trabajar en vacaciones? — preguntó Alex con ironía.

—Me ofrecí yo, papá —contestó Ana, anticipándose a la respuesta de su madre—. Hoy llega una remesa de libros de la editorial EDB y voy a ayudarla a clasificarlos. ¡Hay que echar una mano en el negocio familiar!

La librería “Lecturas desde mi isla” era el proyecto personal que María

siempre había soñado. Cuando Alex y María se conocieron, ella acababa de terminar la carrera de filología hispánica y estaba realizando un posgrado de librería en la facultad de biblioteconomía i documentación de Barcelona. Por entonces, Alex estaba destinado dentro del departamento de investigación judicial de la guardia civil en Palma. Los encuentros entre ambos eran esporádicos y se limitaban a los fines de semana en que María podía regresar a Palma, si es que no estaba en época de exámenes. Al acabar sus estudios, ella logró una plaza en el archivo de documentos históricos del Consell insular de Baleares, lo que hizo que se pudieran ver más a menudo. La relación se hizo entonces más estable y seria, así que al año siguiente decidieron casarse. Dos años más tarde llegó la pequeña Ana. Fue tras de la muerte de Bernat, el padre de Alex, cuando tomaron la decisión conjunta de trasladarse a vivir a Porto Novo. Alex buscaba algo más de tranquilidad en su trabajo y María anhelaba poner en marcha su sueño. Así que, cuando Alex consiguió el traslado, no se lo pensaron dos veces y se mudaron a la casa que Bernat les había dejado como herencia en Porto Novo. Ahora, diez años después, Alex pensaba que la decisión de proseguir sus vidas en el pueblo donde él había nacido, fue totalmente acertada.

Alex terminó de beberse el café y siguió a su mujer hasta la cocina. Después de dejar su taza en el fregadero, abrazó a María y la besó en el cuello.

— ¿Por qué te cuenta a ti las cosas y a mí no? —susurró Alex para que Ana no le oyera.

— ¿Puede ser... porque no cuestiono tanto sus decisiones como tú? —dijo María— Eres demasiado protector con ella. Deberías darle más confianza. El chico, Pedro, es sólo un compañero de clase.

El timbre de la puerta de entrada sonó con estridencia.

— ¡Ya abro yo! —gritó Ana levantándose de la mesa.

Alex se asomó al umbral de la puerta de la cocina.

— Pregunta antes de abrir.

—Es la sargento Nerea, papá. —aclaró Ana, dirigiéndose hacia la entrada.

Alex se quedó pensativo mirando a su hija. Todavía no había llegado a la puerta y ya sabía quién estaba tras ella. Y Alex sabía que tendría razón, porque Ana nunca se equivocaba en estas cosas. Desde pequeña había tenido la capacidad de conocer hechos con anterioridad a que ocurrieran. Este don, para ella, era algo normal; como el respirar. Por eso lo hacía inconscientemente. Siempre le ocurría de forma inesperada y espontánea; sin

darse cuenta. Pero Alex, sí que se percataba de ello. Después de todo, su trabajo consistía en fijarse en cosas que pasaban inadvertidas para los demás. Lo que no tenía muy claro era si María era consciente de ello o quizá prefería mirar a otro lado.

Observó a su mujer, que seguía en la cocina como si nada. Alex, pensó que era mejor así. Durante la infancia de Ana, María lo había pasado muy mal. Aún recordaba las interminables noches que los dos habían permanecido despiertos por culpa de las terribles pesadillas de su hija. Pesadillas que después se cumplían. Como cuando soñó con la muerte de Arón; su vecino. La verdad es que fueron momentos muy difíciles, pues lo que algunos podían considerar como un don, para María era una maldición. En más de una ocasión pensaron en consultarlo con un especialista, pero el mayor temor de María era que utilizaran a Ana como conejillo de indias para estudiar el origen de aquel “don”. Así que tomaron la decisión de no acudir a nadie y vivir afrontando una situación a la que pensaron que finalmente acabarían acostumbrándose, antes que correr el riesgo de arruinar la infancia de Ana. La última de todas aquellas horribles pesadillas tuvo lugar diez años atrás, mientras Alex investigaba los terribles crímenes ocurridos en Porto Novo, en los que su padre perdió la vida. Ana contaba con ocho años. Desde entonces, la frecuencia y la intensidad de aquellas alucinaciones premonitorias, habían menguado considerablemente. A día de hoy, todo parecía haber acabado; excepto algunos breves episodios aislados y sin importancia en contadas ocasiones; como ahora.

—Hola, Ana. ¿Cómo te fue anoche? —dijo la sargento Nerea desde la puerta de entrada.

— ¡Estupendo! —exclamó Ana, mientras cerraba la puerta y se dirigía de nuevo a la sala junto con la sargento—. Primero cenamos en el “Molí de Llevant” y después nos fuimos hasta la discoteca “Taurus”.

— ¡Vaya! ¿Veo que también le cuenta a usted las cosas, sargento? —se quejó Alex, mientras se colocaba el cinturón reglamentario — ¿Qué papel tengo yo en esta familia?

—Buenos días, teniente —saludó la sargento Nerea.

— ¿Has desayunado ya, Nerea? —preguntó María saliendo de la cocina— ¿Quieres tomar un café?

—No, gracias —contestó Nerea—. Ya me he tomado uno antes de venir.

—Bueno, nos vamos —dijo Alex, dándole un beso a su mujer—. Acuérdate de que no volveré hasta la noche. Tengo que acercarme a comandancia en

Manacor a medido día.

— ¡Cuídate!, cariño —se despidió María.

—Luego tú y yo hablaremos de ese tal Pedro —gruñó Alex, señalando a su hija con el índice.

—Hasta luego, papá —contestó Ana sin dar importancia al comentario de su padre.

El teniente Alex y la sargento Nerea salieron al exterior y se dirigieron al Nissan Patrol aparcado frente a la casa. La mañana se presentaba agradablemente soleada; perfecta para realizar la patrulla de vigilancia en Porto Novo.

Capítulo 3

El día había transcurrido con total normalidad. Alex y Nerea se dirigían de vuelta al cuartel central de Porto Novo para cerrar la jornada, cuando los altavoces de la radio crepitaron. Una voz, que se mezclaba con ruidos parásitos, emergió comunicando un aviso.

—Aquí central llamando a la unidad JK2. ¿Está a la escucha?

—Unidad JK2 a la escucha —contestó Alex agarrando el micrófono.

—Parece ser que hay bronca en el “carrer d’en Bordils”. Se trata de una pelea, en el puesto de “Kebab”, junto al restaurante “Arjona”.

—Recibido. Nos acercaremos.

Alex y Nerea llegaron al lugar indicado al cabo de cinco minutos. Alex conocía de sobra a Abdel, el propietario del puesto de “Kebab” situado en el paseo marítimo de Porto Novo. En innumerables ocasiones había probado la deliciosa carne de cordero que Abdel preparaba en un pequeña bandeja de aluminio, acompañada de lechuga rayada y una exquisita salsa alioli. Si se había producido una disputa, Alex estaba completamente seguro que Abdel no la había iniciado. Era un buen hombre, muy bien considerado por los comerciantes de la zona y, en los veinte años que llevaba viviendo en la isla, nunca había tenido ningún problema con la ley.

Una patrulla y una ambulancia ya se habían desplazado hasta el lugar. Alex y la sargento Nerea bajaron del vehículo y se abrieron paso ante el tumulto de gente que se había formado alrededor del altercado. Un enfermero estaba agachado junto a Abdel, curándole una fea herida en el pómulo derecho. Al otro lado, el agente Jordi estaba esposando a César Mora, un chico de veintiún años más conocido en Porto Novo como “*El grescas*” por su afición a las peleas. Alex se acercó hasta Abdel, que estaba sentado en el suelo, miró al chico que le estaba asistiendo y le hizo un gesto para que le informara.

—Es un corte leve —explicó—. Se lo cerraré ahora y no necesitará más asistencia sanitaria.

— ¿Cómo te encuentras, Abdel? —preguntó Alex.

Abdel no contestó. Simplemente se limitó a agachar la cabeza.

— ¿Vas a poner la denuncia? —volvió a preguntar Alex.

— ¿Para qué? —contestó Abdel— ¿Para vosotros dejar libre mañana?

Próxima vez ser peor.

Alex se incorporó y, dando media vuelta, se acercó hasta César, que mantenía una sonrisa desafiante en su rostro.

— ¿Otra vez la has liado? —le recriminó Alex— No te puedes estar quietecito ¿Verdad?

—Ese pedazo de cabrón me quería cobrar trescientas pesetas por un trozo de carne con lechuga —dijo César sin dejar de reír.

—El precio está puesto en la pizarra. Si no te parecía correcto, no haberlo pedido.

— ¡Que se joda! —gritó César—. Que se vaya a vender mierda a su putito país.

—Quedas detenido por un delito de lesiones.

Alex hizo una señal de asentimiento a Jordi, que introdujo a César en la parte trasera de su unidad móvil. La sargento Nerea se acercó al teniente y le habló en voz baja al oído.

— ¿Sabe usted que no podremos retenerlo más de veinticuatro horas?

—Lo sé —admitió Alex—. Cuando llegue el abogado de papá, demostrará que simplemente se trata una falta de lesiones. Pagarán la multa correspondiente y otra vez de patitas en la calle.

—Y usted se llevará una nueva bronca por detención ilegal. Sabe también que Abdel no lo va a denunciar ¿Verdad?

—Si, también lo sé —contestó Alex mirando a Nerea a los ojos—. Pero me revienta este tipo de injusticia. Por ahora le tomaremos declaración. Luego ya veré que hago con él.

Ambos subieron de nuevo al Nissan Patrol y se dirigieron al cuartel. Aunque Alex y Nerea aún no lo sabían, éste no iba a ser el mayor de sus problemas.

Capítulo 4

Alex podía escuchar los gritos de Marc Vadell desde el exterior del cuartel de la guardia civil. Al entrar, pudo comprobar como un agente intentaba calmar a Marc, mientras Elvira, su mujer, le sujetaba del brazo.

—Tranquilícese, por favor —le rogaba el agente Javier.

— ¿Qué me tranquilice? —le recriminó Marc—. Llevo más de media hora esperando que hagan ustedes algo y...

— ¡Hola, Marc! —interrumpió Alex— Ya me ocupo yo —dijo al agente Javier, que asintió y se dirigió hacia la mesa de recepción.

—Creo que será mejor que hablemos en mi despacho —sugirió Alex, con intención de sosegar la situación.

Alex se dirigía junto con Marc y Elvira hacia su oficina, cuando Nerea le llamó la atención.

— ¡Por favor, pasad dentro! —dijo Alex, abriendo la puerta de su despacho—. En un momento estaré con vosotros.

—Teniente. ¿Qué hacemos con César? —preguntó Nerea cuando se quedaron solos.

—Tenedlo un par de horas en el calabozo hasta que se tranquilice. Después le tomáis declaración y le soltáis. No podemos hacer nada más.

Nerea asintió y se acercó hasta la mesa de recepción, junto al agente Javier. El reloj, situado sobre la puerta de entrada a los calabozos, indicaba que ya eran cerca de las siete de la tarde.

Alex entró en su oficina y encontró a Marc y Elvira sentados frente a su escritorio. Marc no dejaba de frotarse las manos con insistencia, lo que denotaba un gran nerviosismo. Mientras tanto, su mujer, con el rostro abatido, apoyaba una mano sobre la rodilla de su marido, intentando que se calmara.

Marc Vadell era uno de los empresarios más conocidos en la isla. Su fábrica de calzado “Montain”, era una de las principales compañías exportadoras en todo el territorio nacional, y comenzaba a despuntar en países vecinos de la comunidad europea. La empresa, que había heredado de su padre, daba trabajo a más de seiscientos empleados, la mayoría pertenecientes a Porto Novo. Ello le había ayudado bastante en las elecciones de 1.984 para conseguir el puesto de presidente de la junta del distrito.

Durante su legislatura, la sombra de la corrupción estuvo presente en todo momento. Su enfrentamiento a organizaciones ecologistas, por la autorización masiva de permisos de construcción en terrenos de alto valor medioambiental, le valió más de una denuncia por prevaricación y falsedad documental. Durante mucho tiempo, su mandato estuvo en la cuerda floja, pero lo que sin duda acabó con su carrera política fueron las nefastas decisiones tomadas tras la catástrofe de 1.986. Los daños producidos por la tromba marina que asoló Porto Novo, no lograron ser compensados con creces a la mayoría de los comerciantes de la localidad, lo que provocó que muchos de ellos tuvieran que cerrar sus negocios. La sociedad de empresarios de Porto Novo culpó a Marc Vadell por su mala gestión en las indemnizaciones compensatorias acordadas con el gobierno central. Su popularidad bajó considerablemente, y en las elecciones de 1.988 no logró renovar su cargo. Ahora, ocho años después de dejar la política, Marc parecía haber envejecido más rápido de lo normal. Tenía cincuenta años, dos más que Alex, pero daba la impresión de sobrepasar los sesenta. En cambio, su mujer se conservaba bastante mejor, sobretodo porque, como siempre, vestía con mucha elegancia y estilo, lo que le confería un aspecto mucho más jovial, aunque la inquietud que la embargaba en estos momentos no contribuyera mucho a ello.

— ¿En que podemos ayudaros? —preguntó Alex sentándose tras la mesa.

—Mi hija —contestó Marc—. Salió anoche para celebrar el fin de curso y todavía no ha vuelto a casa.

— ¡Tu hija también fue con ellos! —añadió Elvira.

—Sí, claro —afirmó Alex—. Pero Ana regresó sobre las tres de la mañana.

—Pues Alba todavía no lo ha hecho —gritó Marc, golpeando la mesa—. Quedamos que estaría de vuelta antes de las dos de la madrugada y ni siquiera ha llamado. Nunca había hecho algo así.

— ¡Está bien! Cálmate —dijo Alex— ¿Sospecháis de algún lugar donde pueda encontrarse? Quizás la casa de un familiar, un amigo...

—Ya hemos llamado a todos los sitios donde pensamos que podría estar —contestó Elvira—. También hemos hablado con algunos compañeros suyos de clase y nadie sabe nada de ella. Pensamos que...

—Pensamos que está con ese desgraciado de Joan Fornells —le interrumpió Marc.

— ¿Quién es Joan Fornells? —preguntó Alex, mientras escribía el nombre en una libreta— ¿Un chico de su clase?

—Sí —contestó Elvira—. Es el chico con el que está saliendo. Hemos hablado con Eva, mi sobrina. También va al mismo curso que Alba y tu hija, y salió anoche con ellos.

—Nos ha dicho que los vio salir a los dos de la discoteca “Taurus” a eso de las tres de la mañana —prosiguió Marc—. Se fueron en la moto de él. Parece ser que ese imbécil tiene una Vespa de esas antiguas que tanto están ahora de moda.

— ¿Y si han tenido un accidente? —dijo Elvira, llevándose la mano a la boca.

—Como le haya ocurrido algo a mi hija te juro por Dios que mato a ese cabrón— volvió a gritar Marc.

—Vamos a tranquilizarnos, por favor —dijo Alex—. No nos va a ayudar en nada ponernos nerviosos. Contactaremos con el centro de atención a hospitales de Mallorca para confirmar si ha habido algún ingreso de dos chicos de su edad.

Alex agarró el teléfono de su mesa y pulsó dos teclas.

— ¡Javier!. Llame a atestados y que le confirmen si ha habido algún accidente, entre ayer y hoy, en el que estén involucrados algún chico o chica joven de entre diecisiete y dieciocho años. Uno de los vehículos implicados sería una moto de la marca Vespa. Contacte también con el centro de atención a hospitales por si se hubiera producido algún ingreso de dos personas de las mismas características. Los nombres son Alba Vadell Picó y Joan Fornells —Alex retiró el auricular de su cara y se dirigió a Marc y Elvira— ¿Sabemos el segundo apellido?

— ¡Calafat! —dijo Elvira.

—Calafat —repitió Alex al teléfono—. Busque donde está empadronado el chico y averigüe un teléfono de contacto. ¡Ah! Y dígame a la sargento Nerea que pase a mi despacho.

Tras colgar el teléfono, Alex se levantó de la silla y se acercó a la estantería que tenía a su derecha. Extrajo un documento de un archivador y volvió a sentarse tras la mesa. En ese instante alguien golpeó la puerta de la oficina pidiendo permiso.

— ¡Adelante! —ordenó Alex.

La sargento Nerea entró en el despacho.

—Tengo que haceros esta pregunta —dijo Alex— ¿Tuvisteis algún tipo de discusión con vuestra hija antes de que saliera anoche?

— ¡No! —contestaron ambos casi al unísono.

—A veces hemos tenido discusiones con ella, pero por tonterías —prosiguió Elvira—. Las mismas que podrías tener vosotros con vuestra hija. Ya sabes... por la ropa de vestir, las notas del colegio, las amistades...pero nada serio.

—Pero por lo que decís, parece ser que no os cae bien su novio —agregó Alex.

— ¡Espera un momento! —dijo Marc, mirando a Alex con firmeza—. Te puedo asegurar que mi hija no se largaría nunca con ese chico. Ella sabe que no aprobamos esa relación, y hemos discutido mucho sobre ello, pero jamás nos hemos peleado como para que se fuera de casa.

— ¡Está bien! Elvira, ahora irá usted con la agente Nerea a la oficina de al lado y rellenarán este documento. —dijo Alex, entregando el folio que había extraído del archivador a la sargento Nerea—. Es importante que nos proporcione una descripción física lo más exacta posible de Alba. También qué nos indique que ropa llevaba puesta cuando salió anoche. Necesitamos saber igualmente si está tomando algún medicamento que pueda necesitar con urgencia o si está siguiendo algún tratamiento especial. La agente Nerea introducirá todos los datos de este informe en el ordenador y enseguida emitiremos una orden de búsqueda por desaparición de alto riesgo. Sería importante que nos facilitarais una foto lo más reciente posible de Alba.

—He traído una foto carnet suya en la cartera —dijo Elvira.

—Servirá —confirmó Alex—. También sería conveniente que trajeseis una de cuerpo entero.

—No tenemos ninguna aquí —confirmó Elvira— pero en su habitación...

— ¡No! —interrumpió Alex—. Hasta que vayamos nosotros, será mejor que no toquéis nada. Dejadlo todo como esté. No limpiéis su cuarto, no lavéis su ropa ni recojáis ningún objeto.

En ese instante Elvira se derrumbó por completo y comenzó a llorar. La sargento Nerea, que estaba tras ella, la agarró de los hombros intentando consolarla.

— ¡No me malinterpretéis! —dijo Alex—. Lo más seguro es que ambos aparezcan en las próximas horas. Es lo más común. Cada año se presentan en España más de nueve mil denuncias por desaparición. El porcentaje de casos resueltos es muy alto; alrededor del noventa y ocho por ciento. Todo esto que estamos haciendo ahora es el protocolo que debemos seguir ante la denuncia que habéis interpuesto. Una vez localizados, todo esto quedará archivado y olvidado.

— ¡Tranquila! —dijo Marc dirigiéndose a su mujer—. Ya verás como Alex

tiene razón y en menos de lo que canta un gallo la tenemos en casa.

Elvira se levantó entre sollozos y abandonó el despacho junto a la sargento Nerea, que cerró la puerta al salir.

— ¿La encontrareis, verdad? —preguntó Marc con voz temblorosa.

—Las primeras horas son cruciales para la búsqueda y localización de personas desaparecidas. —explicó Alex—. Es importante que contactemos con los padres de ese tal Joan Fornells. Hemos de confirmar si él tampoco ha dado señales de vida.

— ¡Esto no puede estar pasando! —exclamó Marc.

— ¡Escucha! Tengo que hacerte unas preguntas —dijo Alex con el rostro serio, lo que preocupó bastante a Marc.

— ¿Has esperado a que mi mujer saliera? ¿Verdad?

Alex no contestó, lo que fue respuesta más que suficiente para Marc.

— ¿Has recibido algún tipo de amenaza relacionada con tu trabajo?

— ¡No! —contestó Marc con determinación—. No te oculto nada, Alex. Si hubiera algo te lo contaría ¡De verdad! Es mi hija la que está ahí fuera. Estoy seguro de que le ha ocurrido algo. ¿Lo entiendes? Tenemos que encontrarla.

— ¡Está bien, Marc! —concluyó Alex—. Por ahora no podemos hacer nada más. Me ocuparé personalmente de que la orden de búsqueda se ponga en marcha de inmediato. Lo mejor será que tú y tu mujer vayáis a descansar un rato. Todavía hay posibilidad de que vuestra hija vuelva a casa. Mientras tanto, estad atentos al teléfono por si llamara Alba o alguien con alguna noticia sobre ella. Si fuera así, contactad enseguida con nosotros. Por nuestra parte os mantendremos informados de cualquier novedad que ocurra.

Alex y Marc salieron de la oficina y se dirigieron al mostrador de recepción. Al poco rato, la sargento Nerea y Elvira salieron de la oficina contigua y se dirigieron hacia ellos.

—Ya hemos cursado la orden de búsqueda por ordenador. —dijo la sargento Nerea—. Durante la próxima media hora será enviada telemáticamente o por fax a todos los centros de la policía local y autonómica, así como al resto de cuarteles de la guardia civil.

—Vamos a casa cariño —dijo Marc—. Aquí no podemos hacer nada más.

—Sí —asintió Elvira—. A lo mejor puede que ya haya vuelto y... Remedios le esté preparando la cena... como siempre.

Marc y Elvira salieron del cuartel y se marcharon en un flamante Honda Legend, que estaba aparcado en la acera de enfrente. Alex, que los había acompañado hasta la puerta de salida, se acercó hasta el mostrador

donde estaban Javier y Nerea.

— ¿Quién queda hoy de guardia? —preguntó Alex.

—Nosotros dos —contestó Nerea.

— ¡Bien! Estaré en mi despacho. Avisadme a la menor noticia.

—Teniente. ¿Cree usted que pueda tratarse de un secuestro?

—No descarto ninguna posibilidad. Pero es mejor no hacer ninguna conjetura hasta que no tengamos más datos.

Alex volvió a su oficina y se sentó tras la mesa. El demodulador del fax comenzó a emitir el típico tono que indicaba la recepción de un documento. Alex esperó a que terminara la transmisión y después arrancó la hoja del tambor giratorio. Era la denuncia por desaparición de Alba. Alex leyó el impreso con los datos aportados por Elvira respecto a la descripción de su hija. Miró con detenimiento la foto carnet, que estaba incorporada en el borde superior derecho del documento, y se sorprendió del gran parecido que Alba tenía con su hija Ana. Sin pensarlo dos veces, cogió el teléfono y marcó el número de casa. Su mujer contestó al aparato.

— ¿Si?

—Hola cariño. Soy yo. Ha surgido un inconveniente y me quedaré un rato más por aquí.

María suspiró a modo de desaprobación.

— ¿Qué ha pasado ahora? —preguntó, arrastrando la voz.

—Se trata de Alba, la hija de Marc Vadell. Salió anoche para la celebración del fin de curso, con Ana y los demás, pero todavía no ha vuelto a casa. Marc y su mujer han estado aquí para denunciar la desaparición.

— ¡Oh! ¡Dios! —exclamó María— ¿Cómo se encuentra Elvira?

—Pues... hecha un flan. Por un momento creí que se iba a desmayar.

— ¡Pobre mujer!

— ¿Está Ana? —preguntó Alex.

—Ahora mismo ha subido a su cuarto. No se encontraba muy bien. Nos hemos dado una buena paliza colocando cajas en la trastienda. Tenía que haberla dejado en casa descansando. No ha dormido lo suficiente.

— ¿Sabes si ha hablado con alguno de sus compañeros de clase?

—Hemos estado todo el día juntas y no la he visto hablar con nadie. Tampoco por teléfono.

—Mejor no le digas nada de momento. Espero que todo sea una falsa alarma y que Alba aparezca pronto.

La sargento Nerea se asomó al umbral de la puerta de la oficina de

Alex, que permanecía abierta, e hizo un gesto indicando que tenía una llamada en espera.

— ¡María!, te dejo —dijo Alex—. Tengo asuntos que atender.

—Lláname en cuanto sepas algo.

Alex colgó el teléfono, sin despedirse de su mujer, y rogó por que Nerea tuviera buenas noticias.

—Tengo en la centralita al teniente Miguel Llorens, de la policía municipal de Escorca. Ha recibido el aviso de la orden de búsqueda por fax y me dice que podría tener información relevante con respecto a la denuncia.

Escorca era un municipio ubicado en la costa norte de la sierra de Tramuntana, rodeado de grandes macizos montañosos e innumerables hectáreas de bosque, situado a más de veinte kilómetros de distancia de donde Alba y Joan habían sido vistos por última vez. Alex estaba intrigado por lo que aquella persona pudiera contarle.

—Pásemelo —ordenó Alex.

Nerea alzó la mano desde la puerta, indicando al agente Javier que transfiriera la llamada a la oficina. Alex indicó a la sargento que se sentara frente a su mesa y pulsó el botón de “Altavoz externo” para que pudiera escuchar la conversación.

—Teniente Alex Amengual, de la guardia civil de Porto Novo. ¡Dígame!

— ¡Buenas tardes! Soy el teniente Miquel Llorens, de la policía local de Escorca. He recibido por fax una notificación referente a la desaparición de una chica, cursada desde su central. Según consta en el formulario, iba acompañada de un chico de la misma edad, por lo que veo dieciocho años, y circulaban con una moto marca Vespa. ¿Correcto?

—Así es —afirmó Alex— ¿Los han localizado?

—Pues... no del todo.

— ¿Qué quiere decir?

—Esta mañana, a primera hora, recibimos el aviso de un accidente en la carretera que baja hasta el puerto de “Sa Calobra”. Cuando llegamos al lugar indicado, pudimos comprobar que se trataba de un siniestro en el que solamente estaba implicado un vehículo: una moto Vespa modelo primavera de 1.968 de color amarillo; matrícula A1686. La única víctima era el conductor de la moto; un chico de aproximadamente la edad señalada en su informe, aunque no pudimos identificarlo de inmediato porque no llevaba ningún tipo de documentación encima. El chico estaba inconsciente y fue trasladado por una ambulancia hasta el hospital de “Son Dureta”, en Palma.

Una vez cotejada la matrícula de la moto con la base de datos de tráfico, comprobamos que estaba a nombre de un tal Andrés Fornells Vico. Hemos podido contactar con él y nos explicó que el joven era su hijo; Juan Fornells Calafat.

—Pero... ¿No iba una chica con él?

— ¡Eso es lo extraño! Cien metros antes del lugar del accidente, encontramos lo que parecía ser la ropa perteneciente a una chica. Estaba desperdigada a ambos lados de la carretera; pantalones vaqueros anchos de color negro, una camiseta de tirantes granate, zapatos de plataforma con suela de goma grande, de la talla treinta y siete. También encontramos ropa interior y un collar de bisutería con piedras de color verde. Como puede ver, coincide con la vestimenta de la joven que están ustedes buscando. ¡Pero no encontramos ni rastro de ella!

—No lo entiendo —dijo Alex—. Si ella misma se marchó del accidente, ¿Por qué se despojó de la ropa? Y si no lo hizo por su propia voluntad ¿Por qué se la quitarían?

—Las mismas preguntas nos hicimos nosotros.

—La última vez que fueron vistos fue en el puerto de Pollensa, sobre las tres de la madrugada. ¿Qué harían en la carretera que baja hasta “Sa Calobra” a veinticinco kilómetros de distancia?

—Para eso si que podría darle una explicación.

—Pues, sáqueme de dudas.

— ¿Ha oído usted hablar de “La bajada romántica”?

— ¿La bajada romántica?

—Es la razón por la que creemos que el accidente ocurrió de madrugada y también que no estaba involucrado ningún otro vehículo. Se trata una tradición muy popular arraigada en esta parte de Mallorca. Data de mediados de los años sesenta. En noches de luna nueva, las parejas de enamorados bajan los trece kilómetros de carretera en moto hasta el puerto de “Sa Calobra”. Lo hacen sin ponerla en marcha, en punto muerto, y a altas horas de la noche, cuando el tráfico es nulo. Como en este caso, equipan la moto, que por tradición y comodidad suele ser una Vespa, con una batería auxiliar que colocan en la base, junto al pedal de freno trasero. La batería se utiliza únicamente para dar carga a un potente foco colocado en el carenado delantero. Teniendo en cuenta que se trata de una carretera muy estrecha, con un desnivel de novecientos metros; que consta de doce curvas de ciento ochenta grados, más la conocida como “El nudo de la corbata” que es de

trescientos sesenta, estamos hablando de una aventura bastante arriesgada que a veces acaba en tragedia, como ha ocurrido hoy. La leyenda dice que aquellos que realicen el trayecto completo serán felices para siempre.

—O sea, lo que se dice un cuento chino.

—Dígame a mí, que realicé la bajada con mi mujer y estamos divorciados.

La sargento Nerea no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa, ante el agudo comentario del teniente Miquel.

— ¿Han realizado ustedes la solicitud de un operativo de búsqueda en la zona? — continuó Alex.

—Hasta ahora, nosotros mismos hemos realizado un reconocimiento del terreno circundante al siniestro, sobretodo en la carretera principal y la zona correspondiente al puerto de “Sa Calobra”; el resultado del rastreo ha sido nulo. Aunque estábamos prácticamente seguros de que había una chica implicada, no sólo por las ropas encontradas, sino también por las características del incidente, no ha sido hasta que hemos recibido la orden de ustedes por fax que se ha confirmado definitivamente su implicación en el accidente. Es indispensable que se constate la desaparición de una persona para aprobar una solicitud de búsqueda, y gracias a su comunicado ya podemos requerir a la central el apoyo necesario para realizar el operativo en nuestra zona.

— ¡Pues hágalo de inmediato, por favor! Cada momento que transcurra es crucial para su localización.

— ¡Claro! Pero tenga en cuenta que estamos hablando de más de treinta kilómetros de costa bastante escarpada, y de un terreno interior de grandes macizos montañosos repletos de torrentes, simas y cuevas, algunas con más de un kilómetro de recorrido. Calculo que la zona de búsqueda rondará sobre los ciento veinte kilómetros cuadrados, lo que supondrá la necesidad de un importante despliegue de fuerzas. En poco menos de una hora comenzará a oscurecer y poner el operativo en marcha seguro que llevará más tiempo.

—No importa. Usted haga la petición y yo me ocuparé de que le den la máxima prioridad. De esta forma lograremos que se forme un primer reten de búsqueda, que se pondrá en funcionamiento de forma inmediata, aunque sea de noche. Mañana a primera hora, todo el resto del operativo estará en marcha.

—Me pongo a ello de inmediato.

—Me dijo usted que el chico fue enviado al hospital de “Son Dureta”, en Palma ¿Verdad?

—Así es.

—Gracias por la llamada teniente. ¿Participará usted en la búsqueda?

—Puede darlo usted por seguro.

—Entonces nos veremos mañana.

Alex colgó el teléfono y echó una mirada a su reloj.

—Me voy a acercar hasta el hospital de “Son Dureta” —dijo Alex.

— ¿Quiere que le notifiquemos algo al señor Marc Vadell? —preguntó Nerea.

—No. Primero quiero ver si puedo aclarar algo en Palma. Después, yo mismo me pondré en contacto con él. Por de pronto llámame a comandancia y ratificad la petición de búsqueda en el municipio de Escorca.

— ¡De acuerdo! —dijo la sargento Nerea.

—El terreno de búsqueda es muy extenso y ya han pasado más de dieciocho horas desde la última vez que fue vista —observó Alex preocupado—. Sólo espero que no sea demasiado tarde cuando la encontremos.

Capítulo 5

Cuando Alex llegó al hospital de “Son Dureta”, eran las nueve de la noche pasadas. Aparcó el Nissan Patrol en el parking que había frente a la entrada de urgencias y después se dirigió al edificio principal. Al entrar, acudió directamente al mostrador de recepción, donde una mujer de mediana edad estaba atendiendo una llamada. Alex esperó a que terminara de hablar para dirigirse a ella.

—¡Buenas noches! ¿Me podría indicar la habitación dónde está ingresado Joan Fornells Calafat?

La mujer alzó la vista y, tras observar brevemente a Alex, se colocó unos gruesos lentes y comenzó a teclear el ordenador. Al cabo de un instante volvió a mirar a Alex, fijándose en las dos estrellas que lucían las hombreras de su camisa verde y la gorra de servicio que sujetaba en sus manos.

— ¿Es usted de la guardia civil? — preguntó la mujer con bastante apatía.

— ¡Disculpe! —dijo Alex, mostrando su identificación al momento—. Soy el teniente Alex de la guardia Civil de Porto Novo.

—El chico está ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos —indicó la mujer—. Coja el ascensor hasta la primera planta. Luego vaya por el pasillo que está a la derecha y sígalo hasta el final; llegará a la sala de espera ubicada junto a la UCI. El horario de visita a los pacientes es de once y media a doce por la mañana, y de seis y media a siete por la tarde. Aunque en su caso no se si harán una excepción.

— ¿Hay algún médico asignado al paciente con el que pueda hablar?

—Junto a la sala de espera encontrará un mostrador de información de planta. Pregunte allí.

— ¡Gracias!

Alex se dirigió al ascensor y siguió las instrucciones que le había indicado aquella desagradable mujer hasta que llegó a la sala de espera. Una hilera de tres largos fluorescentes, que emitían una blanquecina luz parpadeante, iluminaba una pequeña sala con dos filas de asientos, situados en el centro y que se daban la espalda. Al fondo, una puerta de doble hoja oscilante, se abría de vez en cuando, dando paso al personal del hospital. Junto a la puerta se encontraba apostado un agente de la guardia civil que, al percatarse de la presencia de Alex, se acercó hasta él.

—A sus órdenes mi teniente —dijo, realizando el saludo correspondiente—.

Se presenta el agente Abelardo Palmer.

—Teniente Alex Amengual —dijo Alex, devolviéndole el saludo—. Novedades.

—Me han asignado la vigilancia de la victima de un accidente de tráfico que se encuentra ingresado en la UCI. Al parecer podría estar relacionado con la desaparición de una joven.

—Estoy al tanto del incidente —indicó Alex— ¿No hay ningún familiar del chico por aquí?

—Durante toda la tarde han estado aquí los padres. La madre se ha marchado a casa. Tienen más hijos que atender. El padre se ha quedado en el hospital, pero ahora ha bajado al restaurante a cenar.

— ¿Cómo se encuentra el chico?

—Desde el accidente permanece inconsciente.

— ¡Bien! Puede volver a su puesto.

Alex se dirigió al mostrador de planta situado en la entrada de la sala de espera. Un chico joven con bata blanca estaba situado detrás, hablando con una mujer que señalaba la pantalla de su ordenador con un bolígrafo.

— ¡Buenas noches! —dijo Alex, interrumpiendo la conversación—. Soy el teniente Alex, de la guardia civil de Porto Novo. Me podrían indicar con quién podría hablar sobre el paciente Joan Fornells que está ingresado en la UCI.

— ¿Joan Fornells? —repitió el chico, mirando a su compañera— ¿No es el chico que ha entrado en estado de coma por el accidente?

—Sí —contestó la mujer—. Si no me equivoco lo lleva el doctor Calatayud.

—Pues va a tener suerte —dijo el chico—. Creo que todavía está por aquí.

— ¿Podrían avisarle, por favor?

— ¡Claro! Espere un momento.

El chico se dio la vuelta y salió por el lateral del mostrador, entrando en un pasillo contiguo. Al cabo de un par de minutos volvió acompañado de un hombre de edad avanzada que también vestía bata blanca. Tras señalarle a Alex, volvió tras el mostrador. El doctor se acercó hasta Alex extendiendo la mano a modo de saludo.

—Buenas noches, teniente. Soy el doctor Calatayud ¿Ha preguntado usted por el paciente Joan Fornells que está ingresado en la UCI?

—Así es —afirmó Alex—. Por lo que me comentan, todavía no se ha despertado desde el accidente. ¿Sabe usted cuándo va a recobrar la consciencia?

—Pues la verdad es que no se lo podría confirmar con total seguridad. — dijo el doctor.

—Es de vital importancia que hable con él lo antes posible. Podría ser el único testigo de un secuestro.

—Pues lo siento. No puedo ayudarle. El coma es imprevisible. Dependiendo de las causas que lo provoquen el paciente evolucionará de una manera u otra, y el caso que nos afecta es algo...—el doctor dudó un momento para encontrar la palabra exacta—... peculiar.

— ¿Qué quiere decir?

El doctor Calatayud miró a su alrededor y asiendo a Alex del brazo lo apartó del mostrador de recepción.

— ¡Verá! Es algo que no le he contado ni siquiera a los padres —dijo en voz baja—. Principalmente porque no le encuentro ninguna explicación lógica.

— ¿De qué me está hablando, doctor?

—Atendiendo a los síntomas que presenta el paciente, podemos asegurar que se encuentra en un estado de coma profundo. Lo que no sabemos es ¿por qué?

—No le entiendo, doctor. El chico ha sufrido un accidente de moto. Supongo que debió sufrir algún golpe que le indujo al coma.

—Sería lo más lógico, pero no hemos encontrado ningún traumatismo evidente que pudiera haberlo provocado.

—Quizás hay algo que se les haya escapado.

—Existen múltiples causas que pueden provocar un estado de pérdida de conciencia; desde traumatismos cráneo-encefálicos hasta anomalías metabólicas o incluso intoxicaciones varias. Pero ninguno de ellos se da en este caso. Le hemos realizado varias analíticas, un scanner cerebral e incluso una imagen por resonancia magnética con el fin de localizar alguna lesión interna que hubiera podido provocar el coma. No hemos obtenido ningún resultado. Lo único que observamos son varias magulladuras y contusiones leves localizadas en las extremidades. Nada grave a simple vista. Aún así, sigue sin responder a ningún estímulo; no reacciona al dolor, las pupilas tampoco reaccionan a la luz y no se activa ningún reflejo de protección. Estamos hablando de un coma de cuarto grado, el más severo de todos. Ahora mismo debería de estar intubado. Pero no le hace falta. Sus constantes vitales corresponden a las de una persona que estuviera despierta y en plena facultad física.

—En pocas palabras; ¿me está usted diciendo que tienen un paciente que ha entrado en un estado de coma profundo sin ningún motivo aparente?

— ¡Exacto!

—Y entonces ¿Cuál es el pronóstico?

—Por lo común, un coma puede durar varios días o semanas, dependiendo de las causas que lo hayan provocado. En nuestro caso, como no encontramos el motivo, la evolución es imprevisible. Por de pronto, vamos a practicarle una sonda por perfusión sanguínea para alimentarle. Si el coma persiste la cambiaremos por otra digestiva para evitar la aparición de úlceras por presión o edemas cerebrales. No puedo contarle nada más. Mañana me reuniré en comité con varios compañeros para determinar el procedimiento final a seguir.

—Gracias por todo, doctor —dijo Alex—. Ante cualquier novedad le agradecería que me llamara a este número de teléfono.

Alex le extendió una tarjeta que el doctor guardó en el bolsillo de su bata. Tras estrecharle de nuevo la mano se despidió de él y se dirigió a la salida. Eran las diez de la noche y todavía le quedaba una hora de camino hasta llegar a Porto Novo.

Capítulo 6

Cuando Alex entró en el cuartel, encontró únicamente a la sargento Nerea tomando un café de la máquina expendedora, que estaba situada junto a la entrada, y al agente Javier que permanecía tras el mostrador de recepción al otro lado de la sala.

— ¿Cómo ha ido, Teniente? — preguntó la sargento Nerea.

—El chico ha entrado en estado de coma —dijo Alex— y no parece que se vaya a despertar de momento. Su declaración va a ser clave para conocer el paradero de Alba. En cuanto recobre el conocimiento se pondrán en contacto con nosotros. ¿Alguna novedad por aquí?

—Hemos soltado a César tal como nos pidió usted. — explicó Nerea.

— ¡Joder! No me acordaba de él.

—Pues, antes de irse, él sí que se ha acordado de toda su familia— bromeó la sargento—. Al poco tiempo nos llamó su padre. Dijo que tendríamos noticias de su abogado.

— ¡Bueno! No será la primera vez ni la última que tenga que hablar con ese picapleitos. ¿Algo más?

—El señor Vadell ha llamado varias veces; la última hace cinco minutos. Quería saber si habíamos averiguado algo.

— ¿Hemos recibido confirmación sobre el operativo de búsqueda?

— Está autorizado y en marcha. Una unidad del servicio de emergencias realizará una batida sobre terreno esta misma noche. Si a las seis de la mañana todavía no han encontrado nada, se iniciará un dispositivo de búsqueda coordinado por protección civil conjuntamente con el SEIB. En tal caso, solicitan su presencia en Escorca. Aunque la zona está fuera de nuestro límite de demarcación, nosotros cursamos la orden. Comandancia nos ha asignado el mando de la investigación. Le he dejado toda la documentación al respecto en su oficina.

— De acuerdo —dijo Alex—. Informaré a la familia Vadell de todo desde mi despacho.

Alex observó que eran cerca de las once y media de la noche. Entró en su oficina y, tras descolgar el auricular, marcó el número de teléfono de la casa de los Vadell. Después del tercer tono alguien contestó al otro lado de la

línea.

— ¿Sí...? —contestó Marc Vadell con voz inquieta.

—Hola, Marc. Soy el teniente Alex Amengual.

— ¿Sabes ya algo de mi hija? ¿La habéis encontrado?

—No. Aún no ha aparecido. Pero tenemos la sospecha de que se podría encontrar en algún punto perteneciente a la zona montañosa de Escorca.

— ¿Escorca? Y... ¿Por qué suponéis que podría estar en ese lugar?

—Recibimos la notificación de un siniestro en la carretera que baja hasta el puerto de “Sa Calobra”. Marc... Se trataba de Joan Fornells. Al parecer tuvo un accidente con la moto.

— ¿Un accidente? ¿Y mi hija? ¿Dónde está?

Alex sabía que tenía que medir con bastante precisión las palabras que debía pronunciar a continuación. No podía mentir a Marc, pero tampoco le podía contar toda la verdad. Tenía que ofrecerle la esperanza de encontrar a su hija con vida, y para ello debía informarle de todas las medidas que se iban a poner en marcha para conseguir tal fin. En ningún caso le mencionaría que habían hallado sus ropas esparcidas por la carretera. Por ahora no era conveniente crear alarmas innecesarias.

—Alba no estaba con él.

— ¿Co...Cómo? — titubeó Marc — ¿Que ha hecho ese cabrón con mi hija?

—No ha podido decirnos nada, Marc —contestó Alex—. Joan permanece en coma desde el accidente.

— ¿Entonces cómo sabéis que mi hija estaba con él cuando tuvo el accidente?

— Por las características en que ocurrió. Al parecer, las parejas de jóvenes suelen realizar el trayecto de bajada en moto y de noche hasta el puerto de la Calobra, en una especie de ritual llamado “la bajada romántica”. Por otro lado, la policía local de Escorca encontró un collar igual que el que nos describió tu mujer en un tramo anterior de la carretera. Pudiera ser que saliera ilesa del accidente y al abandonar el lugar en busca de ayuda se desorientara al ser de noche. La carretera no está iluminada y ayer era luna nueva, por lo que la visibilidad era nula.

—Hay que buscarla enseguida.

—Protección Civil ya está buscando a Alba en estos momentos. Mañana a primera hora se organizará un operativo mayor para peinar toda la zona. Yo estaré presente y formaré parte del grupo de búsqueda. Si Alba se fue por su

propio pie del accidente la encontraremos.

— ¿Cómo que si Alba se fue por su propio pie? ¿Es que hay otra posibilidad?

—Marc, también existe la posibilidad de que la raptaran. Por eso es importante la declaración de Joan; para saber lo que pasó realmente. Si éste fuera el caso, lo más probable es que recibas una llamada telefónica reclamándote un rescate. Es de suma importancia que permanezcas atento al teléfono y que si recibieras esa llamada nos lo comuniqués inmediatamente.

—Pero no puede ser...Alba — Marc comenzó a titubear, la situación le superaba por completo.

—Lo extraño es que a estas alturas todavía no hayan contactado con vosotros. Normalmente ya lo habrían hecho, por lo que me decanto más por la posibilidad de que Alba se haya perdido por la zona. Marc, si es así te aseguro que la daremos con ella.

No hubo contestación por parte de Marc Vadell, más que el molesto ruido del auricular al cortar la conexión. Alex conocía muy bien a Marc y sabía que no se quedaría de brazos cruzados. Su inclusión en la política le proporcionó muchos contactos, que en casos como éste podrían serle de bastante ayuda. Alex sabía que, en este tipo de situaciones, cualquier apoyo extra siempre era bienvenido; sólo esperaba que su intromisión no interfiriera en la investigación.

— ¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó la sargento Nerea desde el umbral de la puerta del despacho.

— ¿Usted que cree?

— ¡Pobre chica! —exclamó Nerea—. Espero que la encontremos sana y a salvo.

—Sargento, usted conoce bien aquella zona de la Tramuntana ¿Verdad?

—He realizado varias excursiones por la zona con mi grupo de senderismo. Aunque no soy experta en el terreno conozco algo la región.

—Son casi las doce. Contacte con el agente que esté de retén para que le sustituya y váyase a descansar. Mañana a las cinco salimos para Escorca,

—De acuerdo. — contestó Nerea.

Alex abandonó el cuartel y se dirigió hacia su casa en el Nissan Patrol que tenía asignado. Cuando entró por la puerta, se encontró a María que le esperaba despierta.

— ¿La habéis encontrado? — preguntó con preocupación.

—Todavía no. Pero lo haremos. ¿Cómo está Ana?

—Bajó de su cuarto para cenar algo. Luego dijo que estaba cansada y se fue a dormir. ¡Dios mío!, he llegado a pensar que si le hubiera ocurrido a ella...

Alex abrazó a su mujer con fuerza. Él también había tenido el mismo pensamiento y sabía perfectamente la horrorosa sensación de ansiedad que producía.

Más tarde, Alex subió a ver a su hija. La encontró dormida. No pasó del umbral de la puerta del dormitorio por temor a despertarla. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta del incontrolable temblor que recorría todo su cuerpo y del sudor frío que bañaba su rostro. Aquella noche Ana tuvo otra pesadilla; una más de tantas como las que había ocultado a sus padres durante años. En ella, aparecía su amiga Alba. Ana observó que vestía una extraña ropa. Era una especie de saco de tela marrón manchado de sangre, amarrado simplemente con una cuerda a su cintura. Alba no paraba de llamarla pidiéndole ayuda, pero Ana no podía llegar hasta ella. Alba tampoco podía moverse. Una sombra grande y siniestra, que la sujetaba fuertemente por los hombros desde detrás, se lo impedía. La sombra se dio cuenta de la presencia de Ana y, extendiendo un brazo deforme, la señaló pronunciándose con una voz aterradora: “*¿Quieres ser tú la próxima?*”.

Capítulo 7

Después de estar más de una hora tras el volante, el teniente Alex y la sargento Nerea llegaron al término municipal de Escorca. El reloj digital del vehículo indicaba que eran las seis y trece de la mañana. Circulaban por la ruta comarcal Ma-10, que permanecía desierta, solamente vigilada por los inmensos macizos montañosos que se elevaban a ambos lados de la carretera. Los primeros destellos de sol ya se comenzaban a vislumbrar entre los altos picos de la sierra de Tramuntana, incidiendo sobre la luna delantera del todoterreno. De vez en cuando se podía observar, entre las laderas de las montañas, la abrupta costa mallorquina que se recortaba toscamente frente al infinito mar mediterráneo. Finalmente llegaron al desvío de “Sa Calobra”, que estaba custodiado por una unidad policial. Durante todo el día, el acceso al puerto estaría cerrado para todo el personal no autorizado. Alex se acercó hasta uno de los policías y, después de bajar la ventanilla, le mostró su identificación.

— ¡Adelante, mi teniente! —dijo el policía ofreciéndole un saludo.

Tras abandonar la vía principal, comenzaron a descender por la estrecha carretera que llevaba hasta el puerto de “Sa Calobra”. Aunque el desnivel no era muy pronunciado, el mal estado del asfalto y la poca protección lateral, hizo que Alex redujera considerablemente la velocidad. Al cabo de un par de kilómetros llegaron hasta la curva conocida como “el nudo de la corbata”, donde la carretera efectuaba un giro de trescientos sesenta grados, para volver a pasar por debajo de si misma a través de un pequeño túnel. Justo en el lateral de la curva se encontraba “*el col dels Reis*”; un pequeño puerto de montaña donde se había instalado el puesto de mando avanzado dirigido por protección civil.

La inmensa y alargada sombra del “Puig Major” cubría la totalidad de la explanada donde se había colocado una carpa, de veinte metros por veinte, que albergaba el centro logístico desde donde se iba a coordinar todo el operativo de búsqueda. Un grupo de al menos sesenta personas, equipados con petos fosforescentes de color amarillo, se agrupaba alrededor de la tienda. El teniente Alex y la sargento Nerea se apearon del vehículo policial y se dirigieron hacia un grupo de la policía local de Escorca, que parecía estar esperando su llegada.

— ¿El teniente Alex Amengual, supongo? —dijo el más alto de ellos,

ofreciendo el respectivo saludo protocolario.

—Así es —contestó Alex, devolviendo el saludo—. Ella es la sargento Nerea.

—Teniente Miguel Llorens. Ayer conversamos por teléfono.

Una vez hechas las presentaciones, se dirigieron hacia la carpa.

—Protección civil ya ha organizado los grupos de búsqueda —dijo el teniente Miguel.

—¿Quién es el responsable de la organización logística? —preguntó Alex.

—Mateo Sureda, del SEIB —contestó Miguel.

En el interior de la carpa se había dispuesto una alargada mesa, en la que se había instalado un sofisticado equipo de radio comunicación. La toma de corriente se obtenía a través de un alargador conectado al sistema eléctrico de una tienda de souvenirs, que estaba situada en un lateral de la explanada. Tras la mesa, un grupo de tres personas conversaban vivamente, mientras señalaban un extenso mapa cartográfico de la zona situado sobre un gran panel vertical.

—¡Mateo! —llamó el teniente Miguel, dirigiéndose al más joven de ellos—. Te presento al teniente Alex Amengual, de la guardia civil de Porto Novo.

—Buenos días teniente —dijo Mateo, estrechándole la mano—. Según las notificaciones que recibimos, está usted al mando de la investigación.

—¡Así es! Póngame al corriente del operativo.

—Hemos formado siete grupos de rastreo designados cada uno por un color. Cada grupo estará formado por un coordinador, tres especialistas en rescate, dos expertos en primeros auxilios y el resto voluntarios. Se dispondrá de nueve Walkies por grupo, más dos botiquines y una linterna por cabeza. Un grupo adicional perteneciente a la unidad canina de rescate de Calviá rastreará la zona independientemente.

Alex se acercó al mapa cartográfico colocado sobre el panel, perteneciente a todo el municipio de Escorca.

—Como podrá observar, hemos determinado un punto de partida diferente para cada grupo.—prosiguió Mateo, señalando el mapa—. Para acceder a ellos utilizaremos varios vehículos cedidos por el ayuntamiento de Escorca. A partir de ahí se proseguirá a pie, debido a la dificultad del terreno. Tres puntos de encuentro situados entre las delimitaciones de búsqueda: “*El refugi del port de Sa Calobra*”, “*La ermita de San llorenc*” y “*La torre de Cala Tuent*”. Toda la zona costera será rastreada por dos lanchas de salvamento

marítimo y, en menos de una hora, dispondremos de un helicóptero de La guardia civil de Palma sobrevolando el área.

— ¿Qué significan los puntos rojos señalados en el mapa? —preguntó Alex.

—Indican los principales accidentes geográficos de alto riesgo de la zona — contestó Mateo—. En total doce cuevas, seis barrancos, tres simas y cuatro pozos. Varios grupos de espeleología los revisarán en profundidad.

—Los recursos utilizados para el despliegue de búsqueda son cuantiosos — dijo Miguel—. Esa chica debe ser hija de alguien importante ¿no?

—Eso es lo de menos —repuso Alex—. Lo fundamental es encontrarla lo antes posible. No ha dado señales de vida desde hace más de veinticuatro horas, lo que significa que estará malherida sin poder moverse o retenida contra su voluntad.

—Entonces pongámonos manos a la obra —dijo Mateo—. Su unidad es el grupo azul, teniente.

Seguidamente, Mateo cogió un megáfono y, saliendo de la carpa, se situó en el centro de la explanada. Al conectar el megáfono, un estruendoso y desagradable sonido de acople, hizo que todos lo allí presentes le dirigieran la atención.

— ¡Por favor, atiendan un momento! —dijo Mateo, colocando el megáfono junto a su boca—. En la listas que están colocadas en el panel a mi izquierda, encontrarán su nombre junto al color del grupo que se les ha asignado. Una vez sepan su grupo deberán dirigirse junto al poste señalado con el color que les pertenezca. La primera persona de cada grupo corresponde a su coordinador. Se les entregará una linterna, un mapa cartográfico de la zona y un Walkie para comunicarse entre ustedes. Recuerden; si encuentran algún indicio u objeto relacionado con la persona que buscamos, no lo toquen. Señalicenlo con una banderilla que encontrarán en su mochila y márkuenlo en el mapa. Si es posible anoten también las coordenadas. Seguidamente un grupo de especialistas se desplazarán hasta el lugar indicado para recolectar la prueba. Mucha suerte a todos.

Alex estaba de acuerdo con la observación que había hecho el teniente Miguel. Seguramente Marc había movido los hilos necesarios para convocar un dispositivo de búsqueda tan amplio. Pero ¿Qué padre no haría todo lo que estuviese en su mano para localizar a su hijo perdido? Sin embargo, cabía la posibilidad de que todo lo que se estaba organizando no sirviera para nada. ¿Y si Alba no se había perdido en esa zona? ¿Y si al final había sido víctima de un secuestro? Pero entonces ¿Por qué nadie había reclamado todavía un

rescate? Joan y su declaración seguían siendo la clave principal en toda esta historia. Ahora sólo importaba poner todos los sentidos en el operativo de búsqueda y rezar a Dios para que Alba apareciese sana y a salvo.

Capítulo 8

Viernes, 30 de agosto de 1.996

El paseo marítimo de Porto Novo estaba totalmente abarrotado de gente. El cielo permanecía completamente despejado y la suave brisa del mar se deslizaba ligeramente sobre las terrazas de los bares, haciendo medianamente soportable los treinta y cinco grados de calor que marcaban los termómetros a las cinco de la tarde. Los camareros no paraban de atender continuamente las comandas de los clientes, la mayoría de ellos extranjeros, que se protegían del sol bajo la sombra de las extensas y coloridas pérgolas. Entre los murmullos de la gente, una radio anunciaba que el espléndido tiempo de hoy se iba a prolongar durante todo el fin de semana. Todo era perfecto en Porto Novo; los comercios estaban haciendo su agosto, nunca mejor dicho; los hoteles tenían una ocupación del cien por cien y los clientes disfrutaban de sus vacaciones estivales, olvidándose por completo del estrés del trabajo.

Un grupo de jóvenes, en bañador y equipados con patines, se había congregado junto a una valla, donde un gran cartel anunciaba el concierto musical que la banda de Indie rock “Sebadoh” iba a celebrar en la plaza de toros de Muro durante el fin de semana. A su lado, varios carteles más, que se sobreponían unos a otros, formaban un colorido mosaico de anuncios indescifrables. Justo en la esquina inferior derecha se podía ver, a duras penas, la fotografía de Alba Vadell. El texto escrito bajo su imagen, exponía la gran pregunta que se había hecho todo el mundo durante los dos últimos meses; “¿Ha visto usted a esta chica?”.

Todos los esfuerzos realizados para encontrarla no habían servido de nada. La probabilidad de que hubiera sido secuestrada por motivos económicos se descartó a la semana siguiente de su desaparición, al no haber recibido ningún aviso de rescate. Durante varias semanas, diversos grupos de rastreo habían peinado palmo a palmo toda la zona montañosa de Escorca, donde se suponía que se había perdido Alba. Se habían inspeccionado numerosas cuevas, simas y pozos, sin obtener resultados. Aún después de que protección Civil cesara en la búsqueda, ante el escaso éxito, Marc Vadell

contrató varios especialistas que persistieron en el empeño. Todo fue en vano.

Cuando todo parecía haber acabado, Marc Vadell apareció en el programa nacional de televisión “¿Quién sabe dónde?”, lo que avivó de nuevo el caso. Varios periódicos locales tomaron cartas en el asunto y se organizó una nueva investigación, esta vez privada, sobre la desaparición de Alba. Tanto en la prensa escrita como en programas de radio y televisión, se criticó bastante la ineficacia de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado para localizar a la joven desaparecida. También se puso en tela de juicio los procedimientos y los recursos empleados. Las palabras exactas que se utilizaron para describir el método de actuación policial fueron “protocolo de actuación obsoleto”. Según los medios de comunicación, se centró toda la atención en la búsqueda alrededor de la zona de Escorca, sin tener en cuenta el cierre inmediato del puerto y del aeropuerto, lo que dejó abierta la posibilidad de una fuga o secuestro por motivos diferentes a los sospechados hasta ese momento. La idea de un rapto provocado por una organización criminal de trata de blancas comenzó a cobrar fuerza. Todas las culpas del fracaso de la investigación recayeron sobre los efectivos de la guardia civil.

¿Cómo podía haber desaparecido Alba sin haber dejado rastro? Estaba claro que no era el primer caso que ocurría de desaparición forzosa en la que no se había localizado a la persona en cuestión. Marc Vadell se había ocupado de que la opinión pública elevara el caso a lo más alto, difundiéndolo ampliamente y considerándolo como una preocupación social de primer orden. Si la persona desaparecida hubiera pertenecido a una familia más humilde, quizá el caso no hubiera tenido tanta repercusión, pero Marc Vadell tenía el poder suficiente para lograr que se hiciera un seguimiento exhaustivo desde todos los medios de comunicación.

Y así fue durante un tiempo, pero cuando una noticia se estanca pierde todo su interés. Los pocos avances sobre la investigación y la aparición de nuevas tragedias, como la ocurrida a principios de agosto en el camping “Las Nieves” de Biescas, donde murieron ochenta y siete personas a causa de una repentina riada, hicieron que los medios de comunicación se interesaran por otros asuntos, dejando de lado la desaparición de Alba.

Pero el teniente Alex no iba a seguir el mismo camino que la prensa. Él todavía tenía un “As” en la manga, y ese as se llamaba Joan Fornells. Aunque todavía se encontraba en estado de coma y no había presentado ninguna mejoría, Alex todavía albergaba alguna esperanza de que Joan despertara más pronto que tarde de su letargo. Si alguien podía aportar algo de luz a todo este

asunto, ese era Joan. Él era el único que conocía perfectamente lo que había ocurrido en aquella fatídica madrugada de junio.

En el panel que estaba colocado en la pared, tras la mesa del despacho de Alex, se podía ver un esquema con los principales datos del caso. En el centro, se situaba la fotografía de Alba Vadell y junto a ella la de Joan Fornells, unidas por una gruesa línea. En el extremo derecho del panel, un plano de la Tramuntana estaba señalizado con todas las localizaciones que habían sido exploradas.

La última línea de investigación que se había planteado, y que alguien había filtrado a la prensa, giraba en torno a la posibilidad de un secuestro con tintes de explotación sexual. El que se hubiera encontrado la ropa de Alba desperdigada alrededor de la zona donde ocurrió el siniestro, era una prueba irrefutable de que la habían mudado de vestuario para que no fuera reconocida por nadie durante su traslado. Además, desde que se produjo el hipotético secuestro, hasta que se divulgaron los primeros datos sobre la desaparición de Alba, pasaron más de veinticuatro horas, tiempo más que suficiente para sacarla de la isla.

Aunque desde comandancia se decantaban por la posibilidad de la actuación de una banda criminal de trata de blancas, Alex no estaba muy convencido de ello. Había algo que no cuadraba en dicha hipótesis. ¿Por qué razón los secuestradores habrían dejado abandonada la ropa de Alba, dando a conocer de esta manera sus intenciones? ¿No hubiera sido más fácil llevarse la ropa para ocultar sus planes y dejar abiertas varias causas posibles a la desaparición de Alba? No, decididamente Alex no estaba de acuerdo con sus superiores. Tenía que haber otro motivo.

Alex había solicitado todos los registros de las personas desaparecidas existentes en la base de datos de la policía nacional y la policía autonómica. Contando también los registros presentes en los archivos de la guardia civil, en total eran más de tres mil casos, de los llamados “inquietantes”, que todavía permanecían abiertos desde que se tramitara la primera denuncia en 1.977. Una vez repasados todos los casos, solamente uno de ellos tenía similitud con el de Alba. Se trataba de una chica de dieciocho años llamada Elena Cortés Segura.

La desaparición de Elena databa de octubre de 1.983. Al parecer había salido con su padre a recoger setas en los bosques que rodeaban el monasterio de Lluch, situado al sur de Escorca. Según relató su padre, en un momento de descuido perdió a su hija de vista. Las palabras exactas del padre fueron

“Estaba a mi lado, me agaché para recoger unos *esclatasangs*, y cuando me volví a girar hacia ella, ya no estaba; desapareció”. Después de realizar una batida por la zona, se localizaron las ropas que portaba Elena en el fondo de un barranco, pero ni rastro de ella.

Alex no dejaba de repasar toda la información referente a la desaparición de Alba, cuando el teléfono sonó de repente.

—Teniente Alex Amengual de la guardia civil de Porto Novo. ¡Dígame!

—Hola, Alex. Soy Sergi.

Sergi Llinás fue el sargento de la guardia civil de Porto Novo antes de que Alex fuera destinado allí por comandancia. Aunque ya se conocían anteriormente, fue en 1.986 cuando su amistad quedó forjada para siempre. Por aquel entonces Alex vivía en Palma y estaba destinado en el departamento de investigación judicial. El extraño asesinato de un vecino de la localidad de Porto Novo, y los extraordinarios sucesos acontecidos durante la investigación, que le fue asignada a Alex, creó un vínculo entre ambos que duraría para siempre. Un año después de aquello, Sergi consiguió el traslado que llevaba buscando desde hacía tiempo dentro del Centro Superior de Información de la Defensa. Entonces, Alex aprovechó la vacante de Sergi para ocupar su puesto como máximo responsable del cuerpo de la guardia civil en Porto Novo.

— ¿Has averiguado algo? —preguntó Alex.

—Parece ser que el juez va a transferir el asunto a otro departamento. Creen que ahora es el mejor momento para hacerlo. La presión ejercida por la prensa se ha reducido bastante, así que en un par de días a lo sumo, recibirás la notificación desde comandancia.

— ¡Maldita sea! No han pasado ni tres meses.

— Si. Pero el asunto se les ha ido de las manos. El padre de la chica no ha parado de meter baza durante toda la investigación y esto se ha convertido en una patata caliente que nadie quiere tener entre las manos.

—A quién le van ha transferir el caso.

—Todavía no es oficial, pero se rumorea que se hará cargo la unidad central de la policía judicial en cooperación con el CEPIC.

— ¿El CEPIC? ¿Entonces es verdad? Sospechan que la chica haya salido del país.

—Eso parece. Ya han contactado con la INTERPOL para que sea incluida en el fichero de datos sobre personas desaparecidas. Es lo más lógico Alex. La chica no da señales de vida y se estudia la viabilidad de que abandonara la

isla antes de que se iniciaran todos los protocolos de búsqueda. Descartada la posibilidad de que haya sido recluida en alguna secta, la línea de investigación actual es la de un secuestro por parte de una red de trata de blancas, y eso está fuera de vuestra jurisprudencia.

—Gracias por la información, Sergi. Soy consciente del riesgo que supone para ti esta llamada.

—Hay algo más —dijo Sergi, con tono serio—. Están buscando una cabeza de turco a quién colgarle el marrón del fracaso de la investigación. Este asunto no ha hecho más que aumentar la polémica de si hoy por hoy la guardia civil es necesaria y útil en nuestro país.

—Y me ha tocado a mí.

—Tienes todos los puntos. Así que vete con cuidado.

—Gracias de nuevo, amigo.

—¿Cómo están María y Ana?

—Pues la verdad es que es que Ana está un poco conmocionada por este asunto. La chica desaparecida iba su clase; eran amigas.

—¡Vaya! Lo siento.

—Pásate un día por casa a comer. Se alegrarán de verte.

—Así lo haré. Si necesitas algo, ya sabes donde encontrarme.

Alex colgó el teléfono y seguidamente se dispuso a salir del cuartel para dirigirse a casa de los Vadell. Antes de salir por la puerta, la sargento Nerea le llamó la atención.

—Teniente, ha llegado la correspondencia. Hay varias notificaciones de comandancia y también... un sobre a su nombre. No tiene remitente.

—Déjalo todo sobre mi mesa, ya le echaré un vistazo. Voy a acercarme a casa de los Vadell.

—¿Quiere que le acompañe? —preguntó la sargento.

—No, gracias. Se trata de una visita extraoficial. Luego iré directamente a casa. Nos vemos mañana.

La aparición de Marc en televisión y sus declaraciones en la radio, fueron la causa de que la prensa amarilla se interesara por el caso y, aunque no habían entorpecido la investigación, si que habían distorsionado la realidad a su conveniencia, lo que causó que la opinión pública se echara sobre ellos. Aún así, Alex no podía culpar de nada a Marc. Él hubiera hecho lo mismo en su posición. Alex solamente quería acercarse para hablar con él y ver como se encontraba.

Capítulo 9

La casa de los Vadell estaba situada al este de Porto Novo, en los terrenos de “Sa Pedrera”. Se trataba de una gran mansión señorial que había sido construida en 1.860 por el tatarabuelo de Marc y que estaba rodeada por grandes terrenos de olivos, excepto en la zona sur, donde una gran terraza, construida sobre un acantilado, ofrecía unas estupendas vistas al mar mediterráneo. Fue allí donde Alex encontró a Marc, sentado en una silla de madera plegable, con la mirada perdida en el infinito azul del mar.

—Hace días que no quiere hablar con nadie —dijo Elvira, que le había abierto la puerta a Alex y le había acompañado hasta la terraza.

Alex asintió y, después de bordear la piscina que ocupaba el centro de la terraza, se sentó junto a Marc. Elvira volvió a entrar en la casa, dejándolos solos. Una pequeña y baja mesa de madera oscura, que hacía juego con las sillas, se interponía entre ambos. Sobre ella, Alex observó que había una botella de Whisky medio vacía. Marc presentaba un aspecto bastante desaliñado; el pelo alborotado, barba de varios días y la sensación de que hubiera dormido con la ropa puesta. La luz anaranjada del atardecer reflejada sobre la piel de su rostro le confería una tonalidad enfermiza.

—Todo lo que tengo no ha servido para nada —dijo Marc sin apartar la vista del frente.

—Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, Marc. Los casos por desaparición no prescriben. A partir de ahora...

—Una lista, Alex —le interrumpió Marc—. Van a poner el nombre de mi hija en un papel junto con otras personas desaparecidas. Eso es lo único que me va a quedar de Alba.

Como era de esperar, Marc ya se había enterado de la suspensión de la búsqueda y del traslado del caso a otro departamento.

—Van a ampliar la búsqueda ante la posibilidad de que Alba ya no estuviera en la isla —dijo Alex—. No se descarta la posibilidad de que...

—Dímelo claro, Alex. Alba no aparece por ningún lado, nadie ha pedido un rescate por ella. Sé lo de la ropa que se encontró en la misma zona del accidente. Así que todo apunta a que haya podido ser secuestrada por una red de trata de blancas para la explotación sexual.

—No lo sabemos cierto todavía. En estos dos meses no hemos podido localizar ningún indicio sobre lo que pudo ocurrir aquella noche. La única persona que podría esclarecer algo sobre todo este asunto se encuentra inconsciente en el hospital de Son Dureta. Todo dependerá de que cuando despierte pueda recordar algo.

—Eso será si quiere contarlo —objetó Marc.

—No podemos perder la esperanza.

Tras un incómodo silencio Marc cogió la botella y echó un trago.

—Se supone que un padre debe proteger a sus hijos. — dijo al fin Marc, sin dejar de mirar al horizonte. — Pero llega un momento en la vida, en que tus hijos te piden libertad; y tú se la das, porque tienes que hacerlo, por ley de vida; aunque piensas que es un error. Siempre tienes miedo a lo que pueda pasar, pero piensas que es sólo eso; un miedo. Y cada vez que tu hija sale de casa, y deja de estar al alcance de tu protección, ese miedo reaparece. Y sólo se va cuando vuelve a estar cerca de ti.

—Marc, no tenéis la culpa de lo que ha pasado.

—Piensas que estas cosas sólo les ocurren a los demás —prosiguió Marc, sin escuchar las palabras de Alex—. Pero incomprendiblemente, un día te toca ti. Y crees que no puede estar pasando, que es sólo una terrible pesadilla de la que despertarás. Pero no despiertas, porque ya estás despierto. Y no lo entiendes. Quieres abrazar a tu hija con fuerza, pero no puedes porque no está. Y lo peor de todo es que tampoco sabes donde está, porque sino irías a buscarla y la rodearías entre tus brazos con tanta fuerza, que nunca más la dejarías ir. Entonces la mirarías a los ojos y le dirías: No temas cariño, papá está aquí y nunca te va a pasar nada malo. Pero en el hueco de tus brazos no hay nadie, solamente un vacío. Y te preguntas si estará bien, o estará asustada y te estará llamando, llena de miedo y con la esperanza de que la encontrarás, porque eres su papá y piensa que lo harás. Pero no puedes, porque no eres tan poderoso como ella pensó que eras. Y te derrumbas, porque tampoco eres tan fuerte cómo ella pensó que eras.

En ese momento Marc volvió a mirar a Alex. Su cuerpo temblaba, acompañado de fuertes espasmos, y comenzó a llorar como un niño.

— ¿Dónde está mi hija, Alex? —dijo entre sollozos—. Quiero a mi hija. Quiero...

Alex no pudo hacer nada más que sujetarle del hombro y dejar que se desahogara.

Capítulo 10

Alex llegó a casa sobre las nueve de la noche. El día había resultado agotador. Sólo deseaba darse una buena ducha, cenar en familia y meterse en la cama para reponerse de un día tan demoledor. María y Ana se encontraban en el salón comedor viendo la televisión.

— ¿Cómo te ha ido el día, cariño? —preguntó María, acercándose a él.

— ¿De verdad quieres que te lo cuente? —dijo Alex—. Te juro que es un día para olvidar. Ya es suficiente con que uno de nosotros lo haya pasado mal.

Ana se acercó hasta ellos y besó a su padre. Una hora más tarde, estaban los tres cenando juntos en el salón comedor. La puerta situada al final de la sala, que daba al patio trasero, permanecía abierta, dejando pasar una ligera brisa de aire fresco que mantenía un clima más que agradable en el interior de la casa.

—He ido a visitar a Marc y Elvira —dijo Alex.

— ¿Cómo se encuentran? —preguntó María.

—Están destrozados. Marc se ha derrumbado delante de mí. No voy a entrar en detalles sobre lo que realmente pueda pensar de él, pero aún así, ningún padre se merece pasar por lo que ellos están pasando. El caso es que van a transferir el asunto a otro departamento. A partir de ahora, Alba va a engrosar la lista de personas desaparecidas de larga duración.

— ¿No van a hacer nada más por encontrarla? —preguntó María.

— ¿Nada más? —dijo Alex, exaltado— ¿Qué más se puede hacer que no se haya hecho ya? Han pasado dos meses y medio desde que fue vista por última vez. No ha dado señales de vida desde entonces. Nadie la ha visto. Solamente nos queda que Joan despierte del coma y que recuerde algo que nos pueda servir para encontrarla; eso si quiere contar algo. Aún así y todo, son dos meses, María. Lo más lógico es que...

—Yo...—se pronunció Ana con timidez interrumpiendo a su padre.

Alex miró a su hija y, tras tomarse unos segundos para recuperar la calma, se pronunció:

—Dime cariño. Tú...

Ana permanecía en silencio sin atreverse a emitir una palabra.

—Ana ¿Sabes algo? —dijo María—. Si sabes algo sobre Alba debes

decírnoslo. ¿Has hablado con ella? No tengas miedo, no te va a pasar nada.

—Yo la he visto —dijo al fin Ana.

— ¿Dónde? —preguntó María— ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque nadie la hubiera creído —dijo Alex— ¿verdad Ana?

— ¿Cómo que nadie la hubiera creído? —preguntó María, sin entender a que se refería su marido— ¿Qué quieres decir?

Ana permanecía en silencio mirando en un punto fijo de la mesa, sin atreverse a levantar la vista hacia sus padres.

—Cuéntamelo Ana —dijo Alex—. No tengas miedo. No va a pasar nada, cariño. Te ha vuelto a pasar ¿verdad?

María movía la cabeza de un lado a otro, mirando a su marido y a su hija. Al final Ana se dirigió a su madre.

—La he visto en sueños, mamá.

— ¿Cómo en sueños? —dijo María, mirando a su marido— ¿Tú...tú lo sabías?

—Lo sospechaba.

— ¿Lo sospechabas? —repitió María, incrédula— ¿Y no me dijiste nada?

—No quería que te preocuparas.

—Mamá, no es nada malo, de verdad —dijo Ana a punto de llorar.

—Lo sé, cariño —contestó María, acariciando a su hija—. Es sólo que...

—Es sólo que los demás no lo entenderían —dijo Alex—. Por eso pretendimos esconder tu proble...lo que te pasaba. Tu madre y yo pensamos que todo había pasado. Pero no fue así ¿verdad? Por eso te pusiste mal el día que desapareció Alba. ¿Lo presentiste?

—La he visto, papá. Esta viva. Lo sé. No podéis dejar de buscarla. Alguien la retiene en algún lugar y no puede escapar.

— ¿Alguien? —dijo Alex.

—Sí, pero no puedo ver quién es —prosiguió Ana—. Es como una especie de sombra sin rostro.

— ¿Reconoces el lugar donde está?

—Es un lugar cerrado, oscuro, rodeado por un bosque. Es como si estuviera cerca pero también lejos a la vez. Está muy asustada, papá.

—Lo sé hija, lo sé —dijo Alex intentando calmarla.

—Papá, siento no haberte dicho nada antes pero... tenía miedo de que os enfadarais conmigo.

— ¿Enfadarnos contigo? —dijo Alex—. Eso nunca cariño.

—Entonces, ¿seguiréis buscándola? —preguntó Ana.

—No es tan sencillo, Ana— contestó Alex.

— ¿Cómo? ¿No vas a hacer nada, papá?

—Ana —dijo María—. No se puede reanudar la búsqueda por el hecho de que hayas tenido un presentimiento. No podríamos contarlo. Nadie nos creería. Nos tomarían por locos. Por eso hemos intentado que nadie supiera lo tuyo; para protegerte.

—Mamá, lo dices como si tuviera una enfermedad.

—No, hija —prosiguió Alex—. No es una enfermedad, pero los demás lo verían de esa manera. Además lo que nos has contado no servirá para encontrarla. Por lo que nos has dicho, podría estar en cualquier lugar.

—Entonces volveré a soñar con ella. Si me concentro lo suficiente antes de dormir puedo conectar con ella. Podré averiguar dónde está.

—No cariño —dijo María—. No te estamos pidiendo que hagas...

—Yo si que se lo pido —interrumpió Alex.

María miró fijamente a su marido sin comprender su reacción.

—Ana cree que podría ayudar a desenmarañar todo este asunto; y yo también lo creo —prosiguió Alex—. Lo que ella tiene es un don, y si con él podemos encontrar a Alba deberíamos utilizarlo.

— ¿Te estás oyendo? —dijo María, enfadada y alzando la voz—. Dices “deberíamos utilizarlo”, como si tu hija fuera un objeto. Te has parado a pensar lo que pasaría si los demás se enterasen de ese “DON” que dices que tiene tu hija.

—No estoy diciendo que se lo contemos a los demás —contestó Alex igualando el tono de voz de María—. Lo único que digo es que si Ana puede ayudar a encontrar a Alba, debería hacerlo. Bastaría con que nosotros lo supiéramos. No saldría de esta familia. María, no puedo quitarme la imagen de Marc llorando como un niño. Si fuera nuestra hija la que...

—No, Alex —le interrumpió María—. No juegues conmigo intentando que me sienta ahora culpable de la tragedia de los Vadell. Sabes muy bien por todo lo que pasamos...

— ¡Basta ya! —gritó Ana—. No os peleéis más.

—Perdona cariño —dijo María calmando la voz—. Pero es que...

—Mamá. Lo tengo decidido. Si no hiciera nada por ayudar a Alba y al final le pasara algo, me sentiría culpable toda la vida. No podría vivir con ello. Es mi decisión y quiero hacerlo.

María bajo la mirada y, tras unos segundos, se levantó de la mesa. Antes de abandonar la sala se paró junto al umbral de la puerta.

—Haced lo que creáis conveniente, pero no esperéis contar con mi aprobación.

—Mamá...—dijo Ana intentando hacer entrar en razón a su madre, pero María ya había abandonado la habitación.

—Déjala, Ana. —dijo Alex, posando la mano sobre el hombro de su hija—. Necesita estar sola. No te creas que no la entiendo. Lo pasó muy mal y está muy asustada. Y yo también lo estoy. No sé si me estaré equivocando al dejarte hacer esto. Y puedes estar segura que no te dejaría hacerlo si hubiera otra posibilidad. Pero es que no veo otra salida. ¿Crees que podrás averiguar algo más?

—Papá he estado en el mismo sitio que ella. Puedo entrar y salir cuando quiera. De verdad que puedo controlarlo. Sólo tengo que permanecer un poco más de tiempo en mis sueños y fijarme bien.

—Hija, sólo espero que tengas razón y que todo esto sirva para algo.

Capítulo 11

Alex bajó hasta la cocina para beber un vaso de agua. El reloj, que estaba colgado en la pared, señalaba las cuatro de la madrugada. Se había pasado toda la noche despierto, vigilando a su hija, pero el sueño ya estaba comenzando a vencerle. Pensó que lo mejor sería ir a acostarse. Si Ana no se había pronunciado todavía, ya no lo haría durante el resto de la noche. Alex recordó que, cuando Ana era pequeña, fueron a visitar a su pediatra para buscar una solución a las pesadillas que frecuentemente asaltaban a su hija, eso sí, sin mencionar en ningún caso el carácter premonitorio de las mismas. Tras inspeccionar a Ana, la pediatra llegó a la conclusión de que lo que sufría la niña se enmarcaba más dentro del cuadro de los llamados “terrores nocturnos”. A diferencia de las pesadillas, que ocurrían en una fase del sueño más profunda, llamada fase REM, los terrores nocturnos solían aparecer durante las dos primeras horas después de que el niño se durmiera, tal como le ocurría a Ana. Por eso, Alex creyó que, cinco horas después de que Ana se hubiera dormido, quizá no hubiera podido “conectar” con Alba. Lo mejor sería ir a dormir e intentar descansar en las tres horas que le quedaban, antes de levantarse para volver al cuartel.

Alex recordó que tendría que hablar con María, para intentar solucionar las discrepancias que habían tenido con respecto a la inclusión de Ana en todo este asunto. No le gustaba en absoluto estar enfadado con su mujer. Siempre habían hablado de tomar las decisiones de todo lo que respectara a la familia de forma conjunta. Como cuando decidieron trasladarse a Porto Novo, después de que comandancia hubiera aceptado la solicitud de cambio de jurisdicción de Alex. Pero esta vez, la decisión de “utilizar” a Ana, para intentar encontrar alguna pista que solucionara el enredo en que se había convertido la investigación, la había tomado solamente él. Él había roto el pacto de manera unilateral, y lo peor de todo es que había anulado a María por completo ante su hija. Le había negado su papel como madre. Por eso no dejaría pasar el día siguiente sin haber arreglado este asunto con ella. Solamente deseaba volver a la cama con su mujer, abrazarla como había hecho tantas otras noches y pedirle perdón.

Alex se disponía a volver a su habitación, cuando un rítmico y suave martilleo llamó su atención. El sonido provenía del salón comedor, así que se

dispuso a salir de la cocina con precaución. La sorpresa fue mayúscula cuando encontró a su hija sentada en el sofá. Aunque la habitación estaba a oscuras, Alex pudo discernir que Ana sostenía en su mano una fina varilla con la que golpeaba la superficie de la mesilla que estaba frente a ella. Intentando hacer el menor ruido posible, se acercó a Ana lentamente.

— ¿Ana? —dijo Alex, intentando llamar la atención de su hija sin obtener resultado.

Aunque tenía los ojos abiertos, Ana parecía no estar presente.

—Están todas juntas —se pronunció al fin.

— ¿Quiénes, cariño? —preguntó Alex.

En vez de contestar Ana entonó una extraña canción, sin dejar de golpear la mesa con la varilla:

Anem junts, anem plegats
No ens volen, però no canviarem
Anem junts, anem plegats
I els quinze arribarem a Biniarem.

Seguidamente Ana se desplomó y quedó tendida sobre el sofá. Después de comprobar que su hija se encontraba bien, Alex la cogió en brazos y la llevó a su habitación, como había hecho tantas veces cuando era pequeña. Tras dejarla sobre la cama, sin tapparla con la sabana, pues la noche era bastante calurosa, se dirigió a su habitación. Alex se tumbó junto a su mujer y la abrazó con ternura, rodeándole con sus brazos desde atrás. María se acurrucó en el regazo de su marido y acarició suavemente sus cálidas manos. En aquel momento Alex sintió que amaba a su mujer más que nunca. Comprendió que había antepuesto su trabajo a su familia, y eso era algo que no volvería a ocurrir. Poco a poco, Alex comenzó a dormirse. El continuo martilleo de la varilla sobre la mesa, y la extraña melodía de Ana se repetían en su mente mientras Morfeo llamaba a su puerta:

Vayamos juntos, vayamos unidos
No nos quieren, pero no cambiaremos
Vayamos juntos, vayamos unidos
y los quince llegaremos Biniarem.

La habitación del hospital permanecía prácticamente a oscuras. El ligero y débil resplandor de la luna, que se colaba por la ventana, permitía distinguir la inquieta silueta de Joan Fornells sobre la cama. Las pulsaciones de su corazón, reflejadas en el monitor que controlaba sus constantes vitales, se elevaron rápidamente y su cuerpo comenzó a temblar sin control. Mientras, los enfermeros que estaban de guardia corrían rápidamente hacia la habitación, alertados por la terminal de control de la U.C.I. Antes de que llegaran, Joan Fornells abrió los ojos. Dos esferas totalmente negras, que parecían brillar como el azabache, miraban directamente hacia el techo de la habitación.

Capítulo 12

Alex llegó al cuartel sobre las siete de la mañana. Como siempre, lo primero que hizo fue revisar todos los atestados del día anterior y aprobar, mediante firma, los que se tenían que presentar ante Autoridad Judicial. Seguidamente repasó las novedades acontecidas durante el turno de noche, distribuyó las unidades de patrulla para la zona de Porto Novo y el asignó una unidad para el control de tráfico en la carretera Nacional Ma-15. Por último, abrió la correspondencia recibida desde comandancia, y comprobó que todavía no había llegado la orden del juez para el traspaso de competencias con respecto al caso de la desaparición de Alba. Normalmente, estas decisiones se emitían por escrito o a través de la visita de algún alto mando. Si la notificación no llegaba durante el día de hoy, seguro que no pasaría de mañana.

Alex reparó en el último sobre que le quedaba por abrir. Era un sobre color sepia del tipo B5, tamaño folio, igual que los que se utilizaban en las empresas para el correo interno. Recordó que la sargento Nerea le había indicado el día anterior que llegó sin remitente. Alex palpó la superficie con intención de comprobar lo que contenía. Creyó reconocer varios papeles de diferente tamaño en el interior. En el centro de la carta estaba escrito “A / At Teniente Alex Amengual”. Alex agarró un abre cartas y rasgó el sobre por la parte superior.

Varios recortes de periódicos cayeron sobre la mesa. En alguno de ellos aparecía la foto de una chica acompañados de un breve texto en la parte inferior. Otros contenían solamente el texto. Alex removió todos los recortes y cogió uno de ellos, que le llamó poderosamente la atención. Era la imagen de Alba junto a un artículo que anunciaba su desaparición. La fecha de emisión era del domingo 23 de junio de 1.996. Rápidamente volvió a buscar entre el resto. Alex cogió un nuevo recorte y, después de comprobar la imagen de la chica que había en la fotografía, leyó el artículo: *“El pasado domingo, Elena Cortès Segura de 18 años de edad, desapareció en la zona boscosa colindante al monasterio de Lluch, mientras se dedicaba, junto a su padre, a la recogida de setas. Varios efectivos de la guardia civil y protección ciudadana se desplazaron hasta el lugar de los hechos para iniciar la búsqueda. Hasta la fecha de hoy, sólo se han hallado las ropas que*

portaba Elena en el fondo de un barranco, pero ningún indicio sobre su paradero. Las fuerzas de seguridad del estado no cejan en su empeño de localizar a la chica. Martes 27 de octubre de 1.983.”.

Alex colocó los recortes que tenía sobre la mesa según la fecha de publicación de cada uno de los artículos. Los más antiguos presentaban manchas amarillentas provocadas por la oxidación de la lignina incluida en el papel. Seguramente debían pertenecer a periódicos que ya no debían ni existir. En total eran siete recortes, incluyendo los de Alba y Elena. Todos ellos hacían referencia a la desaparición de chicas jóvenes, de entre diecisiete y diecinueve años de edad. El artículo más antiguo databa de febrero de 1.916. Para Alex y su equipo, encontrar toda aquella información a través de las publicaciones de antiguos periódicos les hubiera llevado un tiempo incalculable del que no hubieran dispuesto. Aún así, la posibilidad de haber dado con todos aquellos artículos y relacionarlos habría sido prácticamente imposible. El rango de tiempo entre la primera publicación y la última era demasiado amplio; ochenta años. La persona que había conseguido toda aquella información debía haber revisado una cantidad inmensa de periódicos, a no ser que llevara tiempo coleccionándolos. ¿Y si esa persona fuera el causante de todas aquellas desapariciones? Entonces, ¿Por qué enviarle toda aquella información? Aunque sonaba un poco absurdo, era una posibilidad que no podía descartar. Alex cogió un folio y comenzó a anotar los nombres de las chicas desaparecidas junto a la fecha y el lugar donde fueron vistas por última vez.

<u>Nombre</u>	<u>Fecha</u>	<u>Lugar</u>
<i>Aina Bonnin Forteza</i>	<i>1.916</i>	<i>Lluc</i>
<i>Xisca Martí Fuster</i>	<i>1.931</i>	<i>Ses fonts ufanes</i>
<i>Neus Pomar Tarongí</i>	<i>1.944</i>	<i>Cala Tuent</i>
<i>M^a del camí Aguiló Pinya</i>	<i>1.956</i>	<i>Fornalutx</i>
<i>Sibil.la Miró Valentí</i>		<i>Biniarix</i>

	1.971	
<i>Elena Cortès Segura</i>		<i>Lluch</i>
	1.983	
<i>Alba Vadell Picó</i>		<i>Sa Calobra</i>
	1.996	

Seguidamente cogió el folio, donde había anotado los nombres, y se acercó al mapa de la sierra de Tramuntana, que tenía colocado sobre el panel situado a su espalda. Con un rotulador negro, comenzó a marcar las zonas donde habían sido vistas por última vez las chicas desaparecidas. Una vez hubo punteado todas las localizaciones, Alex dio un paso atrás para tener una mejor perspectiva del mapa. Todos los puntos estaban situados alrededor de la zona de Escorca. Seguidamente leyó, uno a uno, todos los artículos de los recortes de periódico que tenía sobre la mesa. En todos ellos se repetían varios hechos comunes: en cada caso se habían recuperado las vestimentas que portaban las jóvenes desaparecidas, las edades de todas ellas eran muy similares y los lugares donde fueron vistas por última vez no distaban mucho entre sí. Sin embargo, no había un periodo de tiempo exacto entre una desaparición y la siguiente, aunque siempre se producía después de pasada una década. De los siete casos, solamente se aportaban las fotografías de cuatro de ellas, pertenecientes a los recortes más actuales. No había ninguna similitud en cuanto al físico. Por más que lo pensaba, Alex no podía encontrar un nexo común, lo suficientemente sólido, para relacionar a todas aquellas chicas. Alguien le había enviado toda aquella información con algún propósito; pero ¿Cuál? De repente, le vino a la mente algo que su hija Ana había dicho la noche anterior; “*están todas juntas*”. ¿Debía estar relacionada aquella frase con lo que tenía frente a sus ojos?

Alex se asomó a la puerta y llamó a la Sargento Nerea.

—Cierre la puerta —ordenó Alex, una vez estuvieron dentro de la oficina.

— ¿Qué es todo esto? —preguntó la sargento Nerea, viendo los recortes sobre la mesa.

—Estaban dentro del sobre que me entregó usted ayer —explicó Alex— ¿Alguien vio a la persona que lo trajo?

—Estaba dentro del buzón de la entrada. Si alguno de los compañeros hubiera visto a alguien ya me lo habría dicho. ¿De que se trata?

—Son artículos de periódicos referentes a la desaparición de chicas jóvenes,

con edades comprendidas entre los diecisiete y diecinueve años. El primero de ellos data del año 1.916, y el último hace referencia a la desaparición de Alba. Todas ellas fueron vistas por última vez alrededor de la zona de Escorca —dijo Alex señalando el mapa sobre el panel—. Al igual que en el caso de Alba, fueron halladas las vestimentas de todas ellas. Todavía falta comprobar si finalmente fueron localizadas, pero apostaría mi brazo derecho a que no fue así.

—Hay bastantes similitudes en todas las desapariciones —observó Nerea—. Si podemos demostrar que se tratan de secuestros, tendríamos entonces un “modus operandi”.

—Si, pero es imposible que la misma persona haya podido realizar todos los secuestros. Estamos hablando de que, entre la primera desaparición y la última, hay ochenta años de diferencia. No puede ser obra de una misma persona. Tiene que haber algo más. ¿Pero qué?

— ¿Ha pensado en la posibilidad que todo esto lo hubiera enviado alguien relacionado con los secuestros? Si es imposible que fuera una única persona, ¿Qué me dice de alguna organización criminal que hubiera perdurado a través del tiempo?

—Ya había pensado en ello, pero... ¿por qué tirarse piedras sobre su propio tejado? Nos estarían dejando pistas sobre su propio acto delictivo. No tiene mucho sentido. Dese cuenta en el momento en que nos ha llegado toda esta información. La investigación está atascada y a punto de ser transferida a otro departamento. ¿Por qué enviarnos estas pruebas cuando el caso ya está a punto de ser cerrado? No, sargento. Esto... parece más un intento de ayuda de alguien.

—Para que la investigación no sea cerrada —murmuró la sargento Nerea sin dejar de mirar aquellos recortes.

— ¡Exacto!

El teléfono de la mesa de Alex sonó pausadamente, lo que indicaba que se trataba de una llamada interna. Alex descolgó el auricular.

— ¿Sí? —contestó.

—Teniente, tengo a un tal doctor Calatayud al teléfono. Pregunta por usted. Dice que es urgente.

—Pásemelo —ordenó Alex, con el deseo de que el doctor le comunicara una buena noticia.

Tras una breve pausa, y varios tonos entrecortados, una voz se escuchó al otro lado de la línea.

— ¿Teniente Alex Amengual?

—Buenos días doctor. ¡Dígame!

—Le llamo para comunicarle que Joan Fornells ha despertado del coma.

El corazón de Alex comenzó a latir más deprisa de lo normal. En menos de veinticuatro horas el caso de Alba había dado un giro inesperado. Primero fueron las premoniciones de su hija Ana; después los recortes enviados por alguien anónimo al cuartel, y ahora la llamada del doctor con la noticia de Joan Fornells acababa de despertar.

— ¿Cómo se encuentra? —preguntó Alex.

—Ahora mismo está bastante confuso, algo muy normal tras recuperar la consciencia después de casi tres meses en estado de coma. Tiene dificultad para articular frases con sentido y durante la mayor parte del tiempo permanece dormido. Poco a poco, este estado se irá revirtiendo hasta llegar a la normalidad.

— ¿Se ha pronunciado con respecto a lo que le pasó?

—Todavía es muy pronto para que pueda acordarse de algo. No creo que recuerde ni por qué está en la cama de un hospital. La recuperación suele ser lenta en estos casos, pero constante. Quizás en una semana o dos.

—Demasiado tiempo, doctor. Me gustaría visitarlo. ¿Tiene usted algún inconveniente en ello?

—Lo que más necesita en este momento es tranquilidad. Es primordial para su recuperación.

—Está bien, Doctor. De todas formas me acercaré para hablar con usted más detenidamente. Este caso se encuentra en un momento crítico. Es importante que enseguida que Joan recuerde algo nos lo comunique.

—Yo estaré todo el día por aquí. Esperaré su visita.

—Gracias doctor.

Alex colgó el teléfono y con cara de satisfacción miró a la sargento Nerea.

—Esto pinta bien —dijo Alex—. Joan Fornells ha despertado del coma. Voy a acercarme hasta el hospital. Mientras tanto, necesito que encuentre toda la información posible sobre las chicas que aparecen en esa lista. Los únicos casos que tenemos registrados son los de Alba y Elena. El resto son anteriores a 1.977, que es cuando se certificó la primera denuncia de desaparición en España. Confirme si todavía siguen desaparecidas. Si finalmente alguna de ellas fue localizada, quizá nos pueda contar algo importante sobre lo que le pasó. Si no fuera así, busque a los familiares más

cercanos y contacte con ellos. Es primordial que conozcamos más detalles sobre esas chicas. Tenemos que saber si existía alguna relación entre ellas antes de que desaparecieran.

—Alba pertenece a Porto Novo y Elena era de Soller —dijo la sargento Nerea—. Dos poblaciones separadas por una distancia de más de sesenta kilómetros, cada una en extremos diferentes de la isla. No se tiene constancia de que se conocieran.

—Lo sé. Y la primera joven desaparecida, Aina, ahora tendría noventa y seis años, si siguiera viva. Por eso necesitamos recabar toda la información posible. Cualquier mínimo detalle debe ser tenido en cuenta.

—De acuerdo Teniente —dijo Nerea—. Comenzaré averiguando el lugar de origen de cada una de ellas. No podemos saber a que periódicos corresponden cada uno de los recortes, así que tendré que realizar varias visitas. Comprobaré así mismo la lista del censo Balear en esos años. Llevará trabajo pero seguro que podremos encontrar algo.

—A propósito ¿Conoce usted un lugar llamado Biniarem? —preguntó Alex.

— ¿Biniarem? La verdad es que...ahora mismo no me suena, pero el nombre es muy similar a otros pueblos de Mallorca de origen árabe como Binissalem o Biniarix. ¿Por qué? ¿Tiene relación con alguna de las desaparecidas?

—No... simple curiosidad —dijo Alex, pensando que no era conveniente explicar dónde había escuchado el nombre.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo la sargento—. Si alguien envió todos estos recortes para que usted conociera que había más desapariciones como la de Alba, ¿Por qué no le indicó también el motivo por el cual relacionó a todas ellas? Nos hubiera facilitado mucho la labor. La persona que descubrió todo esto, parece ir varios pasos por delante nuestra en la investigación. Me da la sensación de que no nos está contando todo lo que sabe. Es como si nos estuviera ocultando información.

—Quizá se encuentre en un punto muerto, como nosotros —admitió Alex.

—O quizá... le esté poniendo a prueba, teniente.

Capítulo 13

Dos horas más tarde, Alex llegó al hospital de Son Dureta. Una vez entró en el edificio, se dirigió directamente al despacho del doctor Calatayud. Lo encontró sentado tras su mesa de trabajo.

—Buenos días, teniente.

—Buenos días, doctor —dijo Alex, estrechándole la mano y sentándose frente a él—. Gracias por haberme llamado y por atenderme.

—Es lo menos que puedo hacer —admitió el doctor—. Llevo despierto desde las cuatro de la mañana, cuando me llamaron a casa para comunicarme que Joan había despertado del coma. Desde entonces estamos observando con detalle su evolución. Normalmente, cuando una persona ha permanecido en estado de coma por un periodo prolongado, como en este caso, la posibilidad de recuperación total es muy baja. Sin embargo, en esta última hora Joan ha progresado de manera sorprendente, presentando una mejoría importante. Es consciente de donde se encuentra y ha reconocido a sus familiares. No presenta dificultades físicas ni psicológicas para moverse o expresarse. Lo que un paciente normal hubiera logrado en semanas, Joan lo ha conseguido en un par de horas. Es algo realmente increíble. He solicitado su traslado a planta. Lo ingresaremos en una habitación individual para que esté más tranquilo.

—Entonces, si ya está recuperado, no tendrá usted inconveniente en que hable con él.

—Mire, teniente. Entiendo que Joan es sospechoso...

—No, doctor. Joan no es sospechoso de nada. Pero es el único testigo presencial de la desaparición de una chica. Es absolutamente primordial que hable con él. Le aseguro que no insistiré en interrogarle si él no quiere. Entiendo que acaba de salir de un estado de coma, y que lo fundamental es que descanse apropiadamente. Pero tarde o temprano tendrá que responder sobre lo que pasó. Mejor que lo haga ahora ante mí, que no luego forzosamente ante un juez.

—De acuerdo. Ahora mismo sus padres están en la habitación con él. Hablaremos primero con ellos para que nos den su autorización. Luego...

En ese momento, un fuerte grito se escuchó fuera del despacho, seguido de varias voces entremezcladas, y los pasos de gente corriendo de un lado a

otro. Alex se levantó de la silla y abrió la puerta, mirando hacia al exterior. Varias personas, algunos de ellos enfermeros y administrativos del hospital, se encontraban en el fondo del pasillo, ante la puerta que daba acceso a la U.C.I. Alex se dirigió a toda prisa hacia allí, apartando a codazos a la gente que encontraba en su camino. Cuando llegó a la puerta de entrada, encontró a un joven agente de policía apuntando con su arma hacia el interior de la habitación. Alex pasó por su lado lentamente para no sorprenderle. El policía, alertado por su presencia, miró a Alex de reojo y comprobó, por su vestimenta de color verde, que se trataba de un agente de la guardia civil. Dentro de la habitación estaban también un hombre y una mujer, apoyados contra la pared. El hombre sujetaba fuertemente a la mujer que, entre sollozos, extendía sus brazos hacia el frente, como si quisiera alcanzar algo. Alex supuso que debían ser los padres de Joan Fornells. En el otro extremo de la habitación, entre la cama y la ventana, se encontraba Joan, de pie y en camisón. Alguien le sujetaba fuertemente desde detrás, atenazándole del cuello y apuntándole con un arma en la cabeza.

— ¡Que me digas dónde está mi hija, o juro que te mato! —gritó Marc Vadell.

Alex apoyó la mano sobre el brazo del policía que apuntaba hacia ellos y, con un gesto, le indicó que bajara el arma. La mujer no dejaba de gritar el nombre de su hijo.

— ¡Marc! Soy yo, el teniente Alex.

En ese momento Marc apartó la vista del joven, que intentaba zafarse sin éxito de él, y miró a Alex.

—Marc, estoy aquí para ayudarte —prosiguió Alex, avanzando lentamente hacia ellos—. Pero no podré hacerlo si no bajas el arma y sueltas a ese chico.

— ¿Ayudarme? ¿Qué has hecho hasta ahora? Lo único que has logrado es que cierren la investigación. Tú me dijiste que encontrarías a mi hija, y ahora todos se van a olvidar de ella. Pero yo no lo voy a permitir.

Marc apretó el arma con más fuerza contra la cabeza del chico, a la vez que lo zarandeaba como un muñeco.

— ¿Dónde está mi hija? —gritó lleno de rabia, a la vez que escupía saliva de manera incontrolada.

El rostro de Marc estaba al rojo vivo y parecía que la cabeza le fuera a estallar. Se encontraba fuera de sí y a punto de cometer una locura. La madre de Joan seguía gritando y el agente de policía volvió a levantar su alma. Era una situación crítica y Alex tenía que encontrar una solución inmediata antes

de que Marc acabara por apretar el gatillo de su arma, que era lo más inminente.

— ¡Está viva! —gritó Alex—. Alba está viva.

Marc volvió a mirar a Alex y disminuyó la fuerza con la que atenazaba el cuello del chico. Incluso la madre de Joan dejó de gritar, mirando a Alex con sorpresa.

— Marc, hemos descubierto una pista importante que podría ayudarnos a encontrarla.

— ¡No!... ¡me estás mintiendo!

—No, Marc. Confía en mí —dijo Alex, acercándose más hacia ellos—. Ésta no es la manera. Joan nos puede ayudar, pero no lo hará de si le matas. Con su muerte sólo conseguirás que no sepamos lo que pasó aquel día. Déjame a mí hablar con él.

Alex alzó lentamente su mano y la apoyó sobre el arma de Marc, sin dejar de mirarle a los ojos. Lentamente fue apartándola de la cabeza de Joan hasta que pudo quitársela de las manos. En ese momento el policía, que todavía permanecía junto a la puerta, se acercó rápidamente hasta ellos y esposó a Marc Vadell, llevándoselo de la habitación. Alex agarró a Joan y lo acomodó sobre la cama. Los padres de Joan se abalanzaron sobre ellos, seguidos por el doctor Calatayud y varios enfermeros que entraron en la habitación.

—Apártense, por favor —dijo el doctor—. Necesitamos evaluar como se encuentra el paciente.

—Joan, ¿Qué pasó aquel día? —preguntó Alex sin hacer caso al doctor.

—No m...me acuerdo... yo —titubeó Joan apartando la vista de Alex.

—Sé que tú no fuiste — prosiguió Alex — pero sí que sabes lo que pasó. ¡Dímelo!

—Deje en paz a mi hijo —gritó el padre de Joan.

—Por favor, teniente. Tenemos que atender al chico —dijo uno de los enfermeros.

—Alba está viva, Joan —prosiguió Alex, sin atender a las demandas de todos los allí presentes—. Sólo tú puedes ayudarnos. ¿Qué pasó?

—No n...n...no lo sé, yo estaba...yo no...ella... —vaciló Joan.

— ¿Qué pasó? —gritó Alex, mientras los enfermeros intentaban interponerse entre él y Joan.

— ¡Desapareció! ¿Vale? —gritó Joan, llorando inconsolablemente—. La tenía delante de mí y...y desapareció. Desapareció...desapareció —repetía

continuamente sin dejar de llorar.

Alex se apartó de la cama y miró al padre de Joan, que mantenía la misma cara de incredulidad que él.

Capítulo 14

Tras haber buscado toda la información posible sobre las jóvenes de la lista, la sargento Nerea descubrió que en el caso de María del Camí Aguiló Pinya, también estuvo desaparecida su hermana mayor Coloma, que fue hallada una semana después vagando sola y medio desnuda alrededor de la zona montañosa de Caimari. Coloma era la única joven que había pasado por aquella traumática experiencia y había logrado volver, tras estar perdida varios días. La sargento Nerea pensó que aunque había pasado bastante tiempo, quizá recordaría algo de lo que le pasó aquel fatídico día de 1.956. Actualmente tenía sesenta y tres años y vivía en la residencia de ancianos de la Bonanova, que estaba situada al Suroeste de la ciudad de Palma. La sargento Nerea decidió hacerle una visita.

El edificio de la residencia de la Bonanova, estaba emplazado al comienzo de un frondoso bosque de pinos que rodeaba el castillo de Bellver, del que se obtenía una hermosa vista desde las terrazas de la parte trasera. La sargento Nerea y el agente Javier tuvieron que mostrar su identificación al vigilante de la entrada para que les dejara pasar con el vehículo oficial hasta la residencia. Una gran barrera de metal automática protegía el interior del recinto. Una vez traspasada la barrera, una carretera de apenas doscientos metros, daba acceso a las instalaciones.

El agente Javier estacionó el Nissan Patrol en un aparcamiento que se había construido bajo la sombra de los altos pinos que poblaban la zona, algo que era de agradecer teniendo en cuenta el calor sofocante del mediodía. Tras dejar el vehículo, entraron en el edificio y se dirigieron a la recepción, donde una chica joven con bata blanca les recibió con una gran sonrisa.

— ¡Buenos días! —dijo la sargento Nerea—. He hablado por teléfono con la doctora Antonia Palou. Espera nuestra visita.

Sin mediar palabra, la chica cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y pulsó dos teclas.

—Hay aquí dos agentes de la guardia civil que preguntan por usted —dijo al momento.

Tras una breve pausa colgó el auricular.

—Pueden ustedes pasar —prosiguió la joven—. Suban las escaleras hasta la primera planta. Ella les esperará allí.

—Gracias —respondió la sargento.

Al llegar al final de las escaleras, una mujer de mediana edad, morena y de complexión gruesa, que también vestía una bata blanca, les recibió estrechándoles la mano.

—Soy la doctora Antonia Palou, la gerente de la residencia. Me dijeron que querían ustedes visitar a Doña Coloma Aguiló Pinya, ¿verdad?

—Así es —confirmo Nerea— ¿Desde cuando está ingresada en la residencia?

—Ahora mismo lleva tres años con nosotros —explicó la doctora, mientras caminaban por un estrecho pasillo que estaba únicamente iluminado por la escasa luz que penetraba a través de las baldas de unas viejas persianas mallorquinas—. La familia había solicitado el ingreso mucho antes, pero una de las condiciones indispensables para tener una plaza aquí, es que el residente tenga los sesenta años cumplidos.

— ¿No había nadie de su familia que se quisiera hacer cargo de ella?

—Coloma no tenía familiares cercanos —contestó la doctora—. Sólo una cuñada, hermana de su marido, el cual murió en un accidente cuando trabajaba en una obra. No llegó a tener hijos, y debido a su estado de vulnerabilidad fue admitida de inmediato en la residencia por el IMAS.

— ¿Su estado de vulnerabilidad?

— En la Bonanova tenemos 252 plazas para personas válidas y 300 para asistidos que necesitan servicios médicos de manera más regular. Coloma se encuentra en este segundo grupo. Padece de Alzheimer y, aunque todavía se encuentra en una etapa inicial de la enfermedad y se puede valer por si misma, tenemos que vigilar que se tome su medicación cuando toca. Como ya le comenté por teléfono, existen lagunas en su mente con respecto a su pasado. Pero si que es verdad que a veces me ha contado cosas de cuando era joven, aunque con dificultad para concretarlas en el tiempo. Suele mezclar momentos de su niñez con los de su juventud más madura.

Entre todas las enfermedades posibles que podían afectar a una persona mayor, a Coloma le había tocado justamente una enfermedad que afectaba a la memoria. Nerea sólo esperaba que pudiera recordar al menos algún detalle sobre lo que le pasó que pudiera ayudarles en la investigación.

La doctora les condujo hasta una salida situada en la parte posterior de la residencia. Una amplia escalera de cuatro peldaños daba acceso a un jardín, que formaba parte del mismo bosque que rodeaba el edificio. En el lateral de la escalera, una rampa protegida por dos pasamanos, permitía la bajada de

personas en silla de ruedas.

— ¡Mire! La tiene usted allí, sentada en el banco, junto a la fuente —señaló la doctora.

La sargento Nerea se acercó hasta la mujer, seguida de cerca por el agente Javier. Coloma tenía el pelo canoso, recogido en un moño perfectamente circular. La piel de su rostro era blanca, cubierta de arrugas y salpicada de manchas marrones. Llevaba puesto un vestido oscuro adornado con flores que le llegaba hasta las pantorrillas, dejando ver unas medias cortas de color carne y unas zapatillas que estaban cubiertas de polvo. La sargento Nerea se sentó en el banco, junto a ella.

—Hola. ¿Es usted Coloma Aguiló?

—Sí —dijo la mujer que miró con atención a la sargento Nerea, como si estuviera intentando recordar su cara.

—Tú eres... Benita —prosiguió— *“La filla de Na Massiana”*.

—No. Mi nombre es Nerea Fernández y...

—Hace tiempo que no te veía —prosiguió Coloma sin hacer caso a Nerea—. Y ¿Cómo está tu madre?

—Bien... Bien —dijo Nerea, acariciando las manos de aquella mujer.

Estaba claro que no iba a poder sacar mucho de aquella conversación pero, aún así, Nerea debía intentar abordar el tema que le había traído hasta la residencia.

—Y usted ¿Cómo se encuentra?

— ¿Y a mi edad qué quieres hija? Tengo mis cosas, pero que le vamos a hacer. ¿Quién es este joven tan guapo? ¿Tu novio? —dijo Coloma refiriéndose a Javier, que giró la cara avergonzado.

—No, es un compañero de trabajo —dijo Nerea—. Coloma, yo venía hablarle sobre su hermana María.

Tras escuchar aquel nombre, Coloma se quedó como petrificada. Fue como si su alma se hubiera desvanecido al instante, dejando su cuerpo totalmente vacío. Lentamente, Coloma giró el rostro y miró hacia la profundidad del espeso bosque que se extendía tras ellos. Parecía estar observando algo. Nerea dirigió la vista hacia el mismo lugar y tuvo la extraña sensación de que alguien les estuviera vigilando desde las sombras, entre los árboles. Sin dejar de mirar al bosque se levantó del banco, apoyando la mano sobre la culata de su arma. El agente Javier reaccionó de la misma manera, sin entender exactamente lo que estaba sucediendo.

—Él se la llevó y me dijo que volvería a por mí —se pronunció de repente

Coloma, a la vez que sujetaba con fuerza la mano de Nerea.

— ¿Quién se la llevó? —preguntó Nerea, sentándose de nuevo a su lado.

—El hombre oscuro. Dijo que volvería a por mí; pero no lo hizo.

— ¿Se acuerda de cómo era ese hombre?

—Están todas juntas. No debéis entrar. Quién entra ya no vuelve. Ya se lo conté a los otros.

—Coloma, ¿Se acuerda de cómo era ese hombre?

— ¿Quién? ¿Arnau? Mi marido era muy despistado, por eso tuvo el accidente en la obra —dijo Coloma sonriendo.

No había ninguna duda de que aquella mujer no estaba en sus cabales. Todo lo que había dicho no tenía ningún sentido. Estaban perdiendo el tiempo.

—Coloma, nosotros tenemos que irnos.

— ¿Tan pronto? Bueno, dale recuerdos a “ta mare”. Y usted joven —dijo dirigiéndose a Javier— cuide bien de su novia.

—Así lo haré —afirmó Javier.

Ambos se despidieron de aquella mujer dándole dos besos y luego se dirigieron de nuevo a la zona de recepción, donde encontraron a la doctora Palou.

—Gracias por todo —dijo Nerea.

— ¿Cómo ha ido? —preguntó la doctora—. Han podido averiguar algo de lo que buscaban.

—La verdad es que esperábamos sacar algo más —dijo Nerea—. La he visto muy sola. ¿No se suele relacionar con las demás?

— ¡Bueno! Tenga en cuenta que aquí todos los pacientes tiene más de sesenta años y los viejos prejuicios con respecto a su origen es algo muy arraigado en Mallorca. No se preocupe, poco a poco la irán aceptando.

— ¿Su origen? —dijo Nerea extrañada— ¿A que se refiere?

— ¿Cómo? ¿No se ha fijado en sus apellidos?

Capítulo 15

El teniente Alex abandonó las dependencias policiales de Palma después de declarar en el atestado de la detención de Marc Vadell. Durante todo el trayecto de vuelta hasta Porto Novo, Alex no pudo quitarse la imagen de Marc esposado y escoltado hasta su ingreso en los calabozos. ¿Cómo podía una persona perder la cabeza de aquella manera? Alex tenía claro que había situaciones que eran incompresibles, a no ser que pasaras por ellas; aunque en este caso era mejor ni pensarlo.

Alex llegó al cuartel de Porto Novo, saludó al agente Jordi, que estaba de guardia en la puerta, y se dirigió a su oficina. Eran las tres de la tarde y todavía no había comido nada. María estaría todo el día trabajando en la librería y Ana había quedado con sus amigos, así que en casa no habría nadie. Alex pensó que más tarde se acercaría hasta el bar de su amigo Toni y le pediría que le preparase una de sus estupendas hamburguesas con bacón y patatas.

Los recortes de periódico todavía estaban encima de la mesa. Alex los recogió y los sujetó en el panel, al lado de las demás anotaciones de la investigación. Junto a cada recorte anotó con letra grande y mayúscula el nombre y los apellidos de la chica desaparecida a la que hacía referencia. Aunque las características de las desapariciones eran idénticas, tenía que haber algo más; alguna conexión entre aquellas chicas que se le escapaba. ¿Pero cuál? Alguien golpeó la puerta de la oficina.

— ¡Adelante! —dijo Alex.

El agente Carlos abrió la puerta.

—Teniente. Tenemos un regalito para usted.

A veces el humor de Carlos crispaba a Alex, y este no era un buen momento para hacer bromas. Alex salió de la oficina. Sentado en una de las sillas de la sala, se encontraba César Mora. Tenía las manos esposadas por detrás.

— ¿Qué ha sido esta vez? —preguntó Alex.

—Ha arrancado la papelera de una farola y la ha lanzado contra la cristalera de un souvenir del paseo marítimo. Por suerte no había nadie detrás.

—Quería ayudar a vaciarla y se me escurrió de las manos —dijo César soltando una sonora carcajada.

—Yo creo que le gusta venir a visitarnos —rió Carlos—. A lo mejor quiere alistarse en el cuerpo o se enamorado de alguno de nosotros.

— ¿Me gustaría saber dónde encuentra usted la gracia a toda esta situación? —dijo Alex con tono serio.

—Verá teniente... yo...— balbuceó Carlos.

— ¡Cuádrese cuando hable conmigo! —le reprendió Alex.

—Joder, con el teniente —dijo César— ¡Los tiene bien puestos!

— ¡Enciérrelo! —ordenó Alex, sin hacer caso a la observación de César.

El agente Carlos agarró del brazo a César y se dispuso a llevarlo hasta los calabozos. Antes de que salieran de la sala, el teniente Alex le indicó que le quitara las esposas. El agente Carlos se detuvo ante la oficina del teniente y buscó las llaves de las esposas en sus bolsillos. César dirigió la mirada al interior de la oficina de Alex, que permanecía con la puerta abierta.

— ¿Todavía no han encontrado a la niña de papá? —preguntó César, mostrando indiferencia.

— No es asunto tuyo —contestó Alex.

— ¿Y las otras? —preguntó César— ¿Eran amigas tuyas?

Alex cerró la puerta de su oficina. No era conveniente que nadie viera los datos referentes en la investigación, y menos alguien como César.

— ¡Pues que se jodan todas! ¡Por “*xuetonas*”! — dijo César escupiendo en el suelo.

— ¿Qué dices desgraciado? —le gritó el agente Carlos— ¡*Tira pa dentro!*

El teniente Alex se quedó absorto, mientras veía como se llevaban a César hasta los calabozos. Abrió la puerta de su oficina y dirigió su mirada directamente hacia la lista de las chicas. Una vez estuvo delante del panel se fijó de nuevo en los apellidos de cada una de ellas. Alex sabía que los llamados “chuetas”, eran familias de origen judío que podían reconocerse a través de su apellido y que durante siglos habían sido repudiados por la mayor parte de la sociedad mallorquina.

— ¿Da su permiso, mi teniente? —preguntó la sargento Nerea tras él.

— ¡Adelante! —ordenó Alex, dándose la vuelta.

— Vengo de visitar a Coloma Aguiló Pinya —dijo Nerea—. Está interna en la residencia de ancianos de la Bonanova, en Palma.

— ¿Coloma? —preguntó Alex extrañado.

— Sí. Era la hermana de una de las desaparecidas; María del Camí —explicó Nerea—. También se perdió junto a ella, pero Coloma fue encontrada una semana después. He intentado que me contara lo que pasó,

pero no he conseguido nada. Padece de principio de Alzheimer y sus recuerdos son muy confusos. Sólo decía frases inconexas y sin sentido. Sin embargo creo que he encontrado la relación existente entre todas las chicas de la lista.

—Son de origen “chueta” —se adelantó Alex.

—Sí...Sí —balbuceó Nerea— ¿Cómo lo ha averiguado?

—Mejor no se lo cuento —dijo Alex— ¿Qué sabe sobre los “chuetas”?

—Bueno, más o menos lo que saben todos —explicó Nerea— Que es una comunidad de personas de origen judío que fueron repudiados por la sociedad mallorquina durante siglos. Se les reconocía por su apellido o el mote que les ponían. Incluso hoy en día no están bien vistos. Cuando era pequeña, tenía un compañero de cuarto de EGB al que llamábamos el “chuetarro”. Su nombre era Bernat Bonnín. Recuerdo que todos nos metíamos con él. Le asustábamos diciéndole que íbamos a meter a toda su familia en un barco de rejilla, al que íbamos a prender fuego y que luego tiraríamos al mar. Yo me metía con él porque los demás también lo hacían, aunque no sabía la razón. Es algo de lo que me he arrepentido toda mi vida, pero cuando eres niño a veces haces cosas para no sentirte desplazado y marginado por los demás.

— ¿Conoce usted cuales son esos apellidos? —Preguntó Alex.

—Conozco los que se pronunciaban en una canción popular —dijo Nerea—. Creo recordar que decía algo como:

Quan a Jesús clavaren
Picó picava
Miró mirava
El **Bon nin** duia la bandera
i tots els altres xuetes
anaven darrera.

—Picó, Miró, Bonnín —subrayó Alex—. Son tres de los apellidos que aparecen en la lista.

—También lo son Aguiló y Pinya, según lo que me dijo la doctora Palou.

—Necesitamos más información sobre el pueblo chueta —afirmó Alex—. Y creo que sé quien nos puede ayudar.

Capítulo 16

Cuando Alex entró en la librería, encontró a María ordenando varios libros en la sección de literatura juvenil. Para María su trabajo era, como ella había mantenido muchas veces, una liberación para el estrés; así que quizás ahora fuera el momento más adecuado para volver a hablar con ella y pedirle perdón por lo ocurrido el día anterior.

—Hola, cariño —dijo Alex, colocándose justo detrás de su mujer.

María se dio la vuelta sorprendida tras escuchar la voz de su marido. Durante varios segundos no se dijeron nada; no hicieron falta palabras. María pudo ver el arrepentimiento y la tristeza por lo sucedido en la mirada de Alex. Aunque todavía estaba dolida por el desplante ante su hija, sabía que no lo había hecho con mala intención. María sabía a ciencia cierta, que los nervios que sentía en el estómago no eran provocados por estar enfadada con su marido, sino todo lo contrario; necesitaba estar bien con él, saber que cuando le viera podría abrazarle y acariciarle, simplemente porque lo deseaba; así que no pudo hacer nada más que perdonarle y besarle.

La campanilla de la puerta sonó, señalando la entrada de algún nuevo cliente.

—Ahora vuelvo —dijo María, acariciando el rostro de Alex.

Mientras María se acercó al mostrador, para atender al cliente, Alex se dirigió hacia la sección de libros que estaba señalada como “Historia de les illes Balears”. La sección estaba formada por dos baldas que contenían una docena de libros. Alex leyó el título escrito en el lomo de varios de ellos: “Las islas Baleares en los tiempos prehistóricos”, “Estatuto de autonomía de las islas Baleares”, “Dólmenes y menhires en las islas pitiusas”... Alex oyó de nuevo la campanilla y al girarse observó que el cliente ya había abandonado la tienda. María se acercó lentamente hacia Alex sin dejar de mirarle.

— ¿Está usted interesado en algún libro en especial? —dijo María, mostrando una sonrisa que a Alex le pareció tremendamente sensual.

—La verdad es que me estaba preguntando si aceptaría usted que la invitase a comer.

— ¿Sabe usted que estoy casada?

— Lo sé. Y también sé que su marido a veces se porta como un verdadero cretino. ¿Qué me dice de la invitación?

—Pues la verdad es que tenía pensado cerrar un par de horas. Y ¿Dónde me llevaría? —preguntó María mientras rodeaba el cuello de su marido con los brazos.

—Pues mire —contestó Alex, agarrándola por la cintura—. Tenía pensado meterme una buena hamburguesa con bacón y patatas fritas. Conozco un sitio dónde las hacen “full equip”, bien tuneadas de lechuga, tomate, pepinillo y con toda su grasa.

— ¿Sabes que a veces resultas muy poco romántico?

Alex permaneció en silencio mirando fijamente a María y esbozando una leve sonrisa.

— ¡De acuerdo! —dijo María con entusiasmo—. Dame un par de minutos y estoy contigo.

Tras cerrar la tienda, ambos se dirigieron en el vehículo oficial de Alex hasta el “Bar d’es cantó, que estaba regentado por Toni, amigo de Alex desde la infancia. Tras sentarse en una mesa, Alex alzó la mano para saludar a Toni, que estaba tras de la barra. Éste se acercó hasta ellos e, ignorando a Alex, besó a María en ambas mejillas.

—Buenos días preciosidad —dijo Toni— ¿Qué te trae por aquí?

—Aquí el galán va a invitarme a una hamburguesa —explicó María con cierto recochineo.

— ¡Joder tío! —exclamó Toni, dando un pequeño golpe en el hombro de Alex—. Eres mi héroe. Sabes como ganarte el corazón de una mujer.

Los tres se rieron a la vez.

— ¡Oye! —dijo Alex—. Acompáñalas con dos buenos tanques de cerveza.

—Eso está hecho —apuntó Toni, dirigiéndose de nuevo a la barra.

María tenía la sensación de que la disculpa de Alex no era el único motivo por el que había ido a visitarla. Le conocía bastante bien y sabía cuando algo preocupaba a su marido. Después de tres meses, el caso de Alba parecía haberse estancado y estaba punto de cerrarse, y eso irritaba a Alex.

— ¿Cómo va la investigación? —preguntó María.

—Han metido a Marc en la cárcel —contestó Alex.

— ¿Cómo? —se sorprendió María.

—Joan Fornells, el novio de Alba, despertó esta mañana del coma. Al parecer alguien avisó a Marc. Desde que comenzó la investigación, Marc siempre ha estado informado de cualquier nuevo hallazgo. Estoy empezando a pensar que tenemos un topo en el cuartel. El caso es que Marc se acercó al hospital y amenazó a Joan con un revólver.

— ¡Dios mío!

— Al final pude convencerle de que bajara el arma. Resultó que estaba descargada. Sólo pretendía intimidar a Joan para que confesara lo que pasó con su hija.

— ¿Y lo hizo?

—Pues... —Alex dudó un instante—. Sus palabras no fueron muy precisas. Según él, Alba desapareció de repente ante su vista.

— ¿Desapareció? —dijo María con asombro.

— Eso es. La verdad es que no se que pensar.

— ¿Y que va a pasar con Marc?

—Al estar el arma descargada seguramente le acusen de delito imperfecto no idóneo, ya que en ningún momento hubiera sido posible la consumación de la amenaza. Aunque conociendo a los abogados de Marc, seguramente puedan conseguir que todo quede en un infracción leve por intimidación. La situación mental en la que se encuentra Marc es un claro condicionante para reducir la pena. Puede que el juez le imponga una simple multa y le deje en libertad antes de tres días.

— Es increíble como se pueden torcer las cosas.

Toni dejó dos espumosas jarras de cerveza bien frescas sobre la mesa.

— Las hamburguesas completas —confirmó Toni—. Como siempre ¿No?

— ¡Exacto! —ratificó Alex.

Alex esperó a que Toni se alejara de la mesa.

—Hay algo más —prosiguió después.

— ¿Si?

—Hemos encontrado información sobre varias chicas que desaparecieron en las mismas circunstancias que Alba. Tras investigar, hemos llegado a la conclusión de que todas podrían tener un punto en común.

— ¿Y bien? —dijo María tras la pausa de Alex.

—Creemos que todas ellas podrían ser de origen judío; lo que aquí en Mallorca llamamos “chuetas”.

—Has dicho... creemos. No estáis completamente seguros, entonces.

—Aquí es dónde necesito tu ayuda —dijo Alex mostrándole la lista de las chicas desaparecidas—. Esta es la lista con los nombres y apellidos de cada una de ellas. Necesito que me confirmes si todos los apellidos son de origen “chueta”.

María se tomo unos segundos para leer aquella lista.

—Me estas hablando de un tema muy concreto de la historia de Mallorca. Si

no creo recordar mal, los apellidos considerados “chuetas” son sólo quince. Ser judío en la edad media en España era una desgracia, pero si encima eras “chueta”, todavía peor. Todos los que aquí aparecen lo son, menos el apellido Vadell de Alba; aunque su segundo apellido, Picó, sí lo es. El colectivo chueta ha sido estigmatizado y segregado durante siglos por su origen judío. Entre otras penas que le fueron impuestas por la inquisición en el siglo XVII, tenían prohibido casarse con personas que no fueran chuetas. Es por eso que hasta la primera mitad del presente siglo practicaron una estricta endogamia, razón por la cual todas las chicas de la lista, menos Alba que es la más actual, tiene ambos apellidos de origen chueta.

— ¿Se casaban entre ellos?

— ¿Qué podían hacer sino? —contestó María—. En la historia han existido muchas otras culturas que practicaron la endogamia por convicción propia. Un ejemplo claro fueron los egipcios, que buscaban asegurarse la pureza de la sangre. La realeza en la edad media lo hacía para garantizar la continuidad de la corona o la expansión de la misma. Ellos, al contrario, se vieron obligados a practicarla por la fuerza.

— ¿Qué más puedes contarme sobre los chuetas?

—Realmente poca cosa más. Pero si necesitas información más exhaustiva, sé de alguien que te podría ayudar mucho más que yo.

— ¿Quién?

—Cuando estudié filología, mi profesor en historia era Melchor Purcell.

— ¿El escritor?

—Sí —afirmó María—. No hace mucho, realizó un estudio sobre la comunidad judía en Mallorca que luego publicó en forma de ensayo. Actualmente da clases en la universidad. Todavía mantengo contacto con él. Si quieres podría llamarle para concertar una cita.

—La verdad es que no sé que haría sin ti.

— ¡Oye! Lo hago porque me has invitado a comer.

—Claro... aún así te doy las gracias. Otra cosa más...

—Dime.

— ¿Te suena un pueblo en Mallorca llamado Biniamer?

— ¿Biniamer? —María pensó durante un momento—. Pues no, pero podría no ser un pueblo de Mallorca. El prefijo Bini o Beni es de origen árabe y también se daba en el resto de las islas y en la costa mediterránea de la península ibérica; sobre todo en la comunidad valenciana. ¿Por qué te interesa?

—Tiene que ver con la investigación —dijo Alex, que pensó que era mejor no contarle la verdad a María de lo que pasó la noche anterior con Ana para no preocuparla—. Pero no es algo que todavía tenga mucha importancia.

— ¡Vale! —asintió María, que vio como Toni se acercaba con las hamburguesas—. Vamos a comer y después miraré de contactar con Melchor. Se que estos días está en la universidad preparando el inicio del nuevo curso. A ver si esta tarde estuviera libre.

Capítulo 17

El profesor Melchor Purcell daba clases de Historia en la facultad de filosofía y letras de la Universidad de les Illes Balears desde que se fundó en 1.978. A lo largo de su carrera, había publicado varios libros que habían obtenido gran éxito editorial, sobre todo en las comunidades de lengua catalana. Debido a ello, obtuvo el premio de Honor de las letras Catalanas en 1.981. También llegó a colaborar con varios periódicos como “La Vanguardia” o “Última Hora”. Alex conocía a Melchor de haberlo visto participar en varios coloquios en la televisión Balear. Sólo esperaba que pudiera sacar algo en positivo de su entrevista con él.

El profesor le comunicó a María que se pasaría toda la tarde en el campus, así que no tenía ningún inconveniente en dedicarle unos minutos a Alex. Acordaron que se reunirían en la cafetería que se encontraba entre la biblioteca y el aulario a las seis de la tarde.

Alex aparcó el vehículo en la carretera principal que bordeaba el campus. Después se dirigió hacia el interior a través de un camino asfaltado que daba acceso a los diferentes edificios del complejo. Siguiendo la indicación de los carteles llegó a un extenso parque desde el cual divisó la cafetería. Miró su reloj y comprobó que faltaban diez minutos para la hora concertada.

La cafetería estaba casi vacía. Solamente había una mujer tras la barra, un grupo de jóvenes en una mesa al fondo del local y un señor sentado junto a las vidrieras en una esquina. Alex se dirigió hacia él.

— ¿El profesor Melchor Purcell? —preguntó Alex.

Aquel hombre alzó la vista y miró inquisitivamente a Alex a través de unas gruesas lentes cóncavas que seguramente debían tener la máxima graduación permitida. Presentaba un aspecto bastante desaliñado. Tenía el pelo escaso y liso, peinado completamente hacia un lado y ligeramente levantado, dejando ver una inminente calva que intentaba ocultar sin éxito. Un oscuro y espeso bigote le confería un aspecto bastante serio; no parecía que fuera amigo de las bromas.

—El teniente Alex, supongo —dijo alargando la mano—. Siéntese por favor. ¿Quiere tomar algo?

— No, gracias —contestó Alex.

El profesor apartó varios folios que tenía sobre la mesa, los introdujo en una carpeta de color marrón que tenía a su lado y después entrelazó sus manos, mirando a Alex con una sonrisa que parecía forzada.

— ¿Y bien? Usted dirá —dijo el profesor.

—Supongo que María le ha puesto al tanto del motivo de mi visita.

—Bueno. Me comentó que estaba usted interesado en conocer algo sobre la comunidad judía en Mallorca, más concretamente sobre la gente del carrer.

— ¿La gente del carrer? —preguntó Alex con curiosidad.

—Así es como los portadores de los quince apellidos chuetas se autodenominan y como les gusta que les llamen. El término “chueta” ha tomado un cariz despectivo a través de la historia. Según algunos estudios, se cree que su origen procede de la palabra mallorquina “xulla”, que en castellano es tocino, y que utilizaban para reírse de ellos por su abstinencia al consumo de carne de cerdo.

— ¿De dónde proviene tanto odio?

—Como seguramente sabrá, España siempre ha sido un estado profundamente católico. En el año 1.435, la reducida población judía de Mallorca, que se concentraba en el barrio del “Call major” de Palma, se vio obligada a convertirse al cristianismo, so pena de ejecutar a varios de sus rabinos que fueron acusados de haber matado a un esclavo árabe para realizar un crimen ritual. De esta manera la comunidad judía quedó totalmente extinguida en Mallorca. La iglesia había logrado lo que siempre se propuso; que todos aclamaran a la religión cristiana como la única y verdadera. Los judíos pasaron a llamarse conversos. Pero buena parte de los judíos mallorquines que se habían convertido, siguieron practicando en secreto su religión bajo la apariencia de fieles cristianos. Era lo que se denominaba “judaizar”, y estaba considerado como un delito grave contra la fe cristiana. Es por ello que los reyes católicos crearon la santa inquisición. Que fueras musulmán o judío no era un delito. El verdadero crimen era que fingieras ser cristiano y abrazaras otra religión diferente. Era una burla que la iglesia no estaba dispuesta a soportar. La inquisición se formó como un tribunal que actuaba contra aquellas personas que perpetraban este tipo de engaño. Realmente sólo tenían jurisdicción sobre aquellos que hubieran sido bautizados y acogidos por el cristianismo, por lo tanto estaban incluidos los conversos. Si te cogían por primera vez judaizando te “reconciliaban”, es decir, te permitían volver a tener una nueva oportunidad como cristiano, pero debías pagar tu error con todos tus bienes. De esta forma, la monarquía y el

fisco real se enriquecieron. Si te cogían por según da vez judaizando te “relajaban”, o lo que es lo mismo, te condenaban a muerte.

— ¡Claro! —dijo Alex—. Ya no tenías ningún bien del que la iglesia se pudiera aprovechar.

—Exacto —confirmó el profesor—. Si durante la ejecución aceptabas tu culpa y te convertías, te aplicaban el “garrote vil” y después de muerto te quemaban. Si no te convertías te quemaban vivo en acto público.

—Pero si la inquisición actuaba contra todos los que judaizaban, ¿por qué se estigmatizó solamente a los portadores de los quince apellidos “chuetas”?

—A finales del siglo XVII, las acusaciones contra judaizantes se incrementó de manera notable. Atemorizados, muchos conversos intentaron huir de la isla. Su objetivo era llegar a Liorna, donde se tenía conocimiento de la existencia pacífica de una gran comunidad judía. De ahí viene la famosa expresión que dice “A Liorna, el qui va no torna” (A Liorna el que va no vuelve). Como escarmiento por el intento de huida, en el año 1.691, la inquisición realizó los llamados “autos de fe”. Quince familias fueron condenadas en acto público.

—Los quince apellidos “chuetas”.

—Así es. Los inculpados fueron paseados por la ciudad vestidos con un “sambenito”, una vestimenta denigrante, que se imponía a todos los judíos que iban a ser relajados. Estaba hecha con un trozo de tela rectangular con un agujero en el centro para pasar la cabeza. Una vez puesto le llegaba al condenado hasta poco más abajo de la cintura. Debajo iban completamente desnudos. Estaban adornados con llamas, demonios, dragones, etc... signos todos relacionados con el infierno. Justo en el pecho llevaban escrito el apellido del sentenciado. Antes de que las quince familias fueran ejecutadas, se les despojó a todos ellas de su sambenito. Para perpetuar el recuerdo ejemplificador de la sentencia, todos los sambenitos fueron exhibidos públicamente en el interior de la iglesia del convento de Sant Domenec. En ellos se podían leer los quince apellidos malditos: Aguiló, Bonnin, Cortès, Forteza, Fuster, Martí, Miró, Picó, Pinya, Pomar, Segura, Tarongí, Valentí, Valleriola y Valls. Al contrario de otros sambenitos, que eran retirados pasado un tiempo, éstos estuvieron expuestos al público durante más de un siglo. El azar quiso que estos quince apellidos fueran los que permanecieran como testimonio de aquellos autos de fe. Todos ellos quedaron grabados en la memoria colectiva del pueblo mallorquín, que con el paso del tiempo alimentó un odio desmesurado hacia ellos, perpetrado por la iglesia católica.

—Un odio que ha llegado hasta nuestros días.

—Se tomaron muchas represalias contra ellos; penas que en algunos casos han tenido vigencia hasta el principio del presente siglo. No podían ocupar cargos públicos, ni casarse con personas que no fueran chuetas, ni portar joyas ni incluso montar a caballo. Aún hoy en día siguen siendo marginados aunque no con tanta intensidad.

—Gracias por todo profesor —dijo Alex—. Con todo lo que me ha explicado creo que podremos crear un perfil bastante ajustado del tipo de persona que estamos buscando. Antes de irme quería preguntarle una cosa más profesor; le suena algo el nombre de Biniamer.

— ¿Biniamer? —repitió el profesor—. Pues... sí.

Alex quedó petrificado ante la contestación de Melchor. No esperaba que el profesor le contestara afirmativamente.

— Biniamer no existe —prosiguió el profesor—. Es un mito.

— ¿Cómo un mito?

—Nadie ha podido demostrar su existencia. Como le he explicado, durante la ejecución de los autos de fe, muchos conversos intentaron huir de Mallorca. La mayoría de ellos fueron apresados en el puerto de Palma. Sin embargo, y según la leyenda, otros que se dirigieron hacia el interior de la isla lograron escapar. Parece ser que se escondieron en un pueblo abandonado, situado al nordeste de la Tramuntana mallorquina.

—Biniamer.

— ¡Correcto! Durante años vivieron ocultos de sus perseguidores, pero finalmente fueron descubiertos. Cuenta la leyenda que entonces fueron masacrados sin ningún tipo de compasión. Después de ello, Dios desató su ira sobre sus destrozados cuerpos sin vida, por no reconocer a Jesús como hijo suyo, y provocó un cataclismo en el pueblo que borró cualquier vestigio de su existencia. Las aguas subterráneas emergieron en gran abundancia y reblandecieron los estratos argilosos sobre los que estaban construidas las casas. Con el movimiento de tierras, el pueblo se hundió y desapareció para siempre. Como puede usted ver, en Mallorca tenemos mucha imaginación.

— ¡Vaya! Creí que podría tratarse de un pueblo real.

— Bueno, ya sabe que una vez que se crea un mito, no dejan de aparecer personas que lo alimentan. En este caso, son muchos los que aseguran haber visto el pueblo entre las montañas, para poco después desaparecer entre una espesa niebla. También se habla sobre senderistas que se adentraron en los montes que rodean la zona, y de los que no se han vuelto a saber nunca nada

más. Muchos dicen haber escuchado en la profundidad del bosque voces misteriosas, risas de niños, sombras e incluso luces extrañas en la noche.

— La gente crea fantasmas donde no los hay —admitió Alex.

El profesor asintió de forma extraña. Alex pareció vislumbrar una incómoda mueca en su rostro. Fue como si hubiera aceptado su conclusión por lógica, pero estando a la vez en completo desacuerdo.

— ¿Quiere contarme algo más, profesor? —dijo Alex, viendo la indecisión de Melchor.

—Lo que le voy a contar... que no salga de aquí.

—Puede estar usted seguro.

—Durante mi investigación, busqué información sobre la leyenda de Biniamer. No era algo sobre lo que quisiera profundizar en mi estudio sobre el pueblo judío, pero como dato anecdótico me pareció interesante. Sin embargo, cuando indagué sobre ello, me encontré con muchas dificultades y trabas. Se me negó el acceso a muchos documentos históricos que solicité a las autoridades para la recopilación de datos. Ante mi insistencia, se me retiró cualquier tipo de colaboración. Fue como si me hubieran exhortado a abandonar el camino que estaba siguiendo; como si mi línea de investigación no fuera la correcta. Aunque no de manera directa, creo que me sentí... amenazado.

— ¿Amenazado por quién?

— Eso quizá se lo puedan explicar mejor sus amigos del CESID.

Capítulo 18

Sergi Llinás encendió su ordenador como cada mañana. Tras cargarse el programa inicial, las palabras “usuario:” y “password”, se mostraron en la pantalla. Sergi se quedó pensativo mirando su monitor, sin pulsar una sola tecla, mientras la luz azul de fondo se reflejaba en su rostro. La noche anterior Alex le había llamado para pedirle un nuevo favor. Necesitaba que le buscara toda la información que pudiera sobre un lugar llamado Biniamer. Aunque no le dio muchas más explicaciones, sí le insistió en que indagara todo lo posible en dicho tema, y que lo más probable es que encontrara dificultades para hallar detalles al respecto. Según sus últimas averiguaciones, Alex sabía de buena tinta que el CESID había efectuado una investigación relacionada con dicho lugar, y que se había realizado en el más estricto secreto. Sergi suspiró profundamente mientras se acariciaba la barbilla. ¿Qué debía hacer?

Sergi se incorporó al CESID en el año 1.987, tras haber servido como agente de la guardia civil en Porto Novo durante más de treinta años. Su entrada en el servicio central de documentación, se realizó gracias a sus grandes conocimientos en sistemas de gestión de base de datos y computarización. Aunque su principal función consistía en mantener y proteger la SGBD (Sistema de **G**estion de **B**ase de **D**atos), también tenía acceso a los miles de archivos referentes a las distintas investigaciones realizadas por la organización; y Alex lo sabía. Ahora se encontraba ante un gran dilema: desobedecer el juramento al que se comprometió al ingresar en el CESID de preservar y salvaguardar toda la información perteneciente a la organización, o fallarle a un amigo.

Tras pensarlo un rato no le cupo la menor duda de lo que debía hacer, así que comenzó a teclear los caracteres necesarios para entrar en el sistema. Poco tiempo después había accedido a la base de datos relacional Paradox. Lo primero que hizo fue crear un filtro de búsqueda con la palabra “Biniamer” a través del campo índice de cada registro. El mensaje fue claro: “Not found” (no encontrado). Aunque le llevaría más tiempo de procesamiento, decidió ampliar la búsqueda a todos los campos incluidos en los registros de archivo. Una pequeña ventana de información, que contenía una barra porcentual, se abrió en el centro de la pantalla, mientras la palabra

“searching” parpadeaba en color rojo. Tres minutos más tarde, el mensaje fue el mismo: “Not found”. Si el CESID poseía algún archivo secreto referente a “Biniamer”, éste no se encontraba en la base de datos actual. Debía por tanto acceder a los archivos del directorio histórico, y para ello necesitaba las claves de acceso para entrar en el servidor principal; claves que él no tenía.

Sólo había una manera de conseguirlas y era entrando en el fichero de usuarios del sistema principal. A partir de entonces, no tendría ningún problema con los permisos necesarios. Para lograrlo tenía que introducirse en la sesión de cualquier usuario de nivel uno y obtener las claves, pero era imprescindible que aquella persona no estuviera frente a su terminal, o se daría cuenta de su intromisión. Sergi descolgó el teléfono y marcó la extensión 076.

—Oye, Pedro —dijo Sergi ante el auricular—. Necesitaría la copia de seguridad de los archivos referentes a la evaluación de los apoyos a actividades terroristas en los últimos tres años.

— ¿En los últimos tres años? Pero... eso son más de veinte megas de información.

— ¿Y?

—Joder que tengo que encontrar como doce disquettes de 3 ½ pulgadas clasificados por fechas.

— ¿Tienes algo mejor que hacer? La orden viene de arriba.

— ¿Del comandante?

—Más arriba... ¿Te suena el nombre de Don Javier?

— ¡Coño! Haber empezado por ahí. Dame diez minutos y te los llevo.

—No te preocupes. Tómate todo el tiempo que necesites. Yo no me moveré de aquí.

—Vale. Nos vemos.

—Diez minutos —susurró Sergi tras colgar el auricular—. Tiempo más que suficiente para conseguir las claves.

Tras asomarse a la ventana que daba al patio interior, y observar como Pedro abandonaba su oficina, se sentó ante su terminal y comenzó a aporrear el teclado a toda velocidad. Le sobraron más de cinco minutos para conseguir las claves. Ahora tenía que darse prisa, antes de que Pedro se presentara ante él con los disquettes. Tras introducir las claves accedió al sistema indexado de las distintitas unidades de proceso central de la base de datos Paradox. Desde allí tendría acceso a todos los campos de registro de cualquier fichero introducido en el sistema, incluidas las copias de seguridad tipo Backup.

Volvió a configurar el filtro de búsqueda y esperó que esta vez el resultado fuera positivo. De no ser así, Alex estaría equivocado en sus pesquisas.

La nueva ventana de búsqueda se cerró al cabo de tres minutos. Durante unos segundos la pantalla permaneció imperturbable. Un mensaje apareció al fin: “An issue has been found” (un tema ha sido encontrado).

— ¡Bingo! —exclamó Sergi.

Tras pulsar el botón “aceptar”, una nueva ventana se superpuso a la anterior. Cuatro grupos de diferentes dígitos se mostraban en el pequeño recuadro. Sergi arrancó una hoja de su bloc y los apuntó: AB03—5QRT—DB5A—ZT6Q. El archivo al que se hacía referencia había sido eliminado de la base de datos y transferido físicamente al depósito de documentación privado. ¿Por qué lo habrían hecho? Estaba claro que alguien no quería que se supiera de su existencia. Al parecer Alex tenía razón; había algo en este asunto que no olía bien.

Sergi salió de su oficina y se dirigió hacia la planta sótano del edificio donde se encontraba la biblioteca de documentación privada. Una vez llegó a la puerta de entrada, tecleó el código de acceso obtenido por ordenador en el panel lateral para acceder al interior. Tuvo suerte; la sala estaba completamente vacía. Rápidamente abrió el libro de registro y localizó en la letra “B” la palabra “Biniamer”. Justo al lado se indicaba la ubicación del archivo: AG07C, Zona A, pasillo G, estantería 7 y estante C.

No le llevó mucho tiempo localizar la caja que contenía la documentación que estaba buscando. Tras colocarla sobre una mesa, abrió la tapa y sacó una de las carpetas que había en el interior con las palabras “Proyecto Biniamer” en la portada. Sergi no podía creer lo que estaba leyendo.

— ¡Dios mío, Alex! En que andas metido.

Capítulo 19

Sergi y Alex habían quedado que se encontrarían a medio día en el restaurante “Ca’l Dimoni”, en Algaida. Alex llegó primero, y mientras esperaba a su amigo, pidió una refrescante caña de cerveza, acompañada de un puñado de “olives trencades”. El establecimiento estaba casi completo. Aún así Alex consiguió una mesa apartada, donde podrían hablar tranquilamente sin ser molestados. Para no llamar la atención, acudió al restaurante sin el uniforme de la guardia civil. Un viejo y descolorido reloj de madera, que estaba colgado en la pared, del que colgaban dos piñones de metal dorados sujetos por finas cadenas, señalaba las dos y media.

Sergi apareció por la puerta diez minutos más tarde y, tras descubrir donde estaba situado Alex, se dirigió hacia él con premura. En la mano sujetaba una cartera de cuero marrón, que estaba cerrada con dos finas cinchas sujetas a sus respectivas hebillas. Alex pensó que Sergi le habría conseguido la documentación que le pidió el día anterior.

—Llego un poco tarde —dijo Sergi.

—No te preocupes —le calmó Alex—. Sólo llevo una cerveza.

Sergi se sentó al otro lado de la mesa, frente a Alex, y levantó la mano indicando con varios gestos al camarero que trajera dos cervezas más.

— ¿Has conseguido algo? —preguntó Alex sin más dilación.

Sergi se quedó mirando a Alex con el rostro serio.

— ¿En que andas metido? —preguntó finalmente—. Dime que lo que te traigo no tiene nada que ver con el caso de la desaparición de la hija de Marc.

— Depende de lo que me hayas conseguido.

Sergi señaló la cartera que tenía a sus pies.

—No había nada en nuestra base de datos que relacionase todo lo que me pediste. ¿Sabes lo que eso significa?

—Cuéntamelo tú.

—Alex, la información que te traigo está descatalogada. Por eso no encontré nada en el ordenador. Alguien no está interesado en que lo que aquí se cuenta se descubra.

— ¿Por qué?

—No lo sé, ni quiero saberlo. Sólo espero que tú sí sepas lo que estás haciendo.

—Si no encontraste nada en la base de datos...

—No te voy a explicar como funcionan las cosas dentro del CESID. Simplemente te diré que tuve que acceder a un archivo de nivel uno para localizar los documentos que traigo en esta cartera.

—Siento tener que meterte en problemas, Sergi. Pero no te lo pediría si no fuera realmente importante.

—No te preocupes. He ido con bastante cuidado de no dejar pistas. Pude acceder por control remoto a otro terminal diferente al mío. Si descubrieran algo, la dirección IP del punto de acceso no podría ser rastreada.

—Has podido ver...

En ese instante el camarero se acercó a ellos y depositó las dos cervezas que Sergi había pedido sobre la mesa.

—Les dejo la carta para que se piensen lo que van a comer pero, si me permiten, les aconsejo que prueben las sopas Mallorquinas.

—Gracias — contestó Alex — Echaremos un vistazo.

Cuando el camarero se alejó Alex y Sergi siguieron la conversación.

— ¿No echarán en falta el dossier en los archivos del CESID? —preguntó Alex.

—Todo lo que te traigo es copia del original: Documentos, fotografías, grabaciones.... Alex, lo que aquí se cuenta es más extraño que lo que nos pasó hace diez años en Porto Novo. Si no fuera porque se han tomado muchas molestias en la organización para que esto no se sepa, creería que todo se trata de una patraña.

—Como bien dices, después de lo que pasamos juntos hace diez años, estoy dispuesto a creerme cualquier cosa.

El comandante Rodríguez descolgó el teléfono que estaba sobre la mesa de su despacho, ante el insistente e irritante timbre que no para de sonar.

—Comandante Rodríguez al habla.

—Mi comandante, hemos detectado una entrada no autorizada en la base de datos del sistema.

— ¿Han logrado traspasar el cortafuegos?

—No ha hecho falta. La intromisión se ha realizado desde dentro.

— ¿Se ha localizado al causante?

—No ha sido posible. Se conectó por control remoto a un terminal de nivel uno a través de la red local y no ha dejado rastro.

—Mierda. ¿Sabemos lo que buscaba?

—El código de acceso registrado en la SGBD hace referencia al informe “Proyecto Biniamer”.

— ¡Joder! ... Llama a Castillo y dile que venga urgente a mi despacho.

—El sargento Castillo está de maniobras en la base de Chinchilla, mi comandante.

— ¡Me toca los cojones dónde esté! Lo quiero en mi despacho en menos de lo que canta un gallo. ¿Entendido?

—A sus órdenes, mi comandante.

Capítulo 20

Documentos extraídos del dossier “Proyecto Biniamer”:

Extracto del escrito “La fe triunfante” de R. P. Francisco Garau. (1691)

Síntesis de los cuatro autos de fe celebrados en Palma entre los meses de Marzo y Mayo de 1691, ante el sagrado tribunal de esta Inquisición de Mallorca.

Llegado el día 7 de Marzo fueron conducidos por entre innumerable gentío de todo sexo, estado y edad, desde la inquisición hasta el templo de santo Domingo, veinte y cinco reos, cerrando la procesión los Muy Ilustres Señores Inquisidores asistidos de una gravísima comitiva de reverendísimos Calificadores y Familiares Nobilísimos, que habiendo tomado sus puestos y comenzada la Misa, según costumbre, se pasó a relajar los Reos que son los siguientes: Gabriel Cortés, Jerónima Pomar, Francisco Valls, Juana Miró, Miguel Tarongí, Onofre Aguiló, Francisco Martí, Catalina Bonnín, María Forteza, Miguel Piña, Francisca Picó, Pedro Fuster, Magdalena Segura, Leonor Valentí y Ana Valleriola.

Habiendo sido reconciliados y presos en segunda vez por judaizantes relapsos, estando con insignias de relajado en sus respectivos sambenitos; coraza, capotillo con llamas y dragones, fueron condenados y relajados a la justicia seglar por herejes, apóstatas, judaizantes, relapsos, convictos y confesos.

Todos los reos contenidos en esta relación, han sido condenados por el Santo Oficio públicamente como herejes formales; confiscados todos sus bienes y aplicados al real fisco. Así mismo, por la presente, se extiende a sus descendientes, hijos e hijas, y hasta sus nietos en línea masculina, la incapacidad de obtener dignidades ni beneficios ni oficios públicos ni de honor, ni de poder llevar sobre sus personas, oro, plata, perlas, piedras preciosas, ni corales, seda, camelote, ni paño fino, ni andar a caballo, ni traer armas, ni usar leyes de estos reinos a su favor.

Serán condenadas igualmente la memoria y fama de los difuntos relajados, mandando desenterrar sus huesos, entregándolos a la justicia y brazo seglar, para que sean quemados e incinerados, y quitados y raídos cualesquiera de sus títulos que hubiese sobre sus sepulcros o escudo de armas, si estuviesen puestas o pintadas en alguna parte, por manera que no quedase memoria de ellos sobre la faz de la tierra, sino de la sentencia y su ejecución.

Y para que ello no quede en el olvido, serán expuestos y renovados año tras año, en el claustro del real convento de santo Domingo de esta ciudad de Palma, los sambenitos portados por los reos relajados públicamente por el presente tribunal en el presente año de gracia de 1691.

Diario de navegación del capitán Alonso Martínez a bordo del buque de investigación oceanográfica Hespérides (A—33).

Jueves, 20 de febrero de 1.992

Zarpamos ayer, miércoles 19 de febrero de 1.992, a las 5.00 am., horario UTC+1, desde nuestra basa naval en Cartagena, rumbo sureste navegando hacia la zona norte de las islas Baleares y la costa oriental de la península ibérica. Nuestro cometido: comprobar como afecta el cambio climático a la salinidad del mar mediterráneo y a su temperatura. La velocidad media de cruceo es de veintidós nudos.

Son las 3.00 am. hora local UTC +1, del jueves día 20, cuando nos encontramos bordeando la costa de la Tramuntana mallorquina a la altura de “Cap Gros”. Posición GMS:

Latitud norte: 39 grados, 49 minutos y 25 segundos.

Longitud este: 2 grados, 41 minutos y 8 segundos.

La mar se encuentra sosegada, entre mar rizada y marejadilla, con oleaje ligero y cielo totalmente despejado. Da la sensación de que todo tuviera que permanecer en calma. Según el parte recibido por radio, no se esperan cambios en las próximas horas, pero lo que se presenta ante nosotros

nos hace sospechar todo lo contrario.

Nueva anotación en el diario de navegación:

Son las 5.00 am. UCT+1. Desde hace varias horas hemos estado observando numerosos fenómenos meteorológicos difíciles de explicar. Varias nubes se concentraron de forma extraña frente a nosotros, sobre los picos más altos de la sierra de la Tramuntana, provocando una fuerte tormenta que parece crecer por momentos. Las olas han aumentado notablemente de altura pasando en poco tiempo de marejadilla a arbolada. Hemos perdido toda comunicación con la base terrestre y los dos radares ARPA ECDIS detectan interferencias continuas alrededor del Hespérides. El sistema DGPS marca posicionamiento erróneo. Hemos decidido echar ancla y apagar los dos motores propulsores, así como todos los generadores diesel, incluidos los de emergencia, ante la posibilidad de avería por sobrecarga eléctrica. La tormenta, que ha crecido notablemente, ya se encuentra sobre el Hespérides. Si no fuera porque vemos la costa mallorquina ante nosotros, diría que estamos perdidos y sin rumbo; la aguja de la brújula gira a toda prisa y sin control, igual que las aspas de un ventilador.

Nueva anotación en el diario de navegación de día 20 de febrero:

Son las 05.30 am., hora local. La situación es insostenible. El Hespérides se encuentra a merced de las olas que llegan a alcanzar más de diez metros de altura. Nos falta el ancla y vamos a la deriva. El núcleo tormentoso que se formó en un principio sobre la Tramuntana sigue activo, muy activo. Las nubes, que se han extendido hasta situarse sobre nosotros, han adquirido una extraña tonalidad verdosa, algo que no había observado nunca en los más de treinta años que llevo navegando. Seguimos sin comunicación. Lo único que podemos hacer es rezar para que toda esto acabe lo antes posible. Si no salimos de ésta, sólo quiero decir a mi mujer y a mi hija que las quiero mucho. Ahora debo reunirme con el resto de la tripulación.

Última anotación en el diario de navegación de día 20 de Febrero:

Son la 05:45 am., hora local. Increíblemente todo ha vuelto a la calma. Cuando no dábamos ni un céntimo por nuestras vidas, el temporal ha desaparecido inexplicablemente. Pero lo más extraño ha sido de la manera en que lo ha hecho: un gran agujero se abrió de repente en medio de la gran masa de nubes, y una impresionante esfera de luz verde surgió de su interior. En menos de un par de segundos se situó sobre nosotros. Todos los instrumentos eléctricos se apagaron inmediatamente. El diámetro de aquella esfera luminosa debía rondar los cuarenta metros, pues abarcaba la mitad del Hespérides. Daba la sensación de que estuviera observándonos. Increíblemente, en una décima de segundo, salió despedida realizando una trayectoria imposible para cualquier aeronave conocida, desapareciendo después tras las montañas de la sierra de Tramuntana, de donde había venido. La mar vuelve a estar en calma, todos los componentes eléctricos del buque Hespérides funcionan correctamente y se ha reestablecido la comunicación con tierra. Los primeros rayos de sol asoman por la costa este de la isla como si nada hubiera ocurrido. ¿Habrá sido todo, producto de nuestra mente?

Informe realizado por el servicio de protección de especies de las islas Baleares. Marzo de 1.994.

Tras realizar el último control poblacional de cabras salvajes en la Tramuntana mallorquina, se ha detectado un descenso notable en las estimas realizadas. Aunque la población de esta especie se encuentra bastante fragmentada, un grupo específico de 37 ejemplares de raza fina, contabilizado en el último año en la zona de Escorca, ha desaparecido sin dejar rastro alguno. Aunque se tiene constancia de una merma continua de dicha especie

desde principios de siglo, en agosto de 1993, se tomó como precaución el control a través de chips de localización. Sorprendentemente se detectaron desapariciones instantáneas en el monitor de rastreo, como si todas ellas se hubieran volatilizado sin ningún motivo aparente. Tras un año de intentar conocer el motivo de la total extinción de este grupo poblacional, no se ha podido encontrar una explicación lógica.

Investigación de campo realizada por el Profesor D. Antonio Ribas.

Plan de investigación acústica realizada en Cala Tuent, conjuntamente con el Instituto mediterráneo de estudios avanzados, el 11 de septiembre de 1.979, tras haber recibido varios testimonios sobre sonidos inexplicables escuchados en el fondo marino.

Método utilizado: Análisis de grabación piezoeléctrica.

Síntesis:

La grabación ha sido realizada en Cala Tuent, al norte de la isla de Mallorca. La intención es investigar la intensidad y procedencia de dichos sonidos. Par ello pedimos ayuda al centro de investigación submarina de las islas Baleares (CISIB). Las pruebas se realizan a una profundidad de 25 metros, a una temperatura de 19 grados, y una visibilidad de 16 metros. Como resultado de la grabación se registran unos sonidos metálicos reiterativos que se repiten en la misma frecuencia e intensidad cada treinta segundos. Es como una especie de bucle que se reinicia interminablemente. La intensidad mínima está por debajo de los 300 Hz y la máxima por encima de los 3.000 Hz. Se observa que las ondas provocadas por dichos sonidos afectan de manera especial a los peces “castañuela”, que se dispersan conjuntamente en cada golpe de sonido. Se decide hacer una inmersión para obtener resultados más exhaustivos.

Declaración del buzo Miguel Salou Llobet dos días después de ser

rescatado tras un ataque de ansiedad durante la inmersión.

Tras quince minutos de inmersión me acerco a la costa, pues el receptor de ondas me indica que la intensidad de los sonidos es más fuerte en aquel lugar. Detecto una entrada en las rocas hacia el interior con la apariencia de una cueva submarina. Al fin puedo detectar de donde provienen los ruidos. Un extraño ser con forma humanoide, se encuentra sobre el fondo marino, manipulando unos paneles de apariencia metálica. Parece estar completamente desnudo; lo que es seguro es que no utiliza ningún equipo de inmersión de apoyo. Me acerco con precaución, y cuando estoy a escasos diez metros de él, se da la vuelta. A partir de aquel momento mis recuerdos se vuelven confusos. No recuerdo bien su rostro, pues parece que mi mente haya borrado aquel horrible momento, pero lo que no puedo olvidar, son aquellos ojos negros sin vida que no paran de observarme cada vez que cierro los míos.

Grabación de la declaración efectuada por Lorenzo Cortés Piña, tras la desaparición de su hija Elena Cortés Segura el 25 de Octubre de 1.983.

— ¿Qué hacían usted y su hija el Domingo, 25 de octubre en la finca de Son Llobera?

—Nos levantamos pronto para ir a buscar “esclotasangs” y “volets”. Es la mejor zona para la recogida.

— ¿Alguien más sabía que estaban ustedes allí?

— “*Sa meva dona*” (mi mujer).

—Lorenzo, ¿Dónde está su hija?

—No... no lo sé.

—Pero, usted estaba con ella. Es lo que nos ha dicho.

—Si...ella...

— ¿Dónde esta su hija? (gritando)

—No lo sé. Ella estaba... con...conmigo. Estaba a mi lado. Yo la podía ver igual que les estoy viendo a ustedes. Luego...luego, todo se volvió borroso...

— ¿Cómo borroso?

—El bosque se volvió borroso a nuestro alrededor. La cabeza comenzó a dolerme. Caí de rodillas al suelo y... y algo...algo se llevó a mi hija.

— ¿Algo? ¿Algo como qué?

—No...no lo sé. Nunca había visto nada igual. Salió de repente de la maleza, y envolvió a Elena. Se la llevó y no pude hacer nada.

—Está bien Lorenzo. (nueva voz) A partir de ahora si le preguntan...usted se descuidó un momento y perdió a su hija de vista. ¿Vale?

—Pero eso no es verdad. Yo lo vi. Era como si...

—Lorenzo, si persiste usted en afirmar que vio algo que no podría explicar y que nadie creería, tendremos que tomar medidas.

— ¿Medidas?

—Un médico vendrá a evaluarle. ¿Qué cree usted que pensará cuando le cuente lo mismo que nos ha contado a nosotros?

— ¿Que...que estoy loco?

—Exacto. ¿Y sabe usted dónde van los locos? Tiene usted un hijo pequeño, ¿verdad?

—Si.

— ¿Y quiere usted seguir viéndolo?

—Cla...claro, yo...

—Entonces su hija se perdió y punto. Usted se despistó y la perdió de vista. Nada de cosas raras. ¿De acuerdo?

—Si, pero mi hija...

— ¿De acuerdo? (gritando)

— De...de acuerdo.

Capítulo 21

El dossier que Sergi había entregado a Alex, constaba de más de medio centenar de informes secretos referentes a declaraciones sobre avistamientos OVNI, fenómenos extraños inexplicables científicamente, apariciones, etc. A lo largo de su vida, Alex había escuchado centenares de testimonios de gente que aseguraban haber visto platillos volantes. En algunos casos incluso afirmaban haber sido abducidos por seres extraños, de piel verde y grandes cabezas con ojos almendrados, que habían realizado experimentos con sus cuerpos. Las cadenas de televisión estaban repletas de programas sensacionalistas que trataban estos casos. Bastaba ver a los invitados a dichos programas y escuchar sus declaraciones para darse cuenta que el más lúcido de todos ellos podría tener plaza asegurada en cualquier centro de salud mental. Sin embargo, lo que Alex tenía sobre la mesa de su despacho era totalmente diferente. Estábamos hablando de la declaración de un capitán de barco perteneciente al Centro Superior de Investigaciones Científicas; una agencia estatal. Otro de los informes hacía referencia al famoso “Caso Manises”, ocurrido el 11 de noviembre de 1.979, donde un avión supercaravell de la compañía TAE con 109 pasajeros a bordo, que había salido del aeropuerto de Mallorca, tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia después de que unas extrañas luces rodearan la propia aeronave. En este caso, el suceso estaba respaldado por la declaración de los 109 pasajeros del avión y la tripulación. ¿Alucinación colectiva? Poco probable. Todos los informes incluidos en el dossier estaban elaborados por el ministerio de defensa de España y corroborados mediante firma por el profesor Antonio Ribas.

Estaba claro que Alex debía darle algo de credibilidad a todos aquellos informes, pero la principal cuestión todavía estaba sin responder ¿Qué tenía que ver todo aquello con las desapariciones de siete chicas de origen “chuetas”? Aparte del testimonio de las ejecuciones descritas por el jesuita Francisco Garau en el siglo XVII, también se recogían en el dossier varias declaraciones referentes a las desapariciones de las siete chicas. Especialmente impactante era la grabación del interrogatorio efectuado al padre de Elena Cortés. Estaban igualmente incluidos los recortes de periódico que él mismo había recibido en el cuartel el día anterior. Hubiera sido una

buena opción hablar con el profesor Antonio Ribas, si no fuera porque otro de los recortes que allí se incluían hacía referencia a su propia muerte, ocurrida en extrañas circunstancias. El profesor fue encontrado muerto en su casa. Al parecer había sido víctima de un asalto. Los delincuentes no se habían llevado nada de valor; ni dinero, ni joyas... Sin embargo debían buscar algo en concreto pues pusieron patas arriba toda la casa.

Hasta ahora, Alex había barajado la posibilidad de que algún grupo antisemita, que hubiese perdurado a través de los años, fuera el culpable de las desapariciones. Sobre todo porque era imposible que una única persona fuera la responsable de los hechos, a causa de los ochenta años que separaban la primera desaparición de la última. Sin embargo, aquellos informes echaban por tierra su línea de investigación. Si debía hacer caso de lo que tenía delante, sólo se podía llegar a una única conclusión: Las chicas habían sido abducidas por seres alienígenas.

— ¡No! —dijo Alex—. Esto es imposible.

La verdad es que no podía creer en algo de lo que en muchas ocasiones se había mofado.

Entre los informes, Alex encontró un mapa de la sierra de Tramuntana en el que resaltaba un punto marcado con una “x”. Bajo él se podía leer el nombre de “Biniamer”, acompañado de unas coordenadas que señalaban la localización 39° 47’21” N — 2° 51’30” E. Los lugares donde las chicas habían desaparecido estaban situados alrededor del sitio marcado en el mapa. Estaba clara la relación existente entre las chicas desaparecidas y el pueblo judío masacrado según la leyenda, pero todavía quedaba pendiente saber el motivo real de las desapariciones y, sobre todo, quien o quienes eran los causantes. Alex dobló el mapa y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, volvió a introducir todos los informes en la carpeta y la guardó bajo llave en el arcón que tenía en su oficina.

Estaba claro cual debía ser el siguiente paso; mañana a primera hora saldría, él solo, en busca del pueblo perdido de Biniamer. Aquellos archivos se habían mantenido en secreto dentro del CESID por algún motivo y posiblemente fueran la causa de la muerte del profesor Antonio Ribas, así que, de momento, sería mejor no involucrar a nadie más en la investigación. De todas formas, sería muy difícil explicar a los demás que la nueva línea de investigación sería comprobar las abducciones producidas por entes extraterrestres en los alrededores de un pueblo que desapareció engullido por la tierra a causa de la ira de Dios. Incluso hasta a él le sonaba como una cosa

de locos. Tampoco le contaría nada a María, y mucho menos a Ana; ellas debían permanecer al margen de todo.

— ¿Estás segura? —preguntó Pedro—. Tu padre lleva tres meses investigando la desaparición de Alba y todavía no ha conseguido nada. ¿Qué te hace pensar que nosotros vamos a descubrir algo?

—Llámalo intuición si quieres — dijo Ana — Bueno, ¿Me vas a acompañar, o qué?

— ¿A ti que te parece? —contestó Pedro agarrando a Ana de la cintura y acercando sus labios a los de ella—. No podría dejar que fueras sola. Ya se ha perdido una chica por allí.

—Sabía que podía confiar en ti —dijo Ana acariciando su rostro—. De esto ni una palabra a nadie.

Capítulo 22

Cuando las cosas se tuercen siempre hay alguien a quién recurrir para corregir la situación. Alguien sin escrúpulos a quien no le importe limpiar toda la basura, cueste lo que cueste y le pese a quién le pese. En el ejército ese alguien era el sargento Castillo. Cuando el Mando de Operaciones Especiales recurría a él, era porque el asunto requería de soluciones drásticas e inmediatas.

El sargento Castillo pertenecía al grupo militar de élite GOE, más conocido comúnmente como los “boinas verdes”. Estaba perfectamente adiestrado para misiones de infiltración y evacuación en zonas de combate. Fue el número uno de su promoción y a sus treinta y cinco años de edad ya había sido condecorado con varias medallas y cruces de guerra por su actuación destacada en el terreno de combate. Actuó como militar encubierto, apoyando a las tropas americanas en la guerra del golfo de 1991, algo que siempre se mantuvo en secreto, pues la misión de España en aquella guerra simplemente se redujo, según fuentes oficiales, al embargo marítimo de Irak con medios navales y aéreos, y al despliegue de un contingente de ayuda humanitaria al pueblo Kurdo.

El sargento Castillo hubiera podido ascender fácilmente en su carrera militar, pero eso significaba, en muchos casos, estar sentado detrás de una mesa firmando papeles o acudiendo a fiestas y desfiles vestido con traje de gala, y eso no iba con él. Castillo necesitaba estar en el terreno de combate, saborear el gusto de la batalla, oler la sangre y codearse de tú a tú con la misma muerte. No sabía vivir de otra manera, y no quería vivir de otra manera.

El comandante Rodríguez lo sabía, y por eso había acudido a él, como tantas otras ocasiones. Conocía al sargento Castillo desde su ingreso voluntario en el ejército a los dieciocho años de edad. Fue él mismo quien lo instruyó hasta su incorporación en los “boinas verdes”. Todavía recordaba su destreza con las armas. El sargento Castillo podía acertar de un solo disparo a una cajetilla de tabaco con un CETME L, sin mira telescópica, a una distancia de cuatrocientos metros. En la época que el sargento estuvo como instructor en la base del GABTO 1—71, era conocido como “El Robocop”. Siempre llevaba dos Llama M—82 colocadas a ambos lados de la cintura.

Era capaz de hacer bailar una lata de coca—cola disparándole con sus armas varias veces, y sin apuntar, igual que lo hacía John Wayne en las películas del oeste. Si había algo negativo que destacar en él, era que le gustaba hacer las cosas a su manera; una manera, en ocasiones, muy poco ortodoxa. Castillo recibía las órdenes y las cumplía. Otra cosa era la manera o el medio que utilizara para cumplirlas. Eso era asunto suyo y no permitía que nadie le discutiera sus actuaciones. Quizá por eso era el mejor para arreglar este tipo de situaciones.

—A sus órdenes mi comandante —dijo el sargento Castillo, abriendo la puerta del despacho — Da usted su permiso.

—Adelante —respondió el comandante.

El sargento, que iba vestido con traje de camuflaje, entró en la oficina y, tras cerrar la puerta, se quedó de pie en posición de firmes.

—Déjese de formalidades y tome asiento, Castillo.

El comandante abrió el cajón superior de su mesa y extrajo una carpeta que contenía varios documentos. El sargento Castillo cogió la carpeta y miró en su interior.

— ¿El proyecto Biniamer? Creía que este tema estaba zanjado— observó el sargento.

—Eso creíamos nosotros. Ayer alguien no autorizado accedió al expediente que tiene usted en sus manos. Parece ser que la infiltración se produjo desde dentro del CESID.

— ¿Sabemos quién lo hizo?

—Imposible. Accedió a la base de datos a través de control remoto. Fue muy astuto y no dejó rastro. Sin embargo tenemos una ligera sospecha de quién pudo haber sido. Hace tres meses una chica desapareció entre Mancor de la Vall y Escorca.

—He oído hablar del suceso. ¿Creen que tiene algo que ver con el proyecto Biniamer?

—Las circunstancias de la desaparición, y lo acontecido en estos tres meses, no nos hacen pensar lo contrario. Además, se produjo muy cerca de la zona de influencia. Sólo hubo un testigo de lo que ocurrió; el novio de la chica. Tendrás que ocuparte de él. No podemos dejar cabos sueltos.

—Parece un trabajo sencillo. Podrían haber llamado a cualquiera para ejecutarlo, lo que...me hace pensar que hay algo más.

—El chico no es lo que más nos preocupa.

El sargento permaneció en silencio, esperando que su superior

prosiguiera con la explicación. El comandante deslizó varias fotografías encima de la mesa.

—Teniente de la guardia civil Alejandro Amengual Adrover. Es la persona encargada de la investigación sobre la desaparición de la chica. Desde el primer momento un agente infiltrado le sigue los pasos de cerca. Al parecer se está aproximando demasiado a la verdad. No sabemos como puede haber atado cabos. Pensamos que quizá haya recibido ayuda de alguien de fuera.

— ¿Tiene algo que ver con la trasgresión de la base de datos secreta del CESID?

—Él no podría haberlo hecho por su cuenta. Por eso sospechamos de esta persona —el comandante depositó dos nuevas fotos sobre la mesa—. Sergio Llinás Cañellas. Hasta 1.986, sargento del cuerpo de la guardia civil de Porto Novo. En aquel año Alex y Sergi trabajaron juntos en el caso de los crímenes de Porto Novo. Al año siguiente el sargento Sergi fue reclutado por el CESID dentro del departamento de clasificación computerizada de archivos, y el teniente Alex pasó a ocupar su puesto.

—Y... piensan que Sergi haya podido pasar información referente al proyecto Biniamer a su colega.

—No podemos probarlo pero, como ya le he dicho antes, no podemos correr riesgos.

—Porque no cierran el caso y listos. Es un simple mando intermedio. Tendrá que obedecer las órdenes le guste o no.

—El caso se cerrará mañana, pero el teniente ya ha llegado demasiado lejos. Si usted estuviera tan cerca de la verdad, ¿abandonaría la investigación?

—Entiendo.

—Tres —dijo el comandante señalando las fotografías que había depositado sobre la mesa—. Tres objetivos. Y ya sabes...

—Si, lo sé —admitió el sargento Castillo—. Estoy solo en esto. Si algo saliera a la luz, el ejército negaría cualquier implicación.

El comandante Rodríguez observó un atisbo de sonrisa en el semblante de Castillo. No había la menor duda de que el sargento estaba disfrutando con todo este asunto.

Capítulo 23

Los matutinos rayos de sol y la cálida brisa del mar proveniente de la costa norte certificaban, sin duda alguna, la seductora y atrayente temperatura de la que tenía fama el clima mediterráneo de la isla. El mes de septiembre había comenzado caluroso y falto de lluvias, siguiendo la misma línea del verano, lo que había provocado que el embalse del “Gorg Blau” permaneciera con un nivel de agua por debajo del habitual para esa época del año.

Después de dejar atrás el embalse y sobrepasar el pueblo de Alaró, Alex cogió el desvío hacia Orient, circulando por una carretera que estaba franqueada a ambos lados por un extenso y frondoso pinar. Cinco kilómetros después, decidió aparcar en un recodo del camino que estaba provisto de una pequeña explanada. Tras bajar del vehículo sacó el mapa y lo extendió sobre el capó, para comprobar la distancia hasta el punto indicado como “Biniamer”. Alex calculó que tendría que caminar aproximadamente unos seis kilómetros y medio. Para llegar hasta allí debía subir por una colina bastante escarpada, llamada “El puig des suró”, y recorrer longitudinalmente su cresta, hasta llegar a la vertiente sur donde se suponía que estaba ubicado el legendario pueblo. Realizar aquel trayecto le supondría algo más de dos horas y, teniendo en cuenta el tiempo que permanecería en aquel lugar y el camino de retorno, posiblemente le llevaría el resto del día realizar todo el recorrido. Alex guardó el mapa en el bolsillo interior de su chaqueta y se introdujo en la espesura del sombreado bosque.

Ana y Pedro decidieron dejar la moto en el parking municipal de “Mancor del Vall” y realizar el resto del camino a pie. Tras seguir durante media hora un viejo sendero que estaba rodeado de algarrobos y almendros, llegaron a una bifurcación presidida por una fuente de agua natural.

—Cogeremos el desvío de la derecha —dijo Ana con decisión.

Pedro se mojó la cara con el agua fresca de la fuente, se colocó de

nuevo la mochila en la espalda y, después de observar la pendiente que tenían por delante, se dispuso a seguir a Ana resoplando de mala gana. Eran casi las tres de la tarde y ambos agradecieron la sombra que los árboles les brindaban para protegerse del sol abrasador. Media hora más tarde llegaron al oratorio de Santa Lluçia que estaba situado sobre una pequeña colina.

— ¿Qué te parece si aprovechamos para pegar un bocado antes de seguir? —sugirió Pedro.

—Me parece perfecto —dijo Ana.

Pedro abrió su mochila y colocó un mantel sobre el césped que crecía junto al camino. Seguidamente, sacó dos “Llonguets” de queso mahonés y camallot, y dos botellines de agua. Desde donde estaban, se tenía una estupenda vista de las múltiples colinas que poblaban la zona sur de la Tramuntana.

— ¿Dónde nos dirigimos, Ana? —preguntó Pedro.

—No lo sé. Pero...

—Vamos Ana. A mí no me engañas. Desde que hemos salido no has dudado un solo momento que camino debíamos seguir. Es como si tuvieras ya tomada todas las decisiones. Dime ¿Sabes algo sobre la desaparición de Alba que yo no sepa?

—Te dije que tenía una intuición. Yo...

—No me vengas con cuentos —le interrumpió Pedro—. Esto no tiene nada que ver con la intuición. Dime la verdad. ¿Habías estado alguna vez por aquí?, porque me da la sensación de que conocieras este lugar perfectamente.

— ¿Si te digo la verdad...no te reirás de mí?

—Palabra de boy-scout —dijo Pedro cruzando los dedos índices de cada mano y besándolos en señal de juramento.

—Tuve un sueño y... he visto a Alba en él. Se que esta viva y que la tienen retenida. En algún lugar de esas montañas está nuestra amiga y yo puedo encontrarla. Tienes razón; es como si ya hubiera estado en este sitio, pero no lo recuerdo. No sé exactamente como funciona, pero cada vez que nos movemos es como si algo en mi interior me indicara el camino. Tengo la sensación de que el tiempo corre en contra nuestra. A cada momento que pasa, Alba está más en peligro.

Pedro se quedó con la boca abierta sin pronunciar palabra.

—Di algo...no te quedes así —exigió Ana.

— ¿Qué te has fumado esta mañana?

—Sabía que te reirías. No tenía que haberte dicho nada.

—Perdona, pero es que... ¿Cómo quieres que me lo tome? O sea, les decimos a nuestros padres que nos vamos a ir de acampada durante dos días con los demás compañeros a la playa de “Es trenc”. En vez de eso, nos venimos a la montaña porque quieres recorrer la zona donde desapareció Alba, por si encontramos algún indicio de su paradero. Yo acepto, no porque crea que vayamos a encontrar algo, sino porque me da igual donde vaya mientras esté con la chica a la que quiero, y ¿ahora me vienes con que tienes un radar dentro de la cabeza como si fueras un puto murciélago?

—Sí —dijo Ana secamente.

Pedro se volvió a quedar con la misma cara de bobo que antes.

— ¡Vale! —dijo al cabo de unos segundos, dando un nuevo bocado al llonguet.

—Oye ¿Has dicho que me querías? —dijo Ana, dibujando una sonrisa en su rostro.

—Yo... Pues...No me acuerdo ¡Lo habrás soñado!

—No lo he soñado —dijo Ana, acercándose a Pedro y besándolo en los labios con dulzura—. Lo has dicho.

—Tía, me vas a volver loco —admitió él—. Sólo espero que sepas lo que haces. El camino por esas montañas es bastante peligroso.

Ana se levantó y, dando la espalda a su compañero, se acercó al borde del sendero, desde donde podía observar las pobladas y fértiles colinas iluminadas por los rayos de sol.

—El camino no es lo que más me preocupa —comentó en voz baja para que Pedro no la oyera.

Capítulo 24

Sergi conducía su Citroen ZX a las tres de la tarde por la autovía Ma-1 de poniente en dirección a Andratx. A esa hora del día la carretera estaba bastante transitada, pero la creación del nuevo carril permitía que la circulación de los vehículos discurriera con bastante fluidez. El cielo estaba totalmente despejado y el sol pegaba con fuerza sobre el parabrisas delantero, lo que provocaba que el interior del vehículo adquiriera una temperatura sofocante. En vista de ello, Sergi decidió aumentar el caudal del aire acondicionado. En la radio, Lauryn Hill versionaba el tema “Killing me Softly” de Roberta Flack, aunque Sergi, sumido en sus pensamientos, parecía incapaz de oírla.

Inmediatamente después de que Sergi accediera a los archivos secretos del CESID, se puso en marcha el protocolo de protección urgente de la base de datos. Todos los accesos a la SGBD fueron anulados y los permisos cancelados. Sergi no pensó que fueran a darse cuenta tan pronto. Durante toda la mañana, varios técnicos del grupo de ingeniería informática, habían estado comprobando los terminales ubicados en los diferentes departamentos. En algunos casos, incluso habían extraído el disco duro de la CPU, para su posterior comprobación. Aunque Sergi estaba completamente seguro de no haber dejado ningún rastro que le pudiera inculpar, la posibilidad y el miedo de que pudiera ser descubierto no paraba de acosarle constantemente.

—Ponte tranquilo, ¡joder! —se decía a sí mismo, intentando serenarse—. Lo hiciste todo correctamente.

¿Valía la pena haber corrido tanto riesgo? Si lo que había hecho servía para esclarecer de alguna manera la desaparición de Alba, estaba claro que sí. En los más de veinte años que Sergi ejerció como sargento de la guardia civil en Porto Novo, tuvo muchos encontronazos con Marc Vadell. Todo el mundo sabía que Marc no era santo de su devoción, pero su hija Alba no tenía la culpa. Sergi también tenía hijos, y si algo así le hubiera ocurrido a alguno de ellos, también hubiera agradecido cualquier tipo de colaboración. Otra cosa era que él pensara que aquel expediente pudiera servir para encontrar a Alba. Había ojeado cada uno de los informes y fotografías que se encontraban en el interior de aquella carpeta, y tenía la sensación de que todo aquello formara más parte de un episodio de la serie “*Expediente x*” que de la

realidad.

A doscientos metros, un gran panel señalaba la salida hacia Bendinat. Sergi activó la palanca intermitente, con intención de salir de la autovía. En ese instante un Mercedes todo terreno se colocó a su izquierda. En un primer momento, Sergi pensó que pretendía adelantarlo, pero la corta distancia que les separaba y la mirada amenazante que le dirigió el conductor, le hizo cambiar de opinión de inmediato. El primer impacto entre los dos vehículos provocó que el Citroen de Sergi golpeará lateralmente contra el quitamiedos colocado sobre el arcén. Sergi dio un volantazo hacia la izquierda y pudo redirigir el automóvil de nuevo hacia el centro de la calzada. Debido al golpe recibido en la llanta delantera, el brazo de dirección se dobló a la altura de la rótula, dejando la rueda izquierda sin control. La fuerte vibración que se transmitía a través de la columna de dirección hasta el volante y las irregularidades del asfalto, no ayudaban en absoluto a estabilizar el vehículo.

El segundo impacto fue decisivo. La rueda delantera salió despedida del automóvil que, debido a la inercia y a la falta de apoyo, se inclinó hacia delante, lo que provocó que derrapara sobre el eje delantero y volcara dando varias vueltas de campana hasta quedar encajado boca abajo entre el quitamiedos y el talud de tierra que actuaba como barrera acústica. Mientras Sergi permanecía inconsciente y herido de muerte en el interior de su vehículo, el Mercedes se alejó del lugar del accidente a toda velocidad.

Capítulo 25

Alex llevaba más de media hora caminando bajo la sombra que las frondosas copas de los pinos proyectaban sobre el sombrío hábitat del bosque. Por donde fuera que mirase, su vista sólo alcanzaba a ver troncos y arbustos que parecían multiplicarse infinitamente sobre un terreno repleto de ramas secas y hojas aciculares. El olor de la savia y la resina era intenso, pero a la vez agradable. Alex sacó la brújula del bolsillo interior de su chaqueta para asegurarse de que no se había desviado del camino. Tras comprobar que seguía en dirección noreste desvió su ruta hacia la derecha, donde se suponía que debía encontrarse la base del “Puig de suró”. El crujido de una rama al quebrarse, llamó su atención. Alex se dio la vuelta a la vez que extrajo su arma apuntando hacia el frente.

— ¿Quién anda ahí? —gritó.

El trino de los pájaros y el continuo zumbido de los insectos, que revoloteaban a su alrededor, fueron la única respuesta que obtuvo. Después de asegurarse de que nadie le seguía, volvió a enfundar su arma y prosiguió la marcha. Tras bajar una pronunciada pendiente, Alex pudo llegar a un claro del bosque. Un estrecho sendero, asediado por matas de carrizo y brezo, atravesaba aquel chaparral, para finalmente volver a introducirse en la oscuridad del bosque. Alex no lo dudó y cruzó aquel camino, ante la dificultad que ofrecían las plantas de carrizo para avanzar por él. Al introducirse de nuevo en el bosque, comprobó que el suelo estaba cruzado por varios surcos profundos, que seguramente debían pertenecer a las carretas que antiguamente debían haber circulado por aquel lugar. Si era así, aquella ruta tenía que conducir a algún sitio poblado.

Alex pensó que era muy raro que todavía no hubiese llegado a ver ni siquiera la ladera de la montaña del “Puig de suró”. Quizá había malinterpretado el mapa y ahora se encontraba perdido en medio del bosque. También pudiera ser que calculara mal la distancia. De lo que sí estaba seguro es que no iba a dar marcha atrás. Si había algo que pudiera resolver el galimatías en el que se había convertido la investigación, seguro que se encontraba en aquel punto señalado en el mapa, y de una manera u otra iba a llegar a él.

Algo llamó la atención de Alex. Un suave tintineo parecía emerger

tímidamente entre los sonidos habituales del bosque. Alex notó algo familiar en aquel continuo martilleo que cada vez se hacía más claro mientras avanzaba por el camino. Varios metros más adelante, pudo ver como los rayos de sol se introducían a través del ramaje de los árboles, ofreciendo algo más de luz a aquel sombrío lugar. A su izquierda, divisó un muro de piedra seca poblado de cerrajas, que emergían con sus florecillas amarillas de entre las grietas, y que se alzaba ocultando parte de lo que parecía una antigua posesión medio en ruinas. Alex pasó al otro lado del muro a través de un pequeño tramo que estaba derruido. Finalmente pudo comprobar de donde procedía el constante martilleo que había estado escuchando.

Junto al muro, un “*safareig*” de seis metros aproximadamente de largo y tres de ancho, se llenaba de agua a través de una canal. En el tramo inicial, la caída del agua ponía en movimiento la rueda de un pequeño molino de madera, que giraba sobre un eje intermedio formado por un viejo y oxidado cojinete de hierro. Las pistas interiores del rodamiento sobresalían por los laterales, golpeando una pequeña plancha que vibraba de forma repetitiva en cada giro completo del cojinete. Alex recordó finalmente dónde había escuchado aquel continuo martilleo; era idéntico al que entonaba su hija Ana sobre la mesilla del comedor dos días antes, el mismo bucle repetido constantemente una y otra vez en cada vuelta de rueda del molino. Pero... ¿Qué significado tenía aquello? De nuevo le vino a la mente la frase que su hija pronunció aquella noche: “Están todas juntas”.

La vieja posesión de dos plantas de altura se alzaba imponente, solitaria en medio de un bosque que la aislaba de cualquier tipo de civilización. Alex se encaminó hacia ella, se plantó ante la entrada principal y escudriñó la fachada con detenimiento. Daba toda la sensación de que la vivienda estuviera abandonada. Intentó empujar la puerta de entrada pero no cedió. Una ventana en el lado derecho permanecía medio abierta. Se acercó hasta ella y miró hacia el interior. Todo estaba muy oscuro y no podía distinguir nada.

El gruñido amenazador de un animal le sobresaltó. Desde detrás de la esquina, apareció un perro pastor alemán que se detuvo a dos metros de él. El can no paraba de rugir, a la vez que mostraba unas enormes fauces, anunciando su intención de atacar. Alex se quedó petrificado; sabía que cualquier movimiento que intentara hacer para sacar su arma, provocaría la inmediata embestida del animal, y estaba seguro de que no era lo suficientemente rápido como para adelantarse a su ataque. Con mucha

precaución intentó dar marcha atrás, pero el fiero animal comenzó a ladrar con rabia, a la vez que se acercaba más hacia él. Alex observó como sus patas traseras comenzaron a flexionarse para tomar el definitivo impulso que desembocaría en asalto definitivo de aquella bestia. No le quedaba otra, intentaría protegerse con el antebrazo, a la vez que extraía su arma; era la única forma de salir airoso de aquella situación.

— ¡*Fosca!* —gritó una voz tras Alex—. Entra en casa. “*A jeure*”.

El animal dejó de rugir y, de la manera más dócil, pasó junto a Alex, en dirección a la voz del que debía ser su amo. Alex respiró profundamente con alivio y se dio la vuelta para conocer a su salvador. Un hombre de avanzada edad estaba junto a la puerta de entrada a la vivienda. Tenía el pelo totalmente blanco y alborotado. Portaba lentes y tenía una barba canosa y descuidada de varias semanas, que conjuntamente con la vieja y arrugada ropa que vestía, demostraba su poco interés por la higiene. En su rostro se dibujó una extensa sonrisa al ver la cara de sorpresa de Alex.

— ¡Buenos días teniente! —dijo el profesor Antonio Ribas—. Le estaba esperando. Tenemos mucho de que hablar.

Capítulo 26

El interior de la casa no desentonaba para nada con el aspecto descuidado que presentaba la fachada. Todas y cada una de las paredes de las habitaciones, presentaban desconchones por doquier y grietas que se extendían interminablemente. Los muebles, tan antiguos y destartados que parecían haber sido recogidos de la basura, poseían una gruesa capa de polvo en su superficie, que les otorgaba una tonalidad apagada. Todo ello, unido a la poca luz que entraba desde el exterior, le daba un aire lúgubre y más que decadente a aquella morada; si se le podía llamar así.

—Estaba preparándome café —dijo el profesor— ¿Quiere una taza?

—No, gracias —respondió Alex, que observó una pila de platos y vasos sucios amontonados sobre una mesa de mármol.

El profesor cogió uno de los vasos y, tras sacudirlo varias veces en el aire, se sirvió un poco de café en él. Después se sentó en una vieja butaca llena de agujeros frente a Alex. Fosca, que no dejaba de observar al nuevo huésped, estaba tumbada sobre un sofá situado entre ambos.

—Bueno. ¿Cuándo piensa usted hacerme la pregunta? —dijo el profesor Ribas.

—Creía que estaba usted muerto.

—En realidad lo estoy —dijo el profesor sonriendo—. La decisión de mi muerte formaba parte del plan.

— ¿De que plan me está hablando?

—La organización simuló mi muerte para evitar que lo que descubrimos fuera utilizado de forma fraudulenta.

—Espere un momento ¿La organización? ¿Lo que descubrimos? De que me está hablando exactamente.

— ¿Supongo que a estas alturas habrá usted averiguado lo que es el proyecto Biniamer? Por eso ha llegado hasta aquí.

—He visto el dossier, pero todavía no tengo muy claro de que va el asunto. Ilústreme por favor.

—Biniamer era un pequeño “llogaret” situado en un valle, entre el “Puig de suró” y el monasterio de Santa Llucia, al sur de la sierra de la Tramuntana. Estaba formado por un conjunto de quince casas ubicadas junto a la ladera de una colina. En el año 1.693, un importante corrimiento de tierras provocó el

hundimiento de las casas y la destrucción de los campos de cultivo. Las aguas subterráneas emergieron inundándolo todo y con el movimiento de la superficie se produjeron desprendimientos en la ladera que cambiaron por completo la topografía original de la zona y la red superficial de drenaje. Parece ser que sus habitantes huyeron espantados y no volvieron nunca más al lugar.

—Según la leyenda, esos habitantes eran las quince familias judías que huyeron de la masacre de los autos de fe ocurridos en 1.691.

— ¿Me habla usted de la misma leyenda que asegura que fueron masacradas por la ira de Dios por renegar de la doctrina cristiana? En realidad sabemos muy poco sobre las personas que vivieron en aquel lugar, pero el hecho de que fueran quince viviendas las que formaban el “llogaret”, fue motivo más que suficiente para que se creara la leyenda del exilio de las quince familias “chuetas” a Biniamer. No hay nada que pueda probar esa historia.

—Entonces, ¿el pueblo desapareció a causa de un terremoto?

—Eso creímos en un principio, pero después de realizar varios estudios sobre la orografía del lugar, llegamos a la conclusión de que fue imposible que el hundimiento del valle se produjera por causas naturales.

—Me estoy haciendo un lío. Está claro que la mano divina de Dios no tuvo nada que ver con la destrucción de las casas. Pero, si tampoco fue debido a causas naturales ¿Qué provocó la desaparición del Biniamer?

— ¿Ha oído usted hablar del caso Roswell?

— ¿Se refiere al presunto choque de una nave extraterrestre ocurrido a finales de los cuarenta en Nuevo México?

— ¡Exacto!. En el año 1.693 el astrónomo mallorquín Vicente Mut dejó testimonio escrito de lo que él describió como una “gran bola de fuego verde” que cayó sobre la sierra de la Tramuntana. El vulgo y algunas personalidades relevantes de la época lo asociaron al anuncio divino de alguna catástrofe que estaba por llegar, pero Vicente Mut dismanteló dichas ideas supersticiosas explicando que se trataba de un meteorito. Ambos estaban equivocados.

— ¿Me quiere decir que lo que provocó la catástrofe en el valle...

Alex no pudo terminar la pregunta ante la incredulidad de lo que estaba oyendo.

—Cada uno de los informes que ha visto usted en ese dossier son reales; avistamientos, desapariciones, manifestaciones físicas inexplicables... Todos ellos estrechamente relacionados con la fenomenología OVNI. El ejercito, en cooperación con el CESID, llevaban años investigándolos y me pidieron que

me pusiera al frente del proyecto. Fui testigo presencial de todos ellos, aunque nunca encontramos ningún vestigio de naves extraterrestres. Sin embargo, el estudio de todos aquellos fenómenos nos reveló un hallazgo que no hubiéramos soñado descubrir en años. Durante el transcurso de investigación, dimos con un punto clave; un nexo común que confirmaba la existencia de una realidad que llevábamos tiempo queriendo demostrar. Todo ello se concretó en lo que se pasó a llamar el proyecto Biniamer. Cuando me puse al frente de la investigación, los objetivos que debíamos alcanzar estaban establecidos de acuerdo a una idea principal: La demostración de la coexistencia de otras dimensiones dentro de nuestro espacio—temporal.

— ¿El espacio—temporal? —preguntó Alex extrañado.

—Nosotros nos movemos en un espacio de tres dimensiones; De norte a sur, de este a oeste y de arriba abajo. Todo lo que ocurra en esas tres dimensiones será captado por nuestros sentidos. La cuarta dimensión es el tiempo. Lo que percibimos en las tres primeras dimensiones, pasará en un momento determinado; Usted está ahora en este lugar, en unas coordenadas determinadas, y en este instante; se trata una situación irrepetible. Sin embargo, aquí termina nuestra percepción de la realidad. Todo lo que ocurra en dimensiones más altas no podrá ser captado por nuestro sistema sensorial.

— ¿Otras dimensiones? Es un concepto que se me escapa.

— ¡Claro! Porque usted no está acostumbrado a moverse en ellas. El ser humano está en la escala más baja de los estratos dimensionales. Imagínese que usted viviera en un plano de dos dimensiones; como por ejemplo una hoja de papel. Usted percibiría todo lo que ocurriera en ella; de norte a sur y de este a oeste, nada más. Ahora suponga que un cubo atraviesa su mundo de papel. Usted solo vería el plano de ese cubo que estuviera a ras de la hoja, porque sus sentidos no le permitirían ver el resto de arriba a abajo. Sin embargo el cubo está ahí. Existe en otra realidad dimensional que no está en su mundo de papel. Pues de la misma manera, usted no puede percibir nada que esté más allá de la cuarta dimensión.

—Entonces ¿Me está diciendo que descubrieron una nueva dimensión?

El profesor esbozó una sonrisa irónica; como si Alex hubiera dicho una tontería.

— ¿Una? Eso sólo fue el principio. En poco tiempo conseguimos mucho más de lo que nos habíamos propuesto. Llegamos a confirmar la teoría de supercuerdas y captar hasta seis nuevas dimensiones. Los avances eran increíbles. Teníamos ante nosotros la evidencia palpable que muchos grandes

investigadores, como Einstein o Bernard Carr, habían anunciado teóricamente pero que no habían podido explicar en la práctica. ¿Se ha preguntado alguna vez dónde va nuestra consciencia después de la muerte? Pues la muerte, no es más que el paso de nuestra consciencia a una nueva dimensión; una dimensión no física que está por encima de la nuestra.

— ¿Me está usted justificando la vida eterna?

—Piense en todas las manifestaciones de fenómenos paranormales que conocemos: apariciones, portelgeist, psicofonías, etc. De alguna manera, nuestra parte espiritual es posible que entre en contacto con entidades o sucesos acontecidos en otras dimensiones, e igualmente al contrario. Solamente personas con una sensibilidad especial tienen la capacidad para conectar con ambos mundos.

—Si habían llegado tan lejos ¿Qué pasó para que el proyecto se cancelara?

—Las prioridades cambiaron por completo. Los...”grandes jefes” decidieron que se le podía sacar mucho más partido al asunto si los descubrimientos realizados se pudieran aplicar dentro del campo militar. Imagínese un ejercito que pudiera entrar en batalla desde otra dimensión, sin ser visto; sería invencible. Intereses creados interfirieron en el proyecto, algo con lo que yo no estaba de acuerdo en absoluto y por eso me negué a seguir en la investigación. De la noche a la mañana, pasé de ser el encargado principal del proyecto, al problema principal del proyecto. Ciertos estamentos dentro de la organización decidieron que era prescindible. Sin embargo sabía demasiado sobre el asunto y temieron que pudiera filtrar información a otras organizaciones que se habían hecho eco del asunto. Así que decidieron dejarme fuera.

El profesor se pasó el pulgar de un lado a otro del cuello para reafirmar sus palabras.

— ¿Qué otras organizaciones?

— ¿La CIA? ¿El MI6? ¿El KGB? No tengo ni idea, porque realmente todo era una excusa para quitarme del medio. Miembros de mi equipo descubrieron el complot y pudimos simular mi muerte para despistarlos. Desde entonces vivo recluido en este lugar con una nueva identidad. Por suerte nunca he sido un personaje público muy conocido y, cuando bajo al pueblo, puedo moverme entre la gente sin ser reconocido.

Alex se frotó la frente con la mano mientras no dejaba de observar al profesor Ribas.

—Ahora es cuando usted cuestiona todo lo que le he dicho —dijo el

profesor—. Sé que resulta difícil de creer.

—Se sorprendería usted sobre lo que yo estoy dispuesto a creer — precisó Alex — Pero tiene usted toda la razón. A mí sólo me importa lo que pasó con las chicas desaparecidas y la verdad es que no veo como encajan ellas en toda esta historia. ¿Quién me dice que no es usted el culpable de las desapariciones?

—Tenga en cuenta que... si no fuera por mí, no hubiera llegado usted tan lejos en este asunto.

— ¿A qué se refiere? —preguntó Alex sin entender las palabras del profesor

—Fui yo quién le mandó el sobre con los recortes de las chicas desaparecidas.

— ¿Usted? —dijo Alex sorprendido— ¿Por qué...

— ¿Qué por qué le elegí? —le interrumpió el profesor—. Pues porque solamente alguien con la mente abierta podía llegar hasta la verdad. Necesitaba saber si era usted esa persona; y no me equivoqué. Los indicios que usted encontró, a raíz de que yo le enviara los recortes, hubieran sido descartados por cualquier investigador, pero usted creyó en las pruebas que tenía delante, por muy inverosímiles que fueran. Y ahora soy yo el que le pregunto a usted ¿Por qué?

— ¿Cómo que por qué?

—Usted mismo lo ha dicho antes; “Estaría usted sorprendido de saber en lo que yo estoy dispuesto a creer”. ¿Qué acontecimiento le pasó en su vida que cambió su forma de ver las cosas?

La mente de Alex retrocedió diez años atrás, cuando tuvieron lugar los terribles acontecimientos que acabaron en la muerte de su padre. Antes de aquello, Alex había sido una persona tremendamente racional; nunca hubiera creído en nada que sus ojos no hubieran visto, o que hubiera podido explicar con hechos razonables. Pero los sucesos ocurridos durante los terribles asesinatos de Porto Novo cambiaron su manera de ver las cosas.

—Eso no importa ahora —repuso Alex—. Lo que importa es saber que ha pasado con esas chicas. ¿Qué tiene que ver todo lo que usted me ha explicado con las desapariciones?

—Esa es una incógnita que nunca hemos llegado a resolver. Lo único que sabemos es que cada vez que se ha producido una de las desapariciones, la puerta de acceso entre las diferentes dimensiones ha permanecido abierta durante un prolongado periodo de tiempo. Pensamos que algo, o alguien, que controlaba dicho acceso, debía ser el responsable de las desapariciones.

— ¿Me está diciendo que esas chicas fueron abducidas y que se encuentran en una dimensión diferente a la nuestra? ¡Claro! Y el hecho de que todas esas chicas fuera de origen “chueta”, ¿qué explicación tiene? ¿No me hará creer que existen entes alienígenas antisemitas?

—Esta claro que un alienígena no podría adivinar la opción religiosa de un ser humano, pero si que podría disponer de una tecnología lo suficientemente avanzada para detectar sus características genéticas.

— ¿A que se refiere?

—Debido al rechazo social que sufrió durante siglos la comunidad “chueta”, su gente se vio obligada a practicar la endogamia para poder perpetuar la raza. Esta práctica de enlaces matrimoniales entre miembros de un mismo grupo durante generaciones, provocó una serie de características genéticas propias de la comunidad “chueta”. Por este mismo motivo presentan también una serie de patologías de origen genético común en todos ellos, como por ejemplo la hemocromatosis, que es la acumulación excesiva de hierro en los órganos internos, sobre todo en el hígado. La enfermedad es hereditaria y causa mutaciones en el gen HFE, localizado en el cromosoma seis.

—Vale, de acuerdo —Alex suspiró con crispación antes de proseguir—. Supongamos que a través de su genoma, ese supuesto...ente alienígena puede distinguir una persona “chueta” de otra que no lo es. Eso no responde a mi pregunta, ¿Por qué razón solamente se han abducido a chicas de origen “chueta”?

—Como ya le he dicho antes, eso es algo que nunca llegamos a descubrir. Pero seguro que debía haber un motivo concreto. Sería mucha coincidencia que todas las chicas fueran de origen “chueta” por casualidad.

— ¿Y las ropas? ¿Por qué despojaba a las chicas de las ropas?

—Tampoco encontramos respuesta a este respecto. Quizá el proceso de abducción sólo admite la manipulación de materia orgánica.

Alex se quedó pensativo. Cabían dos posibilidades en todo este asunto: o aquel hombre era un lunático y había secuestrado a todas aquellas chicas, o simplemente estaba diciendo la verdad. De cualquier manera, a Alex no le quedaba más remedio que seguirle el juego para ver en dónde desembocaba todo. En ese instante, Fosca bajó del sofá y se acercó a su amo, que le acarició el lomo con suavidad.

— ¡Está bien! —dijo finalmente Alex—. Supongamos que todo lo que me ha contado es cierto ¿Cómo llegamos hasta ellas?

—Sólo conozco una manera. He descubierto que el vórtice energético de

mayor fuerza se encuentra dentro de la finca de “Son Nadal”. Pero el paso a la finca está restringido y fuertemente vigilado. Necesitamos un permiso especial para entrar, y sólo se puede conseguir a través de una orden judicial o con el consentimiento de la autoridad competente.

—Creo que no tendría dificultad en conseguir ese permiso.

— ¡Bien! Una vez dentro tendríamos que localizar el vórtice que nos abra la puerta dimensional de entrada. La dificultad estriba en que no es fijo. Piense que realmente estamos hablando de un campo de energía que es atraído continuamente por las diferentes fuerzas magnéticas y gravitatorias de la tierra, lo que provoca que su posición varíe constantemente. Fue nuestro principal escollo durante la investigación. Sin embargo, después de muchos años, he llegado a encontrar la solución al problema. Es lo que yo llamo “mi arma secreta”

— ¿Su arma secreta? —Alex echó un vistazo alrededor suyo—. No veo que disponga usted de corriente eléctrica en este lugar. ¿De que tipo de artilugio me está usted hablando?

—A veces, lo único que se necesita lo tienes justo delante tus propios ojos, aunque no te des cuenta.

Alex no entendió muy bien a que se refería el profesor, pero le daba igual si, lo que fuera que aquel extraño hombre hubiera inventado, servía para encontrar aquellas chicas.

—Entonces manos a la obra —dijo Alex levantándose del sillón—. No hay tiempo que perder. Necesito un teléfono para contactar con el cuartel.

Alex pensó que también llamaría a casa. Quizá le llevara algo de tiempo realizar el plan que el profesor había ideado y ya eran cerca de las cinco de la tarde, así que lo mejor sería llamar a María para que no se preocupara por la tardanza.

— ¿Teléfono? ¿Aquí? —rió el profesor—. Creo que tendremos que bajar hasta el pueblo para realizar esa llamada. Utilizaremos la camioneta. Si bajamos por el camino de “Son Reus” podemos estar allí en quince minutos.

Capítulo 27

Alex y el profesor Ribas llegaron al hostel “S’alzina” sobre una destartalada Volkswagen Caravell, que tenía la peculiaridad de coger todos y cada uno de los baches del camino. El hostel estaba situado a medio camino entre Alaró y Mancor del valle, rodeado de un idílico paisaje montañoso poblado de viejas encinas. Se había construido a principios de siglo como albergue para los pastores que transitaban por aquellos campos en busca de alimento para el ganado. En 1.956, y tras varios años de abandono, fue adquirido por la familia Bestard, que lo reacondicionó hasta convertirlo en el gran hostel que era hoy en día. En el ala este se encontraba el restaurante—bar, que era muy frecuentado por la gente de los pueblos vecinos. Onofre, el encargado del establecimiento, era un hombre de complexión gruesa y baja estatura, aunque la suficiente para asomar por detrás de la barra. Tras ordenar varios vasos que estaba secando junto al fregadero, se colocó el paño que había utilizado sobre el hombro y se acercó hasta la mesa donde Alex y el profesor Ribas se habían sentado.

— ¿Qué van a tomar? —preguntó Onofre.

—Un café con leche —contestó el profesor.

—Yo tomaré un cortado —dijo Alex— ¿Podría realizar una llamada?

—Tendrá que utilizar el teléfono de afuera —indicó Onofre—. Está saliendo a la derecha, junto a la pista de petanca.

Alex se excusó ante el profesor y salió al exterior. Tras localizar el teléfono, introdujo varias monedas en la ranura y marcó el número del cuartel. Tras varios tonos la sargento Nerea contestó la llamada.

—Cuartel de la guardia Civil de Porto Novo ¿En que podemos ayudarle?

—Sargento, soy el teniente Alex.

—Teniente ¿Dónde se encuentra?

—Estoy investigando una pista que de ser cierta podría esclarecer este asunto de una vez por todas.

—Pues me temo que...tendrá usted que abandonar esa posibilidad.

— ¿Qué está diciendo?

—Esta mañana se ha presentado el comandante Suárez en el cuartel. Ya estamos oficialmente fuera del caso. He dejado la orden firmada por el juez en su despacho.

— Joder! Justo ahora.

—Teniente, tengo que contarle algo más.

Alex intuyó, por el tono que utilizó la sargento Nerea, que lo siguiente que le iba a contar no serían mejores noticias que la exclusión del caso.

—Esta mañana ha muerto Joan Fornells —prosiguió la sargento.

— ¿Cómo?!

—Se arrojó desde la ventana de su habitación en la planta quinta, donde lo habían trasladado.

— Suicidio?

—Todavía no están seguros, aunque todo apunta a ello.

— Mierda!

—Eso no es todo mi teniente.

— Todavía hay más?

—Se trata de... Sergi Llinás.

— Sergi?

—Al parecer alguien lo sacó intencionadamente de la carretera cuando se dirigía a su casa en coche, provocando un accidente. El vehículo dio varias vueltas de campana antes de quedar empotrado entre el guardarraíl y un muro. Se encuentra ingresado con pronóstico grave en el hospital de Son Dureta.

— ¿Han podido averiguar algo?

—Según testigos presenciales, un Mercedes G 300 golpeó lateralmente su vehículo en varias ocasiones deliberadamente. Después de provocar el accidente el conductor se dio a la fuga. Hemos cotejado la matrícula que nos facilitaron y encontramos una denuncia por robo del día anterior. Teniente ¿Qué está pasando?

—Creo que nos estamos acercando demasiado a la verdad de todo este asunto y parece ser que alguien no quiere que la descubramos.

—De todas formas ya no podemos hacer nada. Nos han quitado la jurisdicción sobre este caso.

—Usted no puede hacer nada, pero yo... no tengo conocimiento del cierre del caso. Usted y yo no hemos tenido nunca esta conversación ¿De acuerdo?

—Sí, mi teniente.

—He de pedirle una cosa más.

—Dígame.

—Necesito el teléfono del teniente Miquel Llorens de Escorca. Está apuntado en mi agenda. La encontrará sobre el escritorio de mi oficina.

—Entendido.

Después de memorizar el número que la sargento Nerea le indicó, Alex colgó el teléfono, introdujo varias monedas más y llamó al teniente Miquel.

—Teniente Miquel Llorens de la policía municipal de Escorca. ¡Dígame!

—Buenas tardes. Soy el teniente Alex Amengual.

— ¡¿Qué tal, compañero?! ¿Cómo va el caso de la chica desaparecida?

—Estamos en ello. Tengo que pedirle un favor.

— ¿En que puedo ayudarle?

—Necesitaría que me facilitase un permiso de entrada para la finca de “Son Nadal”.

— ¿Un permiso de registro? Pero eso sólo lo puede autorizar un juez, además esa finca ya fue inspeccionada en su día y no se encontró nada.

— Lo sé, pero han surgido nuevas pruebas que nos indican que podríamos encontrar indicios de la chica desaparecida en ese lugar. Quizá hubo algo que se nos escapó en su día. Teniente, no puedo esperar a que un juez autorice el registro. Necesito acceder hoy mismo a la finca.

—No sé. —dudó el teniente Miquel—. Quizá... si lo tramitamos como una visita guiada. Tendría que hablar con la dirección del centro de conservación medioambiental en el ayuntamiento. No creo que tuviéramos problemas. Pero piense que todo lo que usted averigüe no podría ser utilizado en la investigación. Sin la orden de registro de un juez nada tendría validez.

—Lo tengo en cuenta, teniente. Pero a estas alturas, lo único que me importa es encontrar a esa chica y si esperamos más podría ser demasiado tarde.

—Lo entiendo.

—Mire, son las seis de la tarde. Hemos de darnos prisa, sobre las ocho comenzará a oscurecer. En media hora estaremos en la entrada a la finca.

—Haré todo lo posible.

Alex agradeció que el teniente Miquel no supiera nada todavía sobre el cierre del caso. Aunque se sintió mal engañándolo, era la única forma de acceder a aquel lugar. Sólo esperaba que el teniente pudiera conseguir el permiso que necesitaba para entrar en la finca de “Son Nadal”; si no fuera así, no tendría más remedio que utilizar otro método menos legal para colarse en el interior.

Alex colgó el teléfono y se dirigió hacia el bar. Antes de entrar, algo llamó la atención del teniente en la parte trasera del hostel. Un Mercedes todo terreno, como el que le había descrito Nerea, se encontraba aparcado tras un denso matorral. Si no hubiera ido a telefonar, hubiera sido imposible fijarse

en él. Daba la sensación de que alguien hubiera querido ocultarlo en aquel lugar. Alex se acercó al vehículo y lo rodeó hasta colocarse frente al lateral derecho. Tanto la aleta delantera como la puerta, presentaban varios golpes. Al observar los daños de cerca, pudo comprobar restos de pintura roja que contrastaban con el color negro de la carrocería. El Citroen Zx de Sergi era de color rojo. Sin perder más tiempo, extrajo su arma de la funda y se dirigió hacia el bar a toda prisa. Quién quiera que fuera el que atentó contra Sergi le había estado siguiendo. Quizá el profesor estuviera en peligro, sólo esperaba que no fuera demasiado tarde. Apuntando con su Baretta hacia el frente y apoyando la espalda contra la pared, se dirigió hacia la puerta del bar dispuesto a entrar en el local.

Todo ocurrió muy rápido. Quizá menos de un segundo, en el que Alex no tuvo tiempo de reaccionar. En un instante, ya no tenía su arma en las manos. Aquel hombre había salido del interior del bar con extraordinaria rapidez y había conseguido hacerse con su arma y apuntarle a la cara con ella. Seguro que debía de estar esperándole. Instintivamente, Alex empujó hacia arriba los brazos de aquel hombre y lo arrojó con su cuerpo. El arma se disparó y el estallido se repitió en un eco interminable, que provocó la espantada de un grupo de mirlos que estaban posados en las ramas de una vieja encina. La bala se incrustó en el marco superior de la puerta. Alex tenía retenido a su atacante; con el antebrazo derecho apretaba su cuello contra el faldón de la puerta y con su mano izquierda sujetaba la mano donde aquel hombre tenía su arma. Tras golpearla varias veces contra el picaporte de la puerta, el arma cayó al suelo.

El dolor llegó tres segundos mas tarde de que Alex recibiera el rodillazo en las costillas; lo primero fue la falta de aire. No se había recuperado del golpe, cuando su atacante le propino varios puñetazos seguidos que le hicieron caer al suelo de espaldas. Mientras se retorció de dolor, su oponente extrajo su propia arma y le apuntó con ella.

— ¿Ves lo que pasa por meterte donde no te llaman? —dijo aquel hombre—. Hay que saber cuando se tiene que parar. Hoy vas a ser el tercero en mi lista.

Alex se tapó la cara con las manos en un acto reflejo. No podía hacer nada. Aquel hombre reconocía haber acabado con Joan Fornells y con Sergi, y ahora iba a hacer lo mismo con él. En su mente se reflejó el rostro de su mujer y su hija; un último pensamiento dirigido a las personas que más le importaban en su vida. Un sonido seco y metálico, muy distinto al que Alex

esperaba escuchar, sonó frente a él. Cuando apartó las manos y abrió los ojos, observó como aquel hombre caía inconsciente junto a él. Alex alzó la vista y vio al profesor Ribas con una sartén en las manos.

—Parece ser que he llegado a tiempo —dijo el profesor.

—No lo sabe usted bien — contestó Alex, levantándose con dificultad todavía para respirar.

— ¿Qué hacemos con él? —preguntó el profesor Ribas.

—No podemos detenerle —dijo Alex recogiendo su arma y la de su atacante—. Tendríamos que avisar a la autoridad competente, esperar a que vinieran a buscarlo y acompañarlos hasta dependencias para realizar el atestado. Todo ello nos llevaría un tiempo del que no disponemos. Lo mejor será dejar que otros hagan la denuncia. Marchémonos de aquí. Tenemos media hora para llegar hasta la finca de “Son Nadal”.

Capítulo 28

Cuando Pedro y Ana llegaron al pie del “Puig de suró”, el sol, que se encontraba en la parte trasera de la colina, proyectaba una extensa sombra que cubría la totalidad de la ladera situada frente a ellos. Un viejo sendero de tierra, que se internaba a través del frondoso pinar que poblaba la pendiente de la montaña, parecía deslizarse como una serpiente entre la espesa vegetación. Pedro y Ana se dispusieron a seguirlo.

— ¿Crees que queda mucho para llegar? —preguntó Pedro

—¿Ya estás cansado?

—No es eso. Pero son las seis de la tarde y en un par de horas comenzará a oscurecer.

—Lo tengo en cuenta, pero nadie nos espera. Podemos pasar la noche en la montaña y seguir por la mañana.

—Piensa que la sierra de Tramuntana es como un muro que protege la isla de los vientos del norte. La temperatura puede bajar varios grados a medida que subamos de altura, y lo hará más durante la noche.

— ¡Vaya! ¿Quién eres ahora? ¿Mario Picazo?

— ¿Quién? —preguntó Pedro.

— ¡Mario Picazo! El del tiempo.

Pedro separó las manos y encogió los hombros, dejando bien claro que no entendía a que refería su compañera.

—Da igual, déjalo —dijo finalmente Ana—. Sigamos por el camino. No creo que falte mucho.

A medida que ascendían la ladera del monte, el viento era más intenso y la humedad y el frío se notaban con más fuerza, comenzando a calar en sus cuerpos. Ana se fijó en que, desde hacía un buen rato, no habían vuelto a ver ningún tipo de señalización. Aún así, no estaba preocupada por ello. De alguna manera, que ni ella llegaba a entender, sabía que pasos debía dar en cada momento. Media hora después llegaron al final del sendero. Una pequeña valla, hecha con viejas estacas de madera y un alambre fino oxidado por el paso del tiempo, cerraba el camino frente a un oscuro y penetrante precipicio, que bañado por la luz ceniza del atardecer parecía acabar en las mismísimas profundidades del infierno.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pedro.

Ana observó con detenimiento alrededor y finalmente fijó la vista en la

rocosa falda de la montaña que cruzaba el precipicio de lado a lado.

—Subiremos por aquí —explicó Ana, señalando una enorme roca repleta de hendiduras, formadas por la erosión de la lluvia a través del paso del tiempo—. Llegaremos a ese estrecho camino que atraviesa el barranco. Una vez lo pasemos...

—Un momento —interrumpió Pedro— ¿Me estás diciendo que vamos a pasar por encima de ese enorme agujero?

—Si dejamos aquí las mochilas no tendremos ningún problema en pasarlo con facilidad. Luego a la vuelta las recogeremos.

—No, no, no...ni pensarlo. No estoy tan loco.

— ¡Está bien! Tú quédate aquí con el equipaje, yo lo haré.

— ¡Y una mierda! Si crees que te voy a dejar pasar por ahí, lo tienes claro.

Ana se inclinó sobre la valla y observó el precipicio durante unos segundos, después miró de nuevo a Pedro.

—Tienes razón —admitió Ana—. Es una locura. Tiene que haber una manera más fácil de llegar al otro lado. Varios metros más abajo vi un desvío en el camino. Nos llevará más tiempo llegar a nuestro destino pero será más seguro. Tú delante.

—Da igual si tardamos más —dijo Pedro dando media vuelta y volviendo a bajar por el pedregoso sendero—. Como tú dijiste, no nos espera nadie. Piensa que si nos pasara algo no tendríamos ningún tipo de ayuda. Lo que no entiendo es por que no cogiste ese camino si lo viste antes... ¡Joder! Ana. ¿Ana?

En ese momento Pedro se dio cuenta de la jugarreta de su compañera; había caído en la trampa como un tonto. Sin perder más tiempo, se dio la vuelta y pudo comprobar, como sospechaba, que Ana no estaba tras él. Corrió lo más rápido que pudo hasta donde se encontraba la valla junto al precipicio. Ana había dejado su mochila en el suelo y estaba subida a un estrecho, pero sobrado, saliente que atravesaba la vertical del precipicio, con la espalda apoyada sobre las rocas y dando pasos laterales para desplazarse.

—Lo siento Pedro —dijo Ana—. Pero no hay ningún otro camino. Esta es la única manera de llegar hasta Alba.

— ¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Pedro.

Tras estampar su mochila con rabia contra el suelo, escaló la roca situada junto a la valla y se dispuso a seguir a Ana a través del angosto saliente.

—Esto me pasa por jilipollas —susurró entre dientes.

—Si no miras hacia abajo, mucho mejor —gritó Ana.

—Gracias por el consejo —respondió Pedro—. Pero mucho mejor hubiera sido no subir hasta aquí.

Mientras se desplazaban lateralmente a través del reducido saliente, Ana presentía que cada vez quedaba menos para encontrar a su amiga Alba. Al igual que la fuerza de atracción de un imán sobre un trozo de metal crecía cuando la distancia era más corta entre ambos, ella intuía una mayor presencia de su compañera a cada paso que daba. Lo único que sentía era haber arrastrado a Pedro con ella, pero ya buscaría la manera de compensarle después de que pasara todo.

Varios metros más adelante, el estrecho saliente se ensanchaba desembocando en una pequeña explanada, franqueada a su izquierda por una nueva pendiente poblada por un espeso bosque de pinos y altos arbustos, y a su derecha por la caída vertical del precipicio. Ana llegó la primera y avanzó varios metros para inspeccionar el terreno.

— ¡Espera Ana! —gritó Pedro, que casi había llegado al principio de la explanada.

—Tranquilo —le calmó Ana— Sólo estoy mirando por donde...

Un intenso fogonazo de luz golpeó la mente de Ana. Por un momento dejó de percibir todo lo que la rodeaba. Luego todo se volvió de color rojo, como si una cortina bañada en sangre se hubiera desplegado ante sus ojos.

— ¿Ana, te pasa algo?

La voz de Pedro, la sacó de su abstracción. Miró a su compañero que se encontraba a unos veinte metros de ella; pero algo era diferente. Pedro estaba cubierto de sangre y la mitad de su rostro colgaba en jirones de piel y carne, mostrando los huesos de su mandíbula.

—Ana, ¿Qué pasa? —dijo aquel espectro que expulsaba ríos de sangre a través de una profunda brecha que atravesaba su desgarrada frente.

Un nuevo fogonazo deslumbró a Ana y tras recuperar la vista todo volvió a la normalidad.

—Algo no va bien —afirmó Ana.

Un gran estallido, proveniente del interior del bosque que cubría la ladera frente a ellos, captó la atención de ambos. Una bandada de pájaros, situados a un centenar de metros, emprendió el vuelo asustados por aquel fuerte ruido, que se repetía cada vez con más violencia. El sonido seco de los troncos de los árboles al resquebrajarse, dejaba claro que lo que se acercaba era algo de gran magnitud. Varias piedras de considerable tamaño pasaron

rodando junto a ellos, para caer después por el despeñadero que tenían justo detrás.

— ¡Corre! — gritó Pedro, que todavía se encontraba varios metros alejado de ella.

Pero Ana no podía correr. Estaba paralizada por el miedo. Una enorme roca, de más de cinco metros de diámetro, rodaba sin freno cuesta abajo, arrollando cuantos árboles y arbustos encontraba en su camino. Nada podía desviar su trayectoria. Parecía como si aquella colosal piedra estuviera predestinada a encontrarse con Ana, aunque después de aquel encuentro, sólo una de las dos podría seguir su camino.

Ocurrió en una décima de segundo. Fue tan rápido que Ana no se dio ni cuenta, hasta que, un instante después, su mente asumió con horror lo que había sucedido. Justo cuando iba a ser arrollada por la gigantesca roca, Pedro apartó a Ana de su trayectoria, haciéndola caer de espaldas y ocupando su lugar. La última imagen que Ana tuvo de su compañero, fue la de una mano sobresaliendo por el extremo de una enorme roca antes de precipitarse al vacío; una imagen que le perseguiría toda su vida.

Ana quiso gritar de horror, pero lo más que pudo expresar fueron varios gemidos acompañados por incontrolados espasmos. Daba la impresión de que se estuviera ahogando; como si no encontrara aire que respirar a su alrededor. La gran nube de polvo, que se había formado por el desprendimiento de las rocas, comenzó a dispersarse, quedando como única prueba de su paso por aquel lugar la figura legamosa de Ana.

El ruido seco de varias ramas al quebrarse llamó la atención de Ana. Varios arbustos, situados a escasos metros de ella, comenzaron a agitarse violentamente. Ana pudo distinguir la enorme silueta de una persona, que parecía medir más de dos metros de altura, contemplándola tras el follaje. Lentamente aquella extraña figura alzó un brazo a través del arbusto y señaló en dirección a Ana, que reconoció de inmediato aquellos deformes apéndices. Al final la sombra la había encontrado. La sombra había provocado el alud que había matado a Pedro y ahora iría a por ella, tal y como la había amenazado en sus sueños, sólo que esta vez se encontraban en el mundo real. Ana no podía simplemente despertarse para escapar de la sombra, así que no le quedaba más remedio que huir.

Temblando de miedo, se puso en pie como pudo y corrió hacia el interior del bosque, alejándose lo más rápido posible de aquel lugar. En su huida pudo escuchar como la sombra salía de su escondite en persecución

suya. Podía oír perfectamente el jadeo de aquel ser a escasos metros tras ella. Incluso creyó percibir su ardiente y pútrido aliento pegado a su nuca. Ana sabía que no podría escapar de la sombra; al final “sería la siguiente”.

Ana ya había percibido el repulsivo tacto de las manos de aquel ser sobre sus hombros, cuando tropezó con una rama que la hizo rodar por una pendiente hasta caer por un desnivel de varios metros de altura. Durante un instante de incertidumbre, que a Ana le pareció una eternidad, estuvo cayendo al vacío para finalmente aterrizar sobre un matorral que amortiguó su caída, salvándola de una muerte segura. Esta vez sí que pudo gritar, pero de dolor. La caída sobre el matorral le provocó un corte profundo en su brazo derecho. El dolor era insoportable. Tenía su cuerpo totalmente magullado y no descartaba que pudiera haberse roto alguna costilla, pues la dificultad que tenía para respirar no era muy buena señal. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se puso en pie e intentó proseguir su huida, o por lo menos esconderse antes de que la sombra llegara hasta donde ella se encontraba.

No había dado dos pasos cuando notó algo extraño frente a ella. Era como si parte de la imagen del bosque que tenía ante sus ojos se distorsionara en un único punto, que se desplazaba lentamente como movido por una ligera brisa. Ana no podía asegurar si lo que estaba viendo era producto de su propia imaginación, causado por el fuerte golpe recibido en la caída, o si realmente estaba frente a algún tipo de fenómeno extraño. Como si estuviera hipnotizada, dio varios pasos al frente mientras aquel punto se agrandaba en forma de espiral lo suficiente para que Ana pudiera pasar a través de él. Una vez que cruzó al otro lado, el vórtice se cerró y Ana dejó de existir en esta dimensión.

Capítulo 29

Cuando el profesor Ribas aseguró que tenía un “arma secreta” para localizar la puerta de entrada a una nueva dimensión, Alex se imaginó algún tipo de artilugio electrónico capaz de detectar campos magnéticos a larga distancia. En su mente había proyectado una especie de brújula o medidor digital de alta precisión. Lo que en ningún caso habría podido imaginar, era lo que el profesor Ribas sujetaba en su mano derecha.

— ¡¿Una jaula con palomas?!

— ¿Se sorprende? —rió el profesor—. La “columbida livia” es un ave dotada con una gran inteligencia. Se trata de una de las pocas especies que pueden detectar el campo magnético de la Tierra y utilizar esa información para orientarse en sus desplazamientos. Es lo que se conoce como magnetocepción. Para ellas, vendría a ser como un sexto sentido. Gracias a ellas pude averiguar que uno de los vórtices de entrada estaba situado dentro de la finca de “Son Nadal”.

— ¿Y como las vamos a utilizar?

—Una vez estemos dentro de la zona de influencia soltaremos una de las palomas. Es importante que lo hagamos antes de que el sol se esconda, pues también lo emplean como punto de referencia orientativa. La paloma se dirigirá donde confluya una mayor corriente magnética, desorientada por la enorme fuerza del campo en ese punto. Simplemente tenemos que seguirla. Hemos de tener en cuenta que sólo disponemos de tres palomas.

—De acuerdo, déjeme hablar a mí, ¿vale?

Alex llamó al timbre que estaba junto a la gran verja de entrada de la finca de “Son Nadal”, y esperó a que alguien se acercara por el camino de tierra que había tras ella para darles paso. La finca estaba ubicada sobre un terreno de aproximadamente cuatrocientas hectáreas, poblado de frondosos bosques de encinas y pinares, donde convivían multitud de diferentes especies animales. Gracias a ello estaba considerada como zona protegida por el Consell insular de Mallorca, y era reconocida como un gran museo etnológico, que recibía numerosas visitas guiadas de escuelas y colectivos animalistas durante la época primaveral. La vieja mansión que estaba situada al comienzo de la finca era de corte rústico y señorial. Actualmente estaba habitada por una familia de payeses que se ocupaban del mantenimiento y la

conservación del terreno. El único punto de acceso a la finca se encontraba en la zona norte, donde ellos estaban ahora, pues el resto del terreno estaba completamente rodeado por desniveles de difícil acceso, cuando no por vallas de protección de considerable altura.

Quedaban veinte minutos para las siete de la tarde y el sol comenzaba a descender sobre las entrecortadas siluetas de las cumbres montañosas, privando al atardecer de la ambarina luz que hasta ahora habían proporcionado sus cálidos rayos. Un hombre de avanzada edad, con un viejo sombrero de paja, que tenía la copa agujereada y el ala deshecha, se acercó hasta la verja. Vestía una camisa blanca con rayas verticales bastante sucia, desabotonada y arremangada hasta los codos. El pantalón, que parecía de una talla mayor a la necesaria, tenía más mugre que la camisa, y estaba sujeta a la cintura por una gastada cuerda de esparto. Cuando aquel hombre llegó al otro lado de la verja, Alex pudo observar como volteaba una seca espiga de trigo entre la comisura de los labios.

— ¡Buenas tardes! —saludó aquel hombre, con marcado acento mallorquín.

—Soy el teniente Alex Amengual, de la guardia civil —dijo Alex enseñando su documentación—, y mi compañero es el subteniente Fernández. Supongo que le habrán notificado nuestra visita.

El anciano se quedó mirando al profesor Ribas con desconfianza, para terminar dirigiendo la mirada sobre la jaula que llevaba en la mano.

—Sí, me han llamado y me han dicho que vendría usted, pero... “aquest” no tiene pinta de picoletto. —señaló el anciano dirigiéndose al profesor Ribas.

—Es que... voy de incógnito — dijo el profesor esbozando una gran sonrisa.

El anciano echó mano a un manojito de llaves que portaba enganchado a la cintura y procedió a abrir la verja, que rechinó quejándose por la falta de lubricante en los goznes que la soportaban.

—Pasen ustedes. ¿Saben si van a estar mucho rato? Lo digo porque yo tengo “feines” y no puedo acompañarles.

—No se preocupe —dijo Alex—. Puede usted seguir con lo suyo. Lo que tenemos que hacer no nos llevará más de una hora.

— ¿Para qué son “els coloms”? —preguntó el anciano señalando la jaula.

El teniente y el profesor se miraron mutuamente sin saber que contestar.

—Verá... —dijo el teniente tratando de inventarse una excusa sobre la marcha.

— “Bé”. Da igual —gruñó el anciano payés—. El camino está señalizado. Para volver no necesitan más que seguir las indicaciones de los carteles. Yo estaré por aquí.

—Gracias —dijo Alex—. Así lo haremos.

El anciano cerró la verja con llave tras ellos y entró de nuevo en la casa. Mientras tanto, Alex y el profesor se adentraron en el bosque que se iniciaba tras la posesión, a través de un camino de tierra ensombrecido por el enramado follaje de los árboles.

Después de caminar durante al menos un cuarto de hora, llegaron a un claro del bosque donde un pequeño riachuelo entonaba una agradable y relajante sinfonía provocada por el continuo paso del agua. Alex se acercó a él y, apoyándose en una piedra, se refrescó la nuca. El profesor colocó la jaula en el suelo y extrajo una paloma. Tras dejarla libre, el ave emprendió el vuelo por encima de las copas de los árboles, dirigiéndose hacia el este. De repente, y sin motivo aparente, realizó un giro brusco en el aire y, extendiendo las alas por completo, planeó varios metros para luego caer en picado y desaparecer entre un conjunto de pinos situados a una distancia aproximada de dos kilómetros.

— ¡Por allí! —señaló el profesor Ribas.

Tras recoger la jaula se encaminaron en dirección hacia donde la paloma había desaparecido. Alex seguía al profesor a dos pasos de distancia. Todavía tenía cierto recelo a que el plan del profesor funcionara. Cuando se paraba a pensarlo detenidamente, toda esta historia le parecía una completa locura. A cualquiera que le contara la línea de investigación que estaba siguiendo, creería que se estaría riendo de él; estaba buscando unas chicas de origen judío que habían desaparecido al pasar a una nueva dimensión, abducidas presuntamente por una inteligencia extraterrestre, y la única forma de dar con ellas dependía de la decisión de unas palomas. Lo dicho, una completa locura.

El profesor volvió a colocar la jaula en el suelo y sacó la segunda paloma. Esta vez, el ave no sobrepasó la copa de los árboles, sino que voló a unos tres metros de altura del suelo, para luego desaparecer tras un conjunto de arbustos.

—Creo que estamos cerca —dijo el profesor.

Con paso ligero se dirigieron hacia donde la paloma había desaparecido. Tras sobrepasar los arbustos contemplaron una inmensa zona boscosa poblada de innumerables pinos que impedían el paso da la escasa luz

que quedaba del atardecer. Solamente algunos rayos de sol se colaban entre el denso follaje de las ramas, como si fueran focos de luz anunciando un gran espectáculo.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Alex.

—Tiene que estar por aquí. Lo presiento.

La verdad es que Alex también notaba algo extraño en aquel lugar. El silencio era sobrecogedor. Ya no se oía el trinar de los pájaros ni el zumbido de los insectos. Si no fuera porque podía escuchar la profunda respiración del profesor a su lado, hubiera pensado que se había quedado sordo. Incluso el viento se había detenido por completo. Ya no sentía esa ligera brisa impregnada del suave olor a tierra seca y resina que les había acompañado durante todo el camino. ¡Sí!, su compañero tenía razón; había algo diferente en aquel lugar.

El profesor decidió sacar la última paloma que quedaba en la jaula y, después de besarla en la cabeza, extendió las manos y la liberó. El ave voló en línea recta varios metros, entre los gruesos troncos cobrizos de los pinos. No se había desplazado ni veinte metros cuando la paloma desapareció como por arte de magia, y nunca mejor dicho, delante de sus propios ojos. Fue como si el bosque la hubiera engullido. Alex y el profesor se dirigieron al punto donde había tenido lugar la volatilización del animal.

— ¿Qué coño es eso? —dijo Alex, señalando una especie de diminuto remolino que se desplazaba lentamente deformando el espacio a su alrededor.

—Es lo que estábamos buscando —concretó el profesor—. El vórtice de entrada. ¡Observe!

Tras coger una piedra del suelo, la lanzó hacia la pequeña espiral.

— ¡Se la ha tragado! —exclamó Alex.

El profesor apoyó la mano sobre el hombro de Alex y con una mirada, que mostraba el orgullo de alguien que había logrado su meta en la vida, sonrió sin poder evitar que una lágrima recorriera su rostro.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo el profesor.

—Está... usted seguro de lo que vamos a hacer.

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

—Entonces... usted primero, por favor.

El profesor levantó el brazo con el dedo índice extendido y lo introdujo en la espiral, que se agrandó haciéndolo desaparecer. Volvió a sacar la mano y le enseñó el dedo a Alex.

—Todavía lo tengo aquí —rió el profesor.

— ¡Un momento!... —dijo Alex— ¿Cómo volveremos a esta dimensión?

El profesor dudó durante un momento.

—No lo sé —admitió finalmente—. Es algo en lo que no había pensado. Pero no tenemos más tiempo. Si no entramos ahora, el vórtice desaparecerá y no tendremos otra oportunidad. Es ahora o nunca.

Alex sabía que el profesor tenía toda la razón. Después de tres meses de desesperación, ahora no podía dudar. El momento determinante había llegado. Si tomaba la opción de no seguir, volvería a estar en el punto de partida de la investigación. Todo lo que había descubierto no serviría de nada, simplemente por la única razón de que nadie iba a creer en su historia. Ni Alex mismo podía creer en ella, pero por muy fantástica que pareciera, no cabía discusión alguna. La prueba de que todo lo que el profesor le había contado era cierto lo tenía ante sus propios ojos. La decisión estaba tomada. Así pues simplemente asintió y le ofreció su mano al profesor.

—A la de tres —dijo el profesor.

— ¿Sabe a qué me recuerda esto? —dijo Alex.

—Una...

—A la primera vez que me tiré al agua desde las rocas de Cala Morlanda con mi amigo Toni...

—...dos... — prosiguió el profesor.

—.... Todo el rato me preguntaba que pasaría después de atravesar la superficie del agua.

—... y tres.

En menos de un segundo la espiral engulló a Alex y al profesor, igual que había hecho con la paloma y la piedra.

Capítulo 30

La primera sensación que le sobrevino a Alex fue un terrible dolor de cabeza. El mareo fue tan intenso que tuvo que tirarse a tierra para no perder el equilibrio y lesionarse en una más que probable caída. Postrado de rodillas y apoyándose con las manos en el suelo, alzó la vista buscando al profesor. Lo divisó a tres metros de distancia, en su misma posición, sólo que vomitando un líquido amarillento que despedía un fuerte olor a bilis. Poco a poco, el bosque dejó de danzar dentro de su cabeza y Alex pudo incorporarse de nuevo.

— ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Alex, dirigiéndose a su compañero, que aún estaba a cuatro patas sobre el suelo escupiendo para quitarse el mal sabor de boca.

—Ya estoy un poco mejor —admitió el profesor Ribas, sin estar muy seguro de que fuera cierto.

Alex observó el paisaje a su alrededor. Ya no se encontraban en el bosque, sino en un espacio diferente. La vegetación no era tan abundante. Casi todo el terreno estaba cubierto de grandes rocas incrustadas en el suelo recubiertas por un manto de moho escamoso y cetrino. El resto de del terreno estaba plagado de hierba de un palmo de altura y algunos helechos algo más elevados, así como de abundantes arbustos de romero y brezo. A un centenar de metros, se alzaba lo que parecía ser un encinar que discurría sobre la falda de una pequeña colina. Alex no podía distinguirlo muy bien, ya que a partir de cierta distancia el paisaje se volvía borroso y por más que intentaba afinar la vista era imposible enfocar bien la imagen. Alex recordó la grabación con la declaración de Lorenzo Cortés en la que afirmaba que cuando su hija desapareció, o mejor dicho, cuando se la llevaron, “*el bosque se volvió borroso a su alrededor y la cabeza comenzó a dolerle*”. La situación parecía la misma. Sin embargo, había algo en aquel entorno que destacaba sobre todo lo demás. El cielo había tomado una tonalidad verdosa acompañada de una especie de luminiscencia esmeralda que sólo se podía visualizar, por lo que Alex sabía, en ciertas zonas del extremo norte terrestre.

— ¿No es eso....

—La aurora boreal —interrumpió el profesor—. Aunque en el hemisferio

sur la llaman Aurora austral.

— ¿Una aurora boreal en Mallorca? Pero eso es imposible ¿No?

— ¿Después de lo que hemos visto, todavía se extraña usted de algo? —rió el profesor—. Las auroras se producen cuando la radiación cósmica choca con la magnetosfera de la Tierra.

— ¿La magnetosfera?

—Es una especie de gigantesca capa que rodea la Tierra. Está formada por el campo magnético que genera el núcleo de nuestro planeta y que parte de los dos polos. Vendría a ser como un gigantesco escudo que nos protege de los vientos solares. Y tiene usted razón. Estos fenómenos atmosféricos son típicos de las zonas polares. Pero en esta dimensión la fuerza electromagnética generada fluye con más fuerza en la atmosfera. Es por eso que hemos sufrido los mareos y vómitos, hasta que nuestros cuerpos se han adaptado a la nueva situación. Vendría a ser el mismo efecto que se produce cuando realizamos la descompresión al bucear. Era algo con lo que ya contaba. Seguro que se habrá dado cuenta de que no podemos enfocar la imagen más allá de unos metros. Ello es debido a la gran cantidad de energía que se desprende alrededor. Tranquilícese teniente, no necesita usted gafas.

— ¿Usted ya sabía lo que nos íbamos a encontrar a este lado?

—Bueno. Lo suponía. Tenga en cuenta que para generar la puerta de entrada a una nueva dimensión hace falta una gran cantidad de energía electromagnética, y en nuestra dimensión la fuerza generada por los polos es muy débil. Si el campo magnético no fuera tan intenso en este lado, cualquiera que hubiera intentado provocar la intersección entre nuestra dimensión y la que nos encontramos ahora, no hubiera podido realizar la conexión. Ahora sabemos que la obertura se hizo desde este lado. Nos falta saber ¿cómo? y lo más importante ¿Quién?

— ¡Vale! Entendido. Usted sigue con su objetivo, pero el mío sigue siendo saber qué ha pasado con esas chicas. Así que... ¿Dónde nos encontramos ahora? Y no menos importante ¿Qué camino seguimos?

—Por la flora que nos rodea, puedo suponer que no nos hemos movido de la sierra de Tramuntana. Observe la vegetación, es la típica de la zona. Creo sin embargo que nos hemos desplazado más al norte. Estoy seguro que tras la montaña que tenemos a nuestra izquierda se encuentra el mar mediterráneo. En cuanto a la dirección que debemos tomar, fíjese usted en el suelo, justo alrededor de sus pies.

Alex bajó la vista y observó como pequeñas partículas de tierra

alrededor de sus zapatos, vibraban descontroladamente alejándose de su presencia.

—Al parecer —prosiguió el profesor—, nuestros cuerpos están cargados con una polaridad igual a la del terreno, por lo que las líneas de fuerza magnética se alejan de nuestro cuerpo. Lo extraño es que lo hacen de forma caótica.

El profesor metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo una brújula que mostró a Alex.

— ¡Observe! —dijo el profesor.

La aguja de la brújula giraba descontroladamente en un sentido y otro. Sólo de vez en cuando se paraba para indicar, durante dos o tres segundos, la misma dirección.

—El campo magnético fluye por momentos en ese sentido. Ahí se debe encontrar el núcleo que lo genera —concretó el profesor.

—Es decir, que hemos de subir esa colina.

—Exacto.

A Alex, la borrosa visión de aquella colina poblada de encinas, le recordaba los cuadros de Van Gogh, donde los colores vivos brillaban con intensidad, formando una mezcla de trazos imperfectos que en su totalidad transmitían una sensación más calmada de la realidad. A medida que avanzaban sobre el terreno Alex se dio cuenta de varias cosas: Los sonidos se notaban ahogados, como si provinieran de ecos lejanos que golpearan con delicadeza sus tímpanos. Incluso las pisadas sobre el terreno pedregoso por el que caminaban se percibían como susurros apagados. Por otro lado, no podía advertir olor alguno. No se sentía ni la más ligera brisa a su alrededor, lo que podría influir sin duda en la nula percepción de cualquier tipo de olor. El profesor estaba en lo cierto cuando dedujo que los sentidos del ser humano no estaban preparados para percibir sensaciones en dimensiones ubicadas en estratos más altos.

No tardaron más de media hora en recorrer la falda de la colina hasta llegar a la cima. Desde allí se podía divisar un mundo de acuarelas, con tonalidades ocres y aturquesadas que formaban un bello paisaje bucólico. Frente a ellos el encinar seguía extendiéndose sobre el terreno. Más allá del bosque, una ligera capa de niebla se extendía sobre la pendiente de una montaña que parecía encumbrarse hasta el infinito cielo esmeralda. A media altura se podía entrever lo que parecía un pequeño poblado de casas aisladas que, envuelto por la bruma, adquiría un aspecto sobrecogedor.

— ¡Biniamer! —exclamó el profesor.

Alex y el profesor prosiguieron el camino atravesando el silencioso bosque de encinas hasta llegar a una explanada donde un conjunto de rocas rectangulares, talladas toscamente y ordenadas en columnas de forma casi milimétrica, parecían emerger del frío suelo entre un velo blanquecino de neblina.

— ¡Parecen lápidas! —dijo Alex.

Con precaución el profesor se agachó junto a una de las rocas, bordeando el montículo de tierra que había ante ella, y la observó con detenimiento,

—Tiene toda la razón, teniente. Estamos ante un cementerio.

—No tengo conocimiento de que en plena montaña de la Tramuntana exista ningún tipo de cementerio.

—Y no lo hay, teniente. Pero recuerde que ya no estamos en nuestra dimensión. El espacio por dónde nos movemos, es el mismo en ambas dimensiones. Pero todo lo que haga usted aquí, no tendrá repercusión en la otra realidad, e igualmente al revés. Si ahora usted construyera una casa en este espacio, no existiría al otro lado. Es como si fueran dos mundos que aprovechan la misma estructura, pero que siguen caminos diferentes.

— ¿Qué son esos signos grabados en la roca?

—Es escritura hebrea.

— ¿Estamos ante un cementerio judío?

—Eso me temo, teniente. Fíjese en las pequeñas piedras que se encuentran sobre las tumbas. En algunas comunidades judías era costumbre dejarlas durante las posteriores visitas al fallecido en señal de duelo.

—Probablemente los signos grabados en la roca indiquen el nombre de la persona que esté enterrada en ella —supuso Alex, acercándose a otra de las tumbas.

—Debe haber más de cincuenta lápidas —observó el profesor— ¿Cree usted que... las chicas de la lista puedan estar enterradas aquí?

—Realmente no lo sé —admitió Alex—. Son muchas tumbas, y la desaparición de la primera chica a la que se hace referencia en nuestra lista data de 1.916.

— ¿Quiere decir que anteriormente a esa fecha también pudieran haber ocurrido más desapariciones con las mismas características?

—No podemos descartar esa posibilidad. Si fuera así, se reafirmaría nuestra hipótesis de que el causante de las desapariciones no pueda ser una única

persona. No podría coexistir en un periodo de tiempo tan extenso.

—Posiblemente tenga usted razón. Pero hemos de tener en cuenta que nos encontramos en una dimensión donde las leyes físicas de nuestro mundo podrían no tener validez.

— ¿A qué se refiere?

—Todavía no estoy muy seguro. Pero creo que...no sé —dudó el profesor mirando a su alrededor.

—Yo si que estoy seguro de una cosa —dijo Alex—. Quienquiera que haya enterrado a todas estas personas ha estado aquí recientemente.

— ¿Por qué lo dice?

—Mire estas piedras sobre la tumba —Alex cogió una de ellas y, tras incorporarse, se la lanzó al profesor— ¡Observe! Está completamente limpia, sin una mota de polvo, a diferencia de las demás. Alguien la ha dejado recientemente.

Capítulo 31

No era la primera vez que había contemplado aquel cielo esmeralda adornado por serpentinas de colores que parecían deslizarse en un mar infinito de luces. Ana ya había estado en ese mismo lugar en sus sueños, aunque no con la misma sensación de realidad que la que estaba sintiendo en ese mismo instante. Pero ¿y si no hubiera sido un sueño? ¿Y si en realidad ya había estado en aquel lugar? Porque sino, ¿cómo iba a reconocer con detalle aquel sendero cubierto por una alfombra de niebla por el que ahora estaba caminando, o aquellos arbustos adornados de flores nívicas y malvas que crecían a los lados del camino? Y si entre todas las cosas extraordinarias que podía hacer, estaba la de poder realizar viajes astrales.

Ana siempre había tenido sensaciones y visiones premonitorias sin conocer la causa que las provocaba. Cuando era pequeña, se manifestaban a través de los sueños. Todavía recordaba aquellas terroríficas pesadillas en mitad de la noche, que le producían auténtico pánico. La pediatra lo calificó como terrores nocturnos, muy común en niños de su edad que acreditaban acumulación de estrés. Lo que no sabía la pediatra era que aquellas horribles pesadillas llegaban a cumplirse en la realidad. Ana no podía apartar de su mente las repetidas discusiones que tenían sus padres por no saber como afrontar la situación, y ella se sentía culpable por ello. Alex y María temían que si contaban lo que le pasaba a su hija, la utilizaran como conejillo de indias para estudiarla. Viendo la inquietud que les causaba a sus padres aquella situación, Ana decidió que no volvería a molestarles con “su problema”. Intentaría mantenerlo en secreto, afrontando sus miedos ella sola. Así que decidió que por nada del mundo volvería a llamar a sus padres en mitad de la noche. Con el tiempo aprendió a convivir con “su problema”, incluso a controlarlo, hasta tal punto que sus padres pensaron que todo había acabado. Pero cuando Alba desapareció volvieron las pesadillas. Ana pensó que quizá, subconscientemente, ella misma las había ocasionado. Hacía tres meses que su compañera de clase había desaparecido y la investigación no progresaba en absoluto. Su padre estaba a cargo del caso y cada noche regresaba abatido a casa y con la sensación de encontrarse dentro de un laberinto sin salida. Todo se complicó todavía más cuando se anunció la

cancelación de la búsqueda y el cese de la investigación. No podía quedarse de brazos cruzados sin hacer nada, así que tomó la decisión ayudar a su manera. Decidió que les contaría a sus padres las visiones que había tenido. Visiones en las que aparecía Alba retenida dentro de una casa por una especie de gigantesca sombra; la misma sombra que había matado a Pedro y que también había intentado acabar con ella. Por suerte logró escapar de sus garras, aunque le había costado varias magulladuras y una gran herida en el brazo derecho.

Ana se arremangó con cuidado la camisa para observar el estado en que se encontraba la herida. La sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que la alargada brecha que se extendía a lo largo de su brazo estaba totalmente cicatrizada. Era imposible que aquello hubiera podido ocurrir. No hacía ni media hora que aquel corte estaba sangrando en abundancia; la destrozada manga de su camisa llena de sangre era muestra de ello. Se tocó la cicatriz y no notó ningún dolor. Posiblemente aquel lugar donde se encontraba fuera la causa de tan repentina curación.

Ana siguió avanzando por aquel sendero neblinoso, observando su entorno con precaución. Aunque la vista se tornaba borrosa a escasos metros, podía ver perfectamente el terreno que le rodeaba. Miró detrás de ella y vio que nadie la seguía. Había logrado despistar a la sombra. Ahora, sólo tenía que seguir su intuición, que le decía que cada vez estaba más cerca de Alba. Tras sobrepasar un tramo del camino protegido por un conjunto de ramas, que formaban una especie de gigantesca guirnalda, Ana vislumbró una pequeña aldea formada por algo más de una docena de casas, la mayoría de las cuales estaban medio derruidas. Solamente un par de ellas conservaban a duras penas el tejado, que estaba completamente cubierto de hierba seca y ramas, dando una sensación de completo abandono.

Un murmullo de voces llamó la atención de Ana. A lo lejos, pudo ver la borrosa silueta de dos personas, surgiendo del bosque que se iniciaba a los pies de la pequeña aldea. Ana se escondió entre la maleza para no ser vista.

Capítulo 32

El aspecto de aquel lugar era desolador. La mayoría de las casas estaban destruidas. El musgo y las malas hierbas se habían adueñado de un espacio que alguna vez debió de estar habitado, pero en el que ahora no quedaba ni un solo rastro de vida. Solamente la ligera niebla, que envolvía los muros derruidos, y el sepulcral silencio hacían acto de presencia en Biniamer.

Alex avanzó con paso firme entre las ruinas, buscando algún indicio que pudiera justificar su presencia en aquel extraño paraje, pero lo único que podía encontrar era destrucción y soledad a su alrededor.

— ¿Qué se supone que debemos encontrar aquí? —dijo Alex desilusionado.

El profesor Ribas siguió rastreando entre los escombros sin atender a la pregunta de su compañero.

—Todas las casas conservan los enseres —prosiguió Alex—. Las personas que vivían aquí se marcharon sin llevarse nada. Sea lo que fuere lo que pasó, les debió de coger desprevenidos.

Siguieron caminando entre el devastado entorno que les rodeaba, con la esperanza de encontrar algo que les indicase cual debía ser el siguiente paso que dar. Al llegar al término de la aldea, observaron una explanada del tamaño de un campo de fútbol, totalmente despejada de vegetación, que se extendía hasta llegar a una pequeña casa situada al final de la misma. A pesar de que no podían enfocarla perfectamente, si podían distinguir que, al contrario que las otras, ésta se encontraba en bastante mejor estado. Alex y el profesor se miraron mutuamente y, sin pronunciar una sola palabra, se dirigieron hacia ella. Mientras avanzaban a través del terreno, la imagen de la casa se iba tornando más nítida. Aunque parecía estar deteriorada por el paso del tiempo, todavía conservaba puertas y ventanas. Cuando llegaron ante el umbral de la entrada, Alex sacó su arma e hizo un gesto al profesor para que se apartara a un lado. La puerta no tenía pomo ni cerradura exterior, así que Alex simplemente apoyó su mano para comprobar si estaba cerrada por dentro. Al contrario de lo esperado, se abrió sin ofrecer resistencia. Alex entró apuntando con su arma hacia el frente.

Aunque la casa permanecía casi a oscuras, Alex pudo comprobar que estaba formada por una única habitación de forma rectangular. En el centro

de la estancia se distinguía la silueta de una mesa rodeada de varias sillas. Al parecer no había nadie allí dentro. En el ala izquierda, una puerta daba paso a lo que posiblemente fuera una nueva habitación.

—Espere aquí fuera hasta que compruebe que está todo correcto —susurró Alex.

El profesor Ribas asintió y se hizo a un lado. Alex se dirigió hacia la puerta del final de la habitación. Al igual que la puerta principal, tampoco disponía de pomo ni cerradura. Alex la empujó hacia dentro y la puerta cedió mostrando lo que parecía ser un pequeño establo de apenas diez metros cuadrados. El techo de aquel minúsculo recinto estaba formado por cuatro troncos, que ejercían de vigas, entrecruzados con ramajes y una mezcla de barro y arcilla. El suelo, al contrario que el de la habitación principal que estaba hecho con piedra resquebrajada y cal, era parte del mismo terreno exterior, sólo que aplanado hasta conseguir una complexión maciza. Una pequeña obertura en una de las paredes, de apenas un metro de altura, daba salida al exterior.

Alex volvió sobre sus pasos y cerró la puerta, entrando de nuevo en la habitación principal. Ya se disponía a avisar al profesor Ribas para que entrara en la casa cuando el corazón le dio un vuelco. Junto a la pared, tumbado sobre el suelo, distinguió el cuerpo de una persona. Al entrar en la casa no lo pudo ver porque la mesa y las sillas que estaban en el centro de la habitación lo habían ocultado. Alex guardó su arma y, indicando al profesor que entrara, se acercó a toda prisa hasta aquella persona que permanecía tendida en el suelo sin mover un solo músculo. Tras arrodillarse a su lado pudo ver que se trataba de una mujer.

— ¡Dios mío! Es Alba —exclamó Alex, que enseguida apoyó dos dedos sobre la yugular de su cuello.

Alba tenía el aspecto muy demacrado. Su cara estaba pálida y Alex se temió lo peor.

— ¿Está viva? —preguntó el profesor.

—Sí. Menos mal. Pero... ¿Qué lleva puesto?

—Parece un sambenito. Como el que le ponían a los judíos antiguamente cuando iban a ser ajusticiados.

Alba pareció recobrar el conocimiento y, tras abrir ligeramente los ojos, se arrastró asustada hacia un lado, zafándose de Alex.

—Nooo —gritó aterrorizada—. Déjame. ¡No me toques!

Alex se dio cuenta de que estaba sujeta a una cadena por el tobillo.

—Tranquila —la calmó—. Hemos venido a sacarte de aquí.

Alba miró con detenimiento el rostro de Alex.

—Tú...tú eres el padre de Ana.

—Sí. Han sido tres largos meses, pero al final te hemos encontrado.

— ¡Tres...meses! —susurró Alba extrañada— ¿Llevo tanto tiempo aquí?

—Así es Alba —confirmó Alex—. No te preocupes. Es normal que hayas perdido la noción del tiempo. Pero ya ha acabado todo. Te quitaré esa cadena. ¿Crees que podrás caminar?

En vez de contestar, Alba alzó la vista y miró por encima del hombro de Alex. Su rostro se desfiguró por completo. El miedo que se reflejó en su mirada fue prueba más que suficiente de que alguien se encontraba tras ellos. Alex y el profesor se giraron al unísono. Ante ellos se hallaba un hombre de gran tamaño, observándolos en silencio. Alex calculó que debía medir más de dos metros de altura, pues casi alcanzaba a tocar el techo con la cabeza. Su cuerpo era de complexión recia y su aspecto era salvaje. El rostro permanecía casi oculto por la desaliñada cabellera que se prolongaba más allá de los hombros, aunque no impedía distinguir con bastante claridad la larga cicatriz que recorría su mejilla izquierda. Tanto los brazos como las piernas estaban repletos de abundante pelo y andaba descalzo. Al igual que Alba, vestía un sambenito sujeto a la cintura por una vieja cuerda de esparto, aunque adornado con una gran cruz negra rodeada de fuego.

El profesor Ribas, que estaba agachado junto a Alex, se incorporó y se acercó a él con precaución, asombrado por las dimensiones de aquel extraño personaje.

—Profesor...

—Tranquilo teniente —le interrumpió el profesor—. Este es el momento que estaba esperando.

— ¿De qué está hablando? —preguntó Alex, sin entender las palabras del profesor.

— ¿No lo ve? —dijo el profesor reflejando satisfacción en su rostro—. El cementerio que vimos antes, este lugar, la desorientación de Alba. Todo es verdad. La leyenda de Biniamer es real. Y ahora... tenemos un testigo presencial de lo que ocurrió entonces.

— ¿Se ha vuelto usted loco? —dijo Alex.

Con un rápido e inesperado movimiento, aquel enorme ser agarró al profesor del cuello. Como si fuera un muñeco de trapo, lo elevó del suelo sin ningún esfuerzo. Su enorme mano, que rodeaba por completo el cuello del

profesor, se cerró provocando un ahogado crujido en la estancia, como el de una rama seca al quebrarse. Cuando el profesor cayó sobre el suelo, su consciencia ya había abandonado este mundo.

Todo ocurrió en menos de tres segundos, los suficientes para que Alex pudiera sacar su arma y apuntar al asesino de su compañero. Con una agilidad que nadie hubiera podido suponer en un hombre de aquella envergadura, el gigante cerró su mano sobre la de Alex, aplastando falanges y carpianos contra el frío acero de su arma. El dolor fue insoportable y Alex no pudo evitar lanzar un grito agónico que se mezcló con los aterradores chillidos de Alba. Con un brusco giro de su brazo, el gigante lanzó a Alex por encima de la mesa con tal fuerza que, tras rebotar encima de ella, aterrizó sobre el suelo volcando varias sillas hasta chocar contra la pared. El tremendo golpe recibido dejó a Alex sin respiración por un instante. Tras mirarse la retorcida mano, comprobó como los nudillos estaban abiertos y ensangrentados, mostrando una hinchazón azulada que no auguraba nada bueno. Por primera vez pudo oír el rugido de aquella bestia que lanzó la mesa contra la pared de un manotazo. Sin posibilidad de defenderse, Alex observó como la muerte se acercaba hasta él entre gruñidos y resuellos. Hoy era ya la segunda vez que se encontraba con ella cara a cara, pero esta vez ya no estaría el profesor Ribas para salvarle. En ese momento recordó que se había quedado con el arma de su atacante en el hostel. Sin perder un momento, introdujo la mano que todavía podía utilizar en el bolsillo interior de su chaqueta y apuntó con la pistola en dirección a la bestia, que ya se encontraba a dos pasos de él. No había tiempo de comprobar si el seguro estaba puesto o no, así que disparó a bocajarro con la esperanza de que el arma tuviera suficiente munición para detener a su atacante. La primera bala alcanzó en el hombro a la bestia, que se detuvo tras notar como un pequeño agujonazo se había introducido en su cuerpo. En un principio notó un dolor leve, pero poco a poco se fue haciendo más intenso. Lleno de rabia, y con los brazos extendidos al frente, volvió a cargar contra Alex, que dándose cuenta de que no se la podía jugar de nuevo, descargó su arma por completo. Fueron tres disparos: el primero se hundió en el pecho de aquella mole, el segundo le atravesó el cuello y el último, y más certero, le perforó el ojo izquierdo. Alex había apuntado lo más alto posible, para evitar que alguna bala perdida pudiera herir a Alba, que no había parado de chillar en ningún momento. La bestia exhaló su último soplo de vida y cayó de bruces encima de Alex. Tras apartarlo a un lado y recuperar el aliento, Alex se dirigió hacia donde se

encontraba Alba. Junto a ella, el profesor Ribas permanecía inerte sobre el suelo con la mirada perdida en el techo. Después de comprobar que estaba muerto, se quitó la chaqueta con sumo cuidado, ayudándose con su única mano sana. No pudo reprimir un gemido de dolor al extraer la manga por la mano lesionada. Tras colocar la chaqueta sobre el profesor buscó la forma de abrir la argolla que rodeaba el tobillo de Alba, que estaba algo más calmada, aunque no dejaba de respirar aceleradamente.

—Tiene que haber algo con lo que podamos abrir la argolla —dijo Alex.

—No me deje aquí, por favor —lloró Alba.

—Por nada del mundo —aseguró Alex— ¡Espera un momento!

Alex regresó donde había caído aquel corpulento ser y comenzó a registrarlo. Sujeto a la cuerda de esparto que rodeaba su gruesa cintura, encontró un fino punzón de hierro. Alex se hizo con él y volvió con Alba. Tras comprobar que el grillete tenía una pequeña bisagra atravesada por un eje interior, Alex introdujo el punzón por la obertura superior ejerciendo presión. El pasador salió por el lado contrario y el grillete se abrió liberando a Alba.

—Ya está —dijo Alex—. Ya ha acabado todo.

Como salido de la nada, un potente haz de luz que penetró a través del umbral de la puerta, se extendió por toda la habitación, tiñendo las paredes de un color verde fluorescente.

—No —dijo Alba, mientras sus ojos se sumergían en un mar de aguas oscuras—. Aún no ha terminado. Ahora llega lo peor.

Capítulo 33

Alex sujetó a Alba con fuerza por la cintura y, sin perder tiempo, se dirigió hasta la puerta del final de la habitación, alejándose de aquella extraña fuente de luz que cada vez se acercaba más hacia la casa. Alba parecía muy débil y caminaba con la misma dificultad que una persona en estado de embriaguez. Lo que más preocupaba a Alex era la tonalidad oscura que habían adquirido sus ojos, seguro que aquello no era buena señal. Aunque intentaba por todos los medios que Alba se mantuviera lúcida, ella se comportaba como si estuviera hipnotizada y su voluntad hubiera sido anulada. Alex abrió la puerta de una patada y entraron en el minúsculo establo. Seguidamente salieron al exterior de la casa a través de la pequeña obertura que había en la pared. Fuera lo que fuese aquella energía, parecía influir negativamente en Alba, así que lo mejor sería marcharse de allí lo más rápido posible. Después de alejarse varios metros, Alex volvió la vista atrás y pudo comprobar como la fuente de energía, de la que emanaba aquel potente resplandor, ya había entrado dentro de la casa. Agujas de luz verde salían despedidas en todas direcciones a través de las rendijas de las puertas y ventanas

Cuando ya habían recorrido la mitad de aquella explanada, intentando llegar hasta las ruinas de Biniamer, algo los empujó con violencia, haciéndoles caer sobre el terreno húmedo.

— ¡Vaya! Parece ser que volvemos a encontrarnos.

Alex alzó la vista y pudo ver a la misma persona que le había atacado en el hostel aquella misma tarde. Concentrado en alejarse de aquel extraño haz de luz, no se había percatado de la presencia de su agresor, que les encañonaba con una pistola.

— ¿Dónde está tu amigo el profesor? —preguntó aquel hombre esgrimiendo una perversa sonrisa—. El muy imbécil se creía que nos habíamos tragado su falso asesinato. Llevamos años vigilandolo. Le dejamos vivir porque quizás en algún momento nos podría haber hecho falta sus servicios y, mientras no volviera a meter las narices en nuestros asuntos, no tenía porque sufrir ningún accidente. Todo iba perfecto hasta que apareciste tú, estropeándolo todo.

— ¿Quién cojones eres? —dijo Alex, protegiendo con su cuerpo a Alba.

—Yo soy el hijo puta que te va a meter un piercing justo en el centro de la frente — rió mostrándole el arma.

— ¿Por qué hacéis esto? —preguntó Alex, intentando ganar tiempo para encontrar una forma de librarse de su atacante.

— ¿Qué por qué... ¿Tú has visto dónde te encuentras, tío? —dijo alzando los brazos y mirando a su alrededor— ¿Sabes lo que significaría poder controlar este lugar? El imbécil de tu amigo el profesor ignoró las grandes posibilidades que nos brindaba este hallazgo. Él sólo buscaba la manera en que este descubrimiento podía ayudar a la humanidad. ¿Qué pretendía, que le dieran un premio Nobel? Creyó que podría explicar al mundo la existencia de este sitio. Quería que todos participaran de algo que nos había costado décadas de sacrificio y esfuerzo. Pero el descubrimiento era nuestro, sólo nuestro.

—Sé lo que pretendíais hacer con este lugar. El profesor me lo contó todo. Sois igual que los grandes locos que creyeron salvar el mundo, pero que lo único que consiguieron fue provocar dolor y muerte. Por eso antepusisteis la vida de esas chicas a vuestros intereses personales. Y lo peor de todo es que sabíais lo que pasaba con ellas; dónde estaban y como rescatarlas. Y aún así las dejasteis abandonadas.

—Era un mal menor. Lo que se llaman daños colaterales —rió aquel hombre—. Crees que después de tantos años de trabajo, íbamos a dejar que todo se fuera al traste por culpa de cuatro “niñatas” de mierda. Además, no se podía hacer nada por ellas. Una vez que eran abducidas y arrastradas a este lugar, no llegaban a sobrevivir más de una semana.

—Pues estabais equivocados, porque Alba lleva tres meses en este lugar y sigue viva.

Aquel hombre miró desconcertado a Alex, como si hubiera dicho un disparate. Después emitió una sonora carcajada.

— ¡Vaya! Parece ser que tú amigo el profesor no te lo ha contado todo.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Alex.

Un gran rugido, proveniente de la vivienda que Alex y Alba acababan de abandonar, se extendió como un eco interminable sobre aquel lugar. Cuando Alex dirigió la mirada hacia la casa, no pudo evitar que su cuerpo se estremeciera ante lo que sus propios ojos le estaban revelando.

— ¿Qué cojones es...eso? —dijo Alex boquiabierto.

Ante la puerta de entrada se encontraba un ser extraño rodeado de un halo de luz verdoso que parecía emanar de su propio cuerpo. Aunque tenía

apariencia humana y se mantenía erguido sobre sus extremidades inferiores, alcanzando más de dos metros de altura, su aspecto se asemejaba más al de un animal esquelético, aunque con una musculatura fibrosa y compacta. Sus alargados brazos, que acababan en tres apéndices con grandes garras, eran desproporcionados al resto de su cuerpo y casi tocaban en el suelo. Pese a su estrambótico aspecto, lo que más llamaba la atención era su cráneo, que se extendía hacia atrás como si fuera un casco, y sobretodo aquellos profundos ojos oscuros que parecían no tener vida. Junto a él, extendido en el suelo, se encontraba el gigante que les había atacado en la casa.

— ¿Ves a lo que me refiero, teniente? —dijo el hombre que empuñó su arma apuntando hacia aquel ser luminoso— ¿Crees que el mundo estaría preparado para esto?

Como si intuyera sus intenciones, aquel extraño ser de luz se inclinó hacia delante y, flexionando las piernas, adoptó la postura de ataque de un gran felino. Su cuerpo comenzó a transformarse, modificando su estructura para adaptarse a la nueva situación. Parecía la máquina perfecta de combate; aquello por lo que la “organización” había sacrificado vidas inocentes. Viendo la mutación en el cuerpo de aquel ente, Alex reconoció que no podía pertenecer a este mundo.

Con una agilidad fuera de lo normal, el alienígena comenzó a correr hacia su adversario, que disparó su arma repetidamente. A medida que avanzaba, dando saltos de un lado a otro para esquivar las balas, su cuerpo seguía cambiando de forma. Una especie de hoja afilada comenzó a emerger de su espalda extendiéndose como un apéndice más de su cuerpo. Finalmente sobrepasó de largo a su atacante, que permaneció inmóvil apuntando hacia el frente. No fueron más de dos segundos los que tardó el rostro de aquel hombre en tocar el suelo; sus piernas lo hicieron tres segundos más tarde.

Alex escudriñó alrededor suyo intentando localizar al alienígena. Después de comprobar que no estaba cerca, se dispuso a abandonar aquel lugar junto a Alba. Aunque Alex todavía no sabía muy bien como iban volver a casa, si tenía claro que retornarían al punto de partida inicial. Pensó que quizá el vórtice estaría todavía abierto en el mismo sitio por el que accedieron a esta dimensión. Alba seguía en estado de semiinconsciencia, por lo que Alex tendría que volver a cargar con ella, a pesar de los dolores punzantes que soportaba por la paliza que le había propinado el gigante dentro de la casa. Ya había agarrado a Alba, dispuesto a seguir con su plan, cuando se topó de frente con el alienígena. Una fuerte presión les volvió a lanzar a

ambos sobre el terreno. Aunque Alex intentó volver a ponerse en pie, algo se lo impedía. Era como si tuviera encima una roca de cien kilos que presionara su cuerpo con ímpetu contra el suelo. Aquel extraño ser, que volvía a estar erguido sobre sus extremidades inferiores, extrajo de nuevo el mismo apéndice en forma de hoja cortante, sólo que esta vez estaba cubierto por una gran mancha de sangre. Haciendo un último esfuerzo, Alex intentó apartar al Alba de su lado, para que no pereciera ante el inminente ataque, aunque nada le aseguraba que no fuera ella la siguiente víctima después de él.

—Nooooo.

El grito sorprendió a Alex, que vio como alguien se interponía entre él y el alienígena. Cuando pudo ver a la persona que le había protegido, reconoció a su hija.

—¡Ana! —dijo Alex, sin entender como su hija se encontraba en aquel lugar — ¿Cómo... Qué haces tú aquí?

Aunque Alex hizo un tremendo esfuerzo por apartar a Ana de la trayectoria de aquella hoja cortante, la fuerza que le retenía contra el suelo le impidió mover ni un solo músculo.

— ¡Márchate!

Muy lejos de hacer caso a su padre, Ana se mantuvo firme frente a aquel ser de luz. Alex estaba exhausto ante el esfuerzo que estaba realizando para liberarse de la presión que le mantenía anclado a tierra, pero aunque le costara la vida no cedería hasta proteger a su hija de aquel monstruo.

—No les hagas daño —susurró Ana, sin apartar la vista de aquellos ojos oscuros.

Aunque le pareció extraño, Alex creyó ver un atisbo de comprensión en el rostro de aquel ser, que extendió su brazo izquierdo, cubriendo con sus enjutos apéndices, la cabeza de Ana. Fueron momentos de agonía en los que Alex no paraba de retorcerse y gritar el nombre de su hija, pero ni Ana ni el alienígena parecían percatarse de su escandalosa presencia.

La energía de luz verde que emanaba del alienígena, envolvió a Ana, como una bruma espectral. Alex tuvo la sensación de que ambos estuvieran estableciendo algún tipo de comunicación mutua. Durante algo más de diez segundos permanecieron inmóviles, hasta que el alienígena retiró su engarfada mano del rostro de Ana. Dando varios pasos hacia atrás, aquel ser dirigió su mirada al gigante que todavía permanecía inerte en el suelo, junto al umbral de la puerta. Después volvió a mirar a Ana y, tras realizar un gesto, que a Alex le pareció de asentimiento, su cuerpo se fue desvaneciendo como

una de neblina dentro de la burbuja de luz que lo envolvía. Ana permanecía inmóvil frente la esfera flotante de luz verde en que se había convertido el alienígena, que cada vez se iba haciendo más intensa y más grande. La presión que retenía a Alex pegado al suelo desapareció.

La esfera se fue elevando hasta alcanzar gran altura. Su tamaño ya era enorme. Alex calculó que podría llegar a medir unos cuarenta metros de diámetro. Sin perder tiempo agarró a su hija, que parecía absorta ante aquel espectáculo de luz.

—Ana, ¿Te encuentras bien? —preguntó Alex sin dejar de examinar el cuerpo de su hija en busca de alguna herida.

—Estoy bien, papá —dijo Ana, abrazando a su padre.

— ¿Qué te ha pasado en el brazo? —quiso saber Alex, al observar las manchas de sangre sobre la manga desgarrada de su camiseta.

—Me hice un corte profundo, pero se ha curado muy rápido. Ahora no me duele.

La esfera, que seguía sobre ellos, comenzó a emitir múltiples destellos de luz sobre su superficie. Seguidamente se deslizó sobre el terreno, alejándose a gran velocidad. Tras su estela, el suelo se desquebrajó en grietas profundas, provocando un fuerte movimiento de tierras alrededor. Por último, la esfera ejecutó una trayectoria en zig-zag y se elevó sobrevolando el bosque que rodeaba Biniamer, dejando a su paso una cresta de fuego sobre la copa de los árboles, que cubrió por completo todo el área forestal. Durante un instante, la enorme esfera verde permaneció suspendida sobre el bosque en llamas, hasta que un agujero negro irrumpió en medio del cielo esmeralda, que finalmente se disolvió por completo dando lugar a un interminable firmamento nocturno salpicado de estrellas. Como si fuera un relámpago, la esfera se elevó a toda velocidad atravesando un banco de nubes que se dispersó a su paso, para después seguir su trayectoria señalando la infinita oscuridad de la bóveda celeste.

— ¿Dónde estoy? —dijo Alba, que todavía permanecía en el suelo— ¡Ana!
— exclamó con una gran sonrisa al reconocer a su amiga — ¡Al fin me has encontrado!

Los ojos de Alba volvían a tener el color azul que había heredado de su familia materna. Alex y Ana la ayudaron a levantarse y, tambaleándose por los persistentes temblores de tierra, corrieron hacia las derruidas casas de Biniamer. No habían avanzado ni diez metros cuando la ladera de la montaña cedió, creando una avalancha de rocas que sepultaron la aldea.

— ¿Qué hacemos ahora? —gritó Alba.

— ¡Seguidme! —señaló Ana.

Sin perder tiempo, se dirigieron hacia un sendero franqueado por grandes rocas que estaba situado entre la sepultada aldea y el infierno en llamas en que se había convertido el bosque. Mientras corrían, Alex pudo notar el calor del fuego en su piel, y algo más inquietante; el fuerte olor a madera quemada y el claro chasquido que provocaban las llamas al devorar la vegetación. Observando el cielo oscuro y estrellado, a través de la cortina de humo proveniente del incendio, y viendo que sus sentidos habían vuelto a la normalidad, Alex pensó que quizá ya habrían vuelto a su propia dimensión. Posiblemente lo único que había mantenido en pie aquella otra realidad era la presencia del alienígena y, ahora que se había marchado, la barrera entre ambos mundos había desaparecido por completo.

— ¡Mirad! —gritó Alba—. Allí. ¡Son luces!

Múltiples ráfagas de luz, que se encontraban a varios kilómetros de distancia, se prolongaban en la noche cruzándose unas con otras de forma discordante.

—Son linternas —aseguró Alex.

— ¡Sigamos! —gritó Alba.

—Un momento —dijo Ana, agarrando a su amiga del hombro.

— ¿Qué pasa? —preguntó Alba extrañada— No hay tiempo que perder. El camino está despejado. Hemos de llegar a ellos antes de que se vayan.

—Espera Alba —intercedió Alex, que observó como su hija parecía escrutar el terreno con detenimiento, como si estuviera contemplando alguna escena que ellos no podían percibir.

Un enorme tronco cubierto en llamas cayó frente a ellos cerrando el camino. Si no se hubieran detenido, sin duda alguno habría caído sobre ellos.

— ¿Cómo sabías que... —balbuceó Alba.

—Por aquí —le interrumpió Ana.

Los tres se adentraron a través de la espesura del bosque, bajando por una pendiente que todavía permanecía a salvo del fuego. Mientras tanto las llamas seguían extendiéndose sin tregua a su alrededor, devorando todo lo que encontraban a su paso.

Capítulo 34

El incendio forestal estaba afectando a toda la zona del extremo oriental de la sierra de Tramuntana, y aún seguía sin estar controlado. Más de 800 hectáreas de monte bajo, pinares y encinas, estaban siendo arrasadas por un fuego que se resistía a los esfuerzos realizados por más de doscientos efectivos, entre profesionales y voluntarios. La proximidad de las llamas a diversas zonas pobladas había provocado la evacuación de sus habitantes. Teniendo en cuenta la gravedad de la situación el incendio se declaró de nivel 2, por lo que la dirección general del interior tomó el mando de la operación.

El Centro de Coordinación Operativo se había establecido en el polideportivo municipal del pueblo de Lloseta, que estaba próximo a la sierra pero a la vez alejado del incendio. El director al mando de la extinción, de acuerdo con el Analista de incendios, se vio obligado a solicitar la ampliación de efectivos, viendo que el personal de tierra y los medios aéreos de los que disponían no eran suficientes para acabar con el ansia devoradora del fuego. Entre los efectivos movilizados hasta ese momento, se encontraba un grupo de bomberos insulares de Mallorca, que conjuntamente con un destacamento de la Unidad Militar de Emergencias, se habían posicionado en la base ubicada entre Mancor de la Vall y Orient.

—Joder, Jordi —gritó Miquel mientras sujetaba con fuerza la lanza de la manguera—. El fuego se está propagando por convección y tanto la pendiente de la montaña como el viento ascendente no ayudan para nada en su extinción. ¿Viene o no esa ayuda aérea?

—El Jefe de Operaciones hace lo que puede —contestó Jordi—. Ha establecido comunicación con el puesto de mando avanzado. Nos envían un helicóptero Bell 206 cargado de retardante y un bombardero con capacidad de mil quinientos litros desde la base de Son Bonet. Llegarán al punto de descarga en menos de media hora, justo con la salida del sol para tener más visibilidad.

—Demasiado tiempo. Tendremos que colocar uno de los BRP sobre esa llanura — propuso Miquel—. El flanco izquierdo del incendio parece más debilitado. Quizá podamos crear un pasillo en la ladera para atacar la cabeza desde dentro.

—De acuerdo. Buscaré ayuda para crear una línea de ataque directo sobre el lateral.

Jordi se dirigió hacia un grupo de la Unidad Militar de Emergencias que acababa de llegar para ofrecer apoyo al efectivo de bomberos.

— ¿Quién de ustedes está al mando? — preguntó Jordi.

—Sargento Navas de la UME. ¿Cuál es el plan de ataque?

—Vamos a colocar un camión con autobomba en esta zona. Hemos de preparar un tendido de manguera para atacar el flanco izquierdo. Primero utilizaremos el agua para reducir el calor del entorno y aumentar la humedad del combustible que hay sobre el terreno. Después, combatiremos el fuego de suelo con batefuegos y extintores de mochila, de esta manera podremos crear una puerta de entrada para atacar el incendio desde dentro.

—De acuerdo —asintió el sargento Navas— ¿Tienen ustedes alguna avanzadilla apostada en ese flanco?

—No —contestó Jordi—. Este trabajo lo haremos nosotros solos.

—Entonces... ¿Quiénes son aquellos? —dijo el sargento Navas, señalando la zona donde debían actuar.

Jordi afinó la vista a través de la densa columna de humo que se deslizaba sobre la pendiente de la montaña y pudo atisbar lo que parecía ser una silueta humana que se perfilaba vagamente entre las llamas. Jordi estaba seguro que no podía tratarse de ninguno de sus compañeros. Todo el equipo se encontraba en la línea de ataque apostada en la cola del incendio, y cualquier decisión estratégica para combatir el fuego desde otro punto sólo podía ser aprobada por él o por el sargento Miquel. Como si se hubieran materializado desde la nada, dos figuras más aparecieron sobre la ladera de la montaña.

— ¡Dios santo! Son civiles —gritó Jordi—. Están cercados por el fuego. Rápido, no hay tiempo que perder. Hemos de dirigir una columna de agua hacia ellos para facilitarles una salida. ¡Traed la unidad BPR ya!

El camión cisterna se colocó sobre el extremo de la explanada que estaba más alejado del fuego. Mientras uno de los bomberos desenrollaba la manguera para que su compañero la conectara a la lanza, un tercero pinzó un tramo de la misma con las rodillas para evitar que la presión generada por la autobomba dificultara la operación. Una vez empalmados los racores, el punta de lanza dio el visto bueno a su compañero para que liberara la manguera, dejando el último tramo libre para el paso de la presión hasta la boca de salida.

—Coloca la lanza en posición de chorro para que tenga más alcance — indicó Jordi al cabeza de lanza. Luego se dirigió a los demás operarios—. Preparad tres equipos de respiración autónomos y dejad libre la ruta de escape. No sabemos en que estado se encuentran. Hemos de trasladarlos hasta la zona segura lo más rápido posible.

Poco a poco el fuego fue cediendo, dejando un estrecho pasillo por donde Alex, Ana y Alba pudieron adentrarse hasta llegar a la zona donde se encontraban los bomberos y la Unidad Militar de Emergencia.

— ¿Qué diablos hacían ustedes allí? —preguntó Jordi a Alex mientras le protegía con una manta de aluminio impermeable.

—Es muy largo de contar —contestó Alex—. La chica —prosiguió señalando a Alba, que no se aguantaba en pie—. Está muy débil. ¡Ayúdenla!

Uno de los bomberos recogió a Alba en brazos justo cuando perdía el conocimiento por el esfuerzo realizado.

—Debe de estar deshidratada —dijo el bombero que la había recogido—. Hemos de llevarla al puesto de emergencia que está en la base operativa.

—Sigán ustedes a mi compañero —dijo Jordi—. Les conducirá hasta un lugar seguro.

Alex se abrazó a su hija y siguieron al bombero que llevaba en brazos a Alba. Mientras se dirigían hacia la base operativa, Alex se fijó en que el incendio no sólo estaba afectando la montaña por la que habían descendido. A lo largo de toda la costa de la Tramuntana se divisaban varios focos en los que grandes columnas de humo se elevaban sobre el extenso mar mediterráneo, fusionándose con un cielo que parecía cubierto de nubes color ceniza. Alex quedó sorprendido de como aquella esfera de energía podía haber arrasado tanto terreno en tan poco tiempo. Tanto él como las chicas se encontraban exhaustos y mal heridos, pero por lo menos ya había acabado todo. Al parecer, con la marcha del alienígena, se había roto el enlace entre las dos dimensiones, devolviéndoles a su realidad. Ahora sólo debían recuperarse y volver a su vida normal.

—Ya hemos llegado —señaló el bombero— ¡Ayuda! —gritó—. Traigo heridos.

Habían llegado a una gran explanada de terreno en la que se había instalado dos grandes carpas. Un grupo de sanitarios se acercaron hasta ellos y colocaron a Alba sobre una camilla.

—Acompáñala —dijo Alex mirando a su hija, que tras besarle corrió detrás de los sanitarios que se llevaron a Alba hasta el puesto que se había

habilitado como enfermería.

—Venga usted conmigo —dijo una chica rubia que no debía de ser mucho mayor que Ana—. Le haré un reconocimiento para confirmar que se encuentra usted bien.

Tras sentarse en la parte trasera de una unidad de emergencia sanitaria, un oficial de la guardia civil se acercó hasta ellos.

—Soy el cabo Rojas de la guardia civil —se identificó—. Tendrá usted que acompañarme después. Tengo que hacerle una serie de preguntas.

—Lo entiendo —contesto Alex, que le hizo un gesto a la sanitaria indicándole que se encontraba bien.

—Le traeré algo de beber —dijo la chica, mientras se quitaba los guantes de látex—. Necesita hidratarse. Ahora vuelvo.

Alex supuso que su compañero quería interrogarle para comprobar que no fuera el causante de todo el desastre medioambiental que les rodeaba en ese momento. Al ir vestido de paisano era normal que no le hubieran reconocido.

—Soy el teniente Alex de la guardia civil de Porto Novo —anunció Alex, a la vez que recordaba que había dejado su chaqueta con la documentación sobre el cuerpo sin vida del profesor Ribas.

—¿Tiene usted alguna forma de identificarse? —dijo el cabo Rojas.

—La verdad es que... perdí la chaqueta con mi documentación en el incendio.

—No se preocupe cabo. Yo respondo por él.

La sargento Nerea apareció junto a ellos.

—¡Sargento! —gritó Alex esbozando una gran sonrisa al ver por lo menos una cara conocida en aquel lugar.

—Es el teniente Alex Amengual —dijo Nerea al cabo rojas, que enseguida se cuadró saludando a Alex.

—No se preocupe cabo. Estaba usted haciendo lo correcto.

Alex se levantó y se abrazó a la sargento Nerea que, sin esperar aquella reacción, se sonrojó.

—Puede retirarse cabo —dijo la sargento que seguía abrazada a Alex.

—Lo siento —dijo Alex, separándose de la sargento—. Es la emoción del momento. Creía que no íbamos a salir de esta.

—¿Se encuentra usted bien, Teniente?

—Ahora me encuentro perfectamente.

—He visto a su hija junto a otra chica que se llevaban en una camilla. Es...

—Es Alba. ¡Al fin la encontramos! —dijo Alex con gran alegría— ¿Cómo es que está usted aquí?

—Recibimos la notificación de que habían encontrado el cuerpo sin vida de un joven en la base de un precipicio, al norte de Mancor de la Vall. Al parecer, cayó de una altura de más de cien metros quedando medio sepultado por un desprendimiento de rocas. Se trataba de Pedro Alomar Serra, un compañero de Ana. Los dos tenían que estar en una acampada con sus amigos en la playa de “es trenc”, pero según ellos no se presentaron. Se ve que decidieron hacer una excursión a la Tramuntana por su cuenta. Identificamos el cadáver, pero no hallamos rastro de Ana, así que hace una semana que decidimos desplegar un dispositivo de búsqueda...

—Un momento —interrumpió Alex— ¿Cómo que... hace una semana?

Alex se apartó varios pasos de la sargento y observó su entorno. Había algo en toda esta historia que no encajaba con lo que estaba viendo a su alrededor. Desde que había accedido con el profesor a la otra dimensión hasta el momento presente, habían transcurrido como mucho cinco horas. Ahora tendrían que ser aproximadamente las dos de la madrugada, sin embargo los primeros rayos de sol ya estaban despuntando sobre el horizonte. A su mente acudieron momentos vividos esa misma tarde. “*Han sido tres largos meses, pero al final te hemos encontrado.*”, le había dicho a Alba “*¡Tres...meses! ¿Llevo tanto tiempo aquí?*”; “*¿No lo ve?*”, le había dicho el profesor “*La leyenda de Biniamer es real. Y ahora... tenemos un testigo presencial de lo que ocurrió entonces*”; “*Una vez que eran abducidas y arrastradas a este lugar, no llegaban a sobrevivir más de una semana*” le dijo aquel hombre. “*Pues estabais equivocados, porque Alba lleva tres meses en este lugar y sigue viva.*”, “*Vaya, parece ser que tú amigo el profesor no te lo ha contado todo.*”; “*Me hice un corte profundo en el brazo*” había dicho Ana, “*pero se ha curado muy rápido*”.

— ¿Cómo es que el servicio de emergencias ha logrado coordinar en una sola tarde todo este operativo? —preguntó Alex sin dejar de observar la montaña en llamas.

— ¿Qué está diciendo? —dijo Nerea sin entender a su jefe—. Los equipos de emergencias llevan una semana intentando apagar este incendio.

—Eso... es imposible. —titubeó Alex—. Después de hablar por teléfono esta tarde con usted me dirigí hasta aquí y no había ningún incendio.

— ¿Esta tarde? —dijo Nerea extrañada—. Teniente, esa conversación telefónica la tuvimos usted y yo hace tres semanas. Lleva usted desaparecido

desde entonces.

Capítulo 35

Noticia publicada en el periódico “Diario de Mallorca” el domingo, 29 de septiembre de 1.996.

Sofocado el incendio de la Serra de Tramuntana

Después de dos semanas de arduo trabajo, el jefe de los servicios de emergencia, Miguel Sansó Munar, ha confirmado la extinción total del fuego que ha arrasado un total de 1.200 hectáreas de masa forestal en la Serra de Tramuntana. Aunque ya se ha pasado a un nivel 0 de emergencia, parte de los equipos de extinción siguen trabajando sobre el terreno para asegurarse de que no quede ningún foco aislado sin controlar que pudiera reavivar el incendio.

Un total de 226 personas y diez medios aéreos se desplegaron sobre la sierra para controlar y extinguir por completo el fuego, que se inició el pasado día 15 del presente mes. Las principales zonas afectadas han sido la “Serra de Torrella”, “L’ofre” y el “Puig de Massanella”, así como las zonas boscosas alrededor de las comarcas de Soller, Fornalutx, Escorca y Mancor de la Vall.

Según el servicio de protección de la naturaleza (SEPRONA), todavía no se conoce la causa que dio lugar a tan devastador incendio, aunque todo parece indicar que pudiera haber sido provocado por un fuego mal apagado de algunos excursionistas. Los expertos aseguran que se tardarán décadas en recuperar las zonas verdes arrasadas por el fuego.

Noticia publicada en el periódico “Diario de Mallorca” el martes, 1 de octubre de 1.996.

Increíble hallazgo en la Serra de Tramuntana tras el incendio.

Una semana después de sofocado el incendio que arrasó la Serra, se ha localizado en una cima cercana a “els tossals verds”, un antiguo cementerio judío con 57 tumbas. Al parecer, había permanecido oculto por la vegetación de la zona hasta que el incendio y los corrimientos de tierra, que tuvieron lugar el mes pasado, lo dejaron al descubierto. Las inscripciones realizadas en las lápidas, o “matzavas”, están escritas en ladino, lengua que utilizaban los descendientes de los sefardíes expulsados por los reyes católicos de España en 1.492, lo que es prueba más que suficiente para demostrar su origen judío. Según el estudio arqueológico realizado por el IBEAM, los huesos localizados en las tumbas pertenecen a distintas épocas, llegando a haber una diferencia de más de doscientos años entre unos y otros. Ante la posibilidad de un error en el resultado obtenido, se procederá a realizar una contraprueba. Lo que si es seguro es que todos los huesos encontrados pertenecían a mujeres de entre quince y veinticinco años.

Noticia publicada en el periódico “Diario de Mallorca” el mismo día en la sección de sucesos.

La guardia civil localiza a Alba Vadell, la chica desaparecida hace tres meses.

Tras un intenso trabajo de búsqueda realizado por la guardia civil, se ha localizado a Alba Vadell, la joven de 18 años desaparecida el pasado 21 de junio. Durante todos estos meses, la Benemérita ha obtenido el apoyo incondicional del ministerio del interior, sumándose a la búsqueda otros efectivos pertenecientes al cuerpo de la policía Nacional, protección civil, cruz roja e incluso del ejército. La chica fue localizada en una antigua casa rural, ubicada en una zona de la sierra de Tramuntana de difícil acceso y cercana a Escorca, donde la tenían retenida contra su voluntad. Tras un eficaz plan de asalto realizado por de la Unidad Especial de Intervención de la guardia Civil (UEI), la chica fue liberada de sus captores; dos individuos todavía no identificados que perecieron en el operativo. Aunque al principio

se pensó en un secuestro, los captores no se pusieron en contacto con la familia en ningún momento para exigir un rescate. Los huesos pertenecientes a los restos de una persona de gran tamaño, encontrados junto a la casa, hacen suponer a la guardia civil que pudiera haberse tratado de un rapto vinculado a rituales de origen religioso.

Capítulo 36

Sergi Llinás se encontraba recostado sobre la cama de la habitación 227 del hospital de Son Dureta, recuperándose de las heridas producidas por el accidente de tráfico intencionado que casi acaba con su vida. La luz matinal que se colaba a través de las baldas de la persiana, hacía agradable la estancia en la habitación, en contraste con el murmullo incesante y cansino de la gente que discurría por los pasillos, que aporreaba su cabeza como si un batallón de hormigas estuviera pateando su cerebro. Su compañero de cuarto había abandonado la habitación a primera hora de la mañana, por lo que estaría solo hasta que asignaran la vacante a un nuevo paciente. En sus manos sujetaba la última edición del “Diario de Mallorca”, donde se mencionaban los hechos referentes al secuestro de Alba Vadell. Tras un gran acceso de rabia, arrugó el periódico y lo lanzó contra el suelo.

— ¡Vaya mierda! —dijo enfadado, seguido de otros improperios pronunciados en voz baja, que sólo él podía entender.

Tres golpes en la puerta de entrada llamaron su atención.

—Si estás ocupado rezando, vuelvo más tarde —rió el teniente Alex.

— ¡Alex! —dijo Sergi con sorpresa— por favor, pasa.

Alex se acercó hasta la cama y abrazó a su compañero.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó Alex.

—Bastante mejor. Sólo espero que el matasanos me de de alta lo antes posible. Ya estoy arto de estar aquí metido.

—Tómalo con calma. Los médicos saben lo que hacen.

— ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Bueno, todavía me duelen un poco los huesos. Pero nada que no pueda soportar.

— ¿Has leído el periódico?

— ¿Cuál de ellos?

—Da lo mismo, todos cuentan la misma sarta de mentiras.

—Ten en cuenta que ellos escriben lo que las autoridades les han contado.

—Pero el mérito de haber encontrado a esa chica es tuyo. No reconocen que...

—Créeme Sergi —le interrumpió Alex—. Es mejor así. Estos días me he

dado cuenta de lo importante que es proteger a las personas que quieres. Exponerlas a la opinión pública es muy arriesgado.

— A propósito de eso. ¿Cómo están María y Ana?

—Ana se encuentra bien. Bueno, eso creo. Ya sabes que es un poco reservada para sus cosas. Aún así, está contenta por que Alba haya aparecido. María lo lleva un poco peor. Todavía no se ha recuperado del susto. Creía que nos había perdido a los dos.

—Vino a visitarme dos días después de que desaparecierais, cuando encontraron a ese chico muerto. Creía que tu desaparición y la de Ana tenían que estar relacionadas porque tu hija y su amigo no tenían que estar en ese lugar. No le conté nada sobre lo que estabas investigando; la hubiera preocupado todavía más.

—Te agradezco que lo mantuvieras en secreto y a la vez tengo que pedirte perdón.

— ¿Perdón? ¿Por qué?

—No dejo de pensar que por mi culpa te encuentras en esta situación. Si yo no te hubiera pedido...

—Ni lo pienses por un momento, Alex. Fue una decisión mía buscar esa información. Ninguno de los dos sabíamos que fuera tan peligroso.

—Aún así...lo siento.

Sergi se quedó mirando a Alex sin pronunciar palabra.

— ¿Es todo...verdad? — titubeó Sergi.

—Todo — dijo Alex tajantemente — y los informes se quedan cortos.

— ¿Qué pasó realmente?

—Eso es algo que ni siquiera yo a día de hoy puedo explicar.

Epílogo

Biniamer, Septiembre de 1.693

Amitai jugaba en el bosque, alejado de la aldea para que sus padres no lo vieran. Se había fabricado una espada con dos ramas secas de pino entrecruzadas con un trozo de cuerda. También se había confeccionado un disfraz con un viejo y polvoriento saco, que había cogido sin permiso del establo, al que había practicado tres agujeros, uno para la cabeza y los otros dos para los brazos, y que había adornado con dibujos de dragones. Ya se había hecho un primer disfraz como el que llevaba puesto ahora, pero a su padre no le gustó nada cuando se lo enseñó, así que, después de arrancárselo de las manos, lo tiró dentro del leñero para quemarlo en la chimenea.

—Que nadie se entere de esto —le regañó su padre—. Ese ropaje está prohibido, ¿Me entiendes? Representa una ofensa hacia nuestro pueblo. No lo vuelvas a hacer.

Pero a Amitai le llamó mucho la atención aquel atuendo desde que lo vio por primera vez colgado de la fachada del templo cristiano tres años atrás, antes de que abandonaran la ciudad para venir a vivir al valle. Por eso, sin que su padre se diera cuenta, creó uno nuevo y lo escondió en el bosque, tras unos matorrales. Amitai sentía vergüenza por haber desobedecido a su padre, pero como le dijo una vez su primo Isaac cuando le encontró robando una onza de pan: “*si nadie puede verte, entonces no es pecado*”. Cada vez que tenía tiempo para ir a jugar, se adentraba en el bosque, se ponía su disfraz y, empuñando su espada, soñaba que era el poderoso rey David al mando de su gran ejército luchando contra los filisteos y el gigante Goliat.

Amitai observó que el sol comenzaba a ocultarse tras la gran montaña. Sólo un fino rayo de luz anaranjado, que se fusionaba con el horizonte, alumbraba pobremente la vereda donde estaba jugando. Se había hecho tarde y tenía que volver a casa antes de que oscureciera del todo. Ya estaba dispuesto a quitarse su disfraz, para guardarlo entre los arbustos, cuando percibió un ligero temblor del suelo. Varias aves, que se habían apostado en los árboles colindantes, emprendieron el vuelo asustadas por aquel estremecimiento que cada vez crecía con más fuerza.

Una enorme bola de fuego verde sobrevoló su cabeza a gran velocidad,

cortando las copas de los árboles y desapareciendo tras una pequeña colina. El estruendo que provocó al caer a tierra fue colosal. La inmensa onda expansiva que originó el impacto hizo volar por los aires a Amitai, que por suerte aterrizó sobre unos arbustos que amortiguaron su caída. La tierra se quebró en dos, y una profunda hendidura, que parecía no tener fin, se interpuso entre Amitai y el camino de regreso a casa. Bordeando la enorme grieta, Amitai pudo bajar por la pendiente de la montaña hasta llegar al sendero que le llevaría de retorno al valle. Mientras corría a toda prisa, vio como una enorme masa de tierra se desprendía de la ladera de la montaña que tenía enfrente, arrastrando consigo árboles y rocas en dirección a Biniamer.

Un enorme peñasco, que se había desprendido de la montaña, se encontraba en medio del camino de regreso. A ambos lados, varios árboles caídos cerraban el paso. Después de pensarlo un rato, Amitai decidió que no le quedaba más remedio que escalar la roca. Una vez sorteado el obstáculo, podría divisar la aldea, y llegar a tiempo para avisar del derrumbe de la ladera.

El espectáculo que observó Amitai, desde la cumbre de aquella roca, fue dantesco. Un enorme agujero se había abierto en los terrenos de cultivo junto a la aldea. Una torrencial masa de agua había emergido de su interior, mezclándose con los bloques de tierra proveniente de la ladera y formando un caudaloso río de lodo. La inmensa cantidad de fango que se había formado, no sólo cubrió la mayoría de las casas, sino que las arrancó de sus asentamientos, arrastrándolas caóticamente a un destino incierto. A pesar del gran estrépito provocado por la avalancha de tierra y fango, Amitai no paraba de escuchar los gritos de pánico y socorro de su gente, mientras veía como se hundían en las profundidades de aquel río de lodo sin ninguna esperanza de vida. Quiso buscar entre aquella gente a su familia; su padre, su madre y su hermana pequeña, pero los cuerpos cubiertos de barro hacían imposible distinguir a nadie. Algunas personas lograban aferrarse a los troncos de los árboles, que flotaban a la deriva mostrando las interminables raíces que una vez los habían mantenido a tierra firme, aunque finalmente sucumbían ante el cansancio hundiéndose en la misma tierra que les dio vida. Estaba claro que allí no se iba a salvar nadie. Ríos de lágrimas recorrieron el rostro de Amitai al pensar que la culpa de que todo aquello hubiera ocurrido había sido suya. Dios le había castigado por desobedecer a su padre y haberse puesto el atuendo prohibido que ahora portaba.

Amitai caminaba solitario y sin rumbo a través del bosque, sin saber donde ir. Toda su gente había perecido en la enorme riada de lodo que había arrasado la aldea. Aunque todavía no había anochecido del todo, el sol ya se había ocultado tras el horizonte, irradiando en el cielo una pequeña franja de color púrpura que se diluía lentamente en la distancia, para dar paso a la eterna negrura de la noche. Amitai pensó que si seguía siempre en la misma dirección, llegaría con toda seguridad a algún lugar poblado, donde alguien se apiadaría de él y le daría algo de comer para apaciguar el continuo ronroneo de sus tripas.

En la oscuridad del bosque, pudo divisar un leve resplandor esmeralda que, atravesando los arbustos, iluminó pobremente la franja de terreno donde él se encontraba. A medida que se acercaba a la fuente de donde procedía aquella llamativa luz, la intensidad se fue haciendo mayor, hasta el punto que Amitai tuvo que protegerse los ojos con las manos. Igual que el potente foco de luz había emergido de repente de la profundidad del bosque, también se apagó en un instante. Amitai descubrió entonces una gran bola de energía fluorescente que parecía estar a punto de extinguirse por completo. Aquella esfera de luz había sido la causante del desastre que había destruido a su pueblo. Pensó que quizá podía tratarse de una de aquellas lejanas estrellas brillantes del firmamento que había caído en el bosque y que estaba intentando acumular fuerzas para volver al lugar que le correspondía.

La curiosidad de Amitai era más fuerte que su miedo, así que, armándose de valor, se acercó hasta aquella extraña fuente de energía. Sólo entonces pudo darse cuenta de que había alguien atrapado dentro de aquella esfera verde de luz. En un principio creyó que podría tratarse de alguien de la aldea que había conseguido escapar de la catástrofe ocasionada por la avalancha de lodo, pero cuando estuvo a dos pasos de distancia se dio cuenta de que no era así. Un extraño ser esquelético, de forma humana, estaba malherido bajo un grueso tronco que había caído sobre sus piernas. Por sus gestos, Amitai dedujo que estaba demasiado débil para liberarse. A pesar de su constitución delgada, daba la impresión de que en condiciones normales

poseyera una gran fortaleza.

Amitai comprendió que no podía dejarlo desamparado, hoy ya había habido demasiado sufrimiento, así que se acercó hasta el tronco y se dispuso a empujarlo para liberar a aquella criatura. Por suerte, la pendiente de la montaña le ayudaría a moverlo con facilidad. Al primer intento el tronco se movió unos centímetros pero luego volvió a retroceder aprisionando todavía más a la criatura. Un grito de dolor, que se multiplicó como un eco escuchándose a kilómetros de distancia, emergió de lo más profundo de aquel ser que, de forma instintiva, golpeó a Amitai en el rostro con fuerza, haciéndolo caer de espaldas. Un profundo corte, que lo acompañaría toda su vida, cruzaba la mejilla de Amitai, que se llevó la mano a la cara temblando de dolor. El flujo de sangre era continuo y Amitai se asustó, pero aún así estaba decidido a ayudar a aquella criatura. Para Amitai era una prueba que el señor le había impuesto, y tenía que superarla.

Con sumo cuidado, volvió a apoyar sus manos sobre el tronco y fijó su mirada en los oscuros ojos de aquel ser, que parecía no revelar ningún tipo de sentimiento. Con un gesto de sus brazos, Amitai dio a entender a aquella criatura que iba a intentarlo de nuevo. En su mente contó hasta tres y después empujó con todas sus fuerzas. Esta vez el tronco giró una vuelta completa sobre si mismo y seguidamente rodó sin parar por la pendiente hasta detenerse sobre la base de dos árboles.

Amitai creyó observar en el rostro de aquella criatura un gesto de alivio. Seguidamente aquel ser alzó su mano, que estaba formada por tres delgados apéndices que terminaban en afiladas garras, y la cerró sobre la cabeza de Amitai, que permaneció quieto, como hipnotizado.

En aquel momento las mentes de ambos se fundieron en una sola. Los pensamientos fluyeron de un cuerpo a otro sin ningún tipo de limitación. Aquella criatura percibió sentimientos humanos que no entendía en absoluto. Sentimientos que sólo servían para destruir, dañar...aniquilar. Los humanos los llamaban odio, soberbia, envidia, maldad...y aunque ellos mismos reconocían que eran los causantes de la mayoría de las desgracias que habían tenido lugar a lo largo de su historia, seguían albergándolos en su ser, porque formaban parte de su propia naturaleza, de sus raíces, y eso era algo que no podían evitar. Todo ello había desembocado en un único sentimiento que sí podía reconocer: dolor. Y lo vio en Amitai. Vio el dolor en sus padres, cuando sus familiares fueron ejecutados por el odio de aquellos que se creían en posesión de la verdad. Lo vio cuando tuvieron que dejar sus casas para

huir de una muerte segura, cuando eran insultados y masacrados por sus congéneres, por culpa de la incomprensión y la intransigencia provocada por el miedo y la ignorancia. Lo vio en Amitai cuando se sintió solo y desamparado tras la muerte de su gente. Todo aquello era algo que no entendía. Si los habitantes de aquel mundo eran conscientes del dolor que provocaban aquellos malos sentimientos ¿Por qué seguían alimentándolos?

Lo que la extraña criatura si tenía claro, era que aquel pequeño ser le había ayudado a sobrevivir. Ahora él estaba obligado a corresponderle; era la ley, se lo debía. Su decisión fue que Amitai no volvería a estar solo. En su contacto con él, descubrió que los seres de aquel planeta podían reproducirse a través del contacto físico entre miembros de su misma especie. Así que él se encargaría de conseguir los ejemplares de su especie que hicieran falta para que creara de nuevo la familia que le habían arrebatado. Pero para ello primero debía protegerle de los demás. Mientras Amitai recuperaba la consciencia, conociendo al detalle lo que su Dios iba a hacer por él, el cielo se cubrió de una extensa capa verde brillante.

Tres siglos más tarde, el alienígena se dio cuenta de lo equivocado que había estado. Lo comprendió cuando entró en contacto con Ana. Descubrió que los habitantes de aquel planeta no sólo albergaban malos sentimientos. También existían emociones positivas como bondad, amistad, comprensión... amor. Quizá no estaba todo perdido para ellos. Quizá existía una esperanza todavía. Sólo tenían que cambiar la manera de hacer las cosas. Pero esta vez no intervendría, debían hallar el camino por ellos mismos. Viendo el cuerpo inerte de Amitai, comprendió que ya no había nada que lo atara a aquel mundo. Así que decidió que había llegado el momento de partir.

Después de aquel contacto con el alienígena, Ana no volvió a tener ninguna pesadilla más. Pensó que todo había acabado. Seis años más tarde, soñó con la muerte de sus padres.

FIN

Nota del Autor.

La comunidad chueta en Mallorca es una realidad social. Esta formada por los descendientes de **quince familias** judías que, al igual que muchas otras, fueron condenadas injustamente a pena de muerte por la inquisición española en 1.691, en los llamados autos de fe realizados en Palma, por practicar la religión judía en secreto cuando ya se habían convertido al cristianismo.

Uno de los archivos que incluyo en el dossier del “Proyecto Biniamer”, es un extracto resumido, y modificado, que se encuentra en el libro “La fe triunfante” escrito por el jesuita Francisco Garau en el siglo XVIII, en el que se volvía a incidir sobre la cuestión chueta. Muchos consideran dicha publicación como un elemento más, e incluso el principal, del odio que se prolongó a través del tiempo contra la comunidad chueta.

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, y en este caso es cierto. El rencor que se profesó durante siglos contra los “*quince apellidos malditos*”, y que les mantuvo marginados del resto de la población, con leyes degradantes y abusivas, impulsó una fuerte hermandad entre ellos que ha logrado sobrevivir a una historia que siempre les ha sido hostil, dando lugar a la actual comunidad judía de los chuetas. Al contrario que muchos otros, que han perdido la noción de sus raíces, ellos saben quienes son y de donde vienen. Tienen conciencia de su origen y nos han demostrado a todos con gran orgullo, que a pesar de los prejuicios y la incomprensión “dels altres”, siempre han sabido sobreponerse a las adversidades.

Sinceramente creo que hoy en día el resentimiento hacia la comunidad chueta es mucho menor que antes, y que con cada nueva generación irá disminuyendo todavía más, o por lo menos eso espero. Una de las razones podría estar en que el sentimiento xenófobo se ha visto desplazado hacia la gran masa de inmigrantes que han llegado en estas últimas décadas a nuestras islas, cosa que tampoco dice nada bueno sobre nosotros. Parece como que el ser humano siempre necesitara odiar algo para sentirse bien.

Hoy en día se calcula que existen unas 30.000 personas pertenecientes al linaje chueta en la isla. Desde aquí mi más sincero reconocimiento a la comunidad chueta de Mallorca.

Aunque los autos de fe ocurrieron realmente, la leyenda del pueblo de Biniamer es totalmente inventada. Dicho pueblo no existe, os lo aseguro, aunque parte de su historia está basada en uno de los pocos pueblos fantasma que todavía quedan en la isla: Biniarroí.

La Serra de Tramuntana esconde muchos misterios que todavía no han sido desvelados. Muchos investigadores han estudiado diversos fenómenos inexplicables que han tenido lugar entre sus más recónditos parajes: Los enigmáticos sonidos del fondo marino en cala Tuent, avistamientos ovnis en la base militar del “Puig Major”, el caso Manises, la leyenda del “Salt de la bella dona” o “la Torre de las Almas”, entre muchos otros, son una muestra de ello. Y es que como yo siempre he dicho: Mallorca es mágica.

Todos los personajes que aparecen en esta novela son totalmente ficticios, salvo algunas figuras históricas que han sido citadas para dar más veracidad a la narración.

Sólo una cosa más: El pueblo de Biniamer no existe...creedme.

Castro.

Mallorca 2.017

J.R Frau

Palma de

